

Samir Amin



EL VIRUS LIBERAL

LA GUERRA PERMANENTE

Y LA NORTEAMERICANIZACIÓN

DEL MUNDO

Fondo documental

EHK

Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

El virus liberal

la guerra permanente y la norteamericanización del mundo

Samir Amin

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para facilitar su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo ha sido convertido a libro digital
para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.

Euskal Herriko Komunistak
<http://www.abertzalekomunista.net>

hacer

EDITORIAL

Titulo original de la obra

Le virus liberal. La guerre permanente et l'américanisation du monde
Publicado en francés por le Temps des Cerises, 2003

Reyond liberal globalization. Better or worse world?
Publicado en inglés, *Monthly Review*, vol. 58, n° 7, diciembre 2006

Traducción del francés

© Eduardo Giordano

Traducción del inglés

© Joan Quesada

Diseño de cubierta

Nebot y Torrella. Comunicación visual

Todos los derechos reservados, este libro no puede ser reproducido, ni rodo ni en parte, ni

registrado en, o transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma o por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, magnético, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

© 2003 Les Temps des Cerises

© 2006 Monthly Review

© 2007 Editorial Hacer, S.L.

C/ Marqués de Barberá 18

08001 Barcelona

tel. y fax: 93 443 06 87

lno@hacereditorial.es

www.hacereditorial.es

ISBN: 978-84-88711-90-8

Depósito legal: B-41.025-2007

Composición: agp-disseny.net

Impresión: Romanyá Valls, S.A.

Índice

9	Introducción
11	1. La visión «liberal» de la sociedad
15	2. Los fundamentos ideológicos y para-teóricos del liberalismo
15	El capitalismo imaginario y la para-teoría de la economía «pura»
20	El postmodernismo, acompañante ideológico del liberalismo.
29	3. Las consecuencias: el liberalismo mundializado realmente existente
31	Primera consecuencia: la pauperización y la polarización mundial ignoradas
41	Segunda consecuencia: la democracia de baja intensidad. ¿Socialización por el mercado o por la democracia?
49	4. En los orígenes del liberalismo
49	La ideología de la modernidad: la versión europea de origen.
55	La ideología estadounidense: el liberalismo sin atenuantes
67	¿Qué tenemos que envidiar a ese modelo?
77	5. El desafío del liberalismo hoy
77	Primer desafío: redefinir el proyecto de los europeos (o de algunos de ellos)
85	Segundo desafío: refundar la solidaridad de los pueblos del Sur.
90	Tercer desafío: reconstruir el internacionalismo de los pueblos. Nuevas perspectivas internacionales
99	Epílogo. Más allá de la globalización liberal. ¿Un mundo mejor o peor?
99	El futuro según las potencias dominantes
101	En el resto del mundo poco que valga la pena mencionar
103	¿Es viable el proyecto europeo?
110	¿Es posible que el Sur haga retroceder el imperialismo?
115	La decadencia en el frente cultural
119	La reconstrucción del internacionalismo de los pueblos contra el imperialismo
125	Bibliografía

Introducción

Hacia el final del siglo XX una enfermedad atacó al mundo. No todos murieron a causa de ella, pero a todos les alcanzó. Al virus que originó la epidemia se le dio el nombre de «virus liberal». Este se manifestó

por primera vez en el siglo XVI, en el territorio delimitado por el triángulo París-Londres-Amsterdam. Los síntomas por los cuales se manifestaba entonces parecían anodinos, y los hombres (a quienes el virus atacaba con preferencia a las mujeres) no solo se acostumbraron a él y desarrollaron los anticuerpos necesarios, sino que incluso supieron sacar partido del tono reforzado que este provocaba. Pero el virus atravesó el Atlántico y encontró un terreno propicio, desprovisto de anticuerpos, en la secta de quienes allí lo propagaron, lo cual produjo formas extremas de la enfermedad.

El virus reapareció en Europa hacia finales del siglo XX, de vuelta de América, en donde había mutado; y así, reforzado, consiguió destruir unos anticuerpos que los europeos habían desarrollado a lo largo de los tres siglos previos, causando una epidemia que habría podido ser fatal para el género humano, de no haber sido porque los habitantes más robustos de los países antiguos sobrevivieron y al final pudieron erradicar el mal.

10

El virus provocaba en sus víctimas una curiosa esquizofrenia. El ser humano ya no vivía como un ser total, capaz de organizarse para producir lo necesario a fin de satisfacer sus necesidades (lo que los científicos han denominado la «vida económica») y de desarrollar al mismo tiempo instituciones, reglas y costumbres que le permitieran alcanzar su plenitud (lo que los mismos científicos han denominado la «vida política»), consciente de que los dos aspectos de la vida social eran indivisibles. Este vivía y se percibía desde entonces, por un lado, como «*homo economicus*», abandonando a lo que él llamaba «*el mercado*» la preocupación de solucionar automáticamente su «*vida económica*», y por otro lado como «*ciudadano*», que depositaba en unas urnas las papeletas mediante las cuales elegía a aquellos que tenían la responsabilidad de fijar las reglas de juego de su «*vida política*».

Todas las crisis de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, que afortunadamente ya hemos superado ahora de forma definitiva, se

Introducción

articularon sobre las confusiones y los callejones sin salida que causaba esta esquizofrenia. La Razón —la verdadera, no la estadounidense— conseguiría finalmente erradicarla. Todos los pueblos sobrevivieron: europeos, asiáticos, africanos, americanos, e incluso los téjanos, que cambiaron mucho desde entonces y se han convertido en seres humanos parecidos a los demás.

No he elegido este final feliz por un optimismo incorregible, sino porque en la hipótesis contraria no habría existido nadie para escribir la historia. Fukuyama habría tenido razón: el liberalismo anunciaría en verdad el final de la historia. Toda la humanidad hubiese perecido entonces en el holocausto. Los últimos supervivientes, unos téjanos, se hubiesen organizado en pandillas errantes, autoinmolándose más tarde por orden del jefe de su secta, a quien ellos hubiesen considerado un personaje carismático. Este también se hubiese llamado Bush.

Imagino que la historia de nuestra época se escribirá aproximadamente en estos términos. En todo caso, de este modo propongo abordar aquí el análisis de estas crisis.

I. La visión “liberal” de la sociedad

Las «ideas generales» que gobiernan la visión del mundo liberal hoy dominante son simples. Es posible resumirlas en las siguientes proposiciones:

La eficacia social se confunde con la eficacia económica y esta con la rentabilidad financiera del capital. Este reduccionismo en cadena expresa la dominación de lo económico, propia del capitalismo. El pensamiento social atrofiado que resulta de este enfoque es «economicista» al extremo. Curiosamente este reproche (dirigido erróneamente al marxismo) caracteriza de hecho al pensamiento liberal, que es por excelencia el del capitalismo.

El desarrollo del mercado generalizado (con la menor reglamentación posible) y el de la democracia se declaran complementarios uno del otro. No se plantea la cuestión del conflicto entre los intereses sociales que se expresan por las intervenciones en el mercado y aquellos que dan su sentido y su alcance a la democracia política. La economía y la política no constituyen dos dimensiones de la realidad social provistas de autonomía, que interactúan en relaciones dialécticas; la economía capitalista domina en realidad a la política, de la que anula su propio potencial creativo.

El país aparentemente más «desarrollado», aquel en el cual la política se concibe y se practica en su totalidad al servicio exclusivo de la economía (en realidad del capital), evidentemente Estados Unidos, se considera el mejor modelo para «todos». Sus instituciones y sus prácticas deben ser imitadas por todos aquellos que aspiren a estar presentes en la escena mundial.

No existiría alternativa alguna al modelo propuesto, basado en los postulados economicistas, en la identidad mercado/democracia y en la reducción de lo político al servicio de lo económico; en tanto que la opción socialista, intentada en la Unión Soviética y en China, se habría mostrado ineficaz en términos económicos y antidemocrática en el plano político.

En otras palabras, las proposiciones hasta aquí formuladas tendrían la virtud de ser «verdades eternas» (la «Razón») reveladas por el desarrollo de la historia contemporánea. Su triunfo estaría asegurado, en particular tras la desaparición de las experiencias

alternativas «socialistas». Habríamos llegado pues, como se ha dicho, al final de la historia. La Razón histórica habría triunfado. Este triunfo significa que viviremos en el mejor de los mundos, al menos potencialmente, y lo será en la realidad cuando las ideas en las cuales este se basa sean admitidas por todos y puestas en práctica en todas partes. Todos los defectos de la realidad actual tan solo se deberían al hecho de que los principios eternos de la Razón aún no se han puesto en práctica en las sociedades que padecen esas deficiencias, en particular en las de los países del Sur.

La hegemonía de Estados Unidos, expresión normal de su posición de vanguardia en la aplicación de la Razón (por fuerza liberal), es el resultado de este hecho inevitable y por lo demás beneficioso para el progreso de toda la humanidad. No existe el «imperialismo estadounidense», sino tan solo un liderazgo positivo («benigno» — indoloro—, como lo califican los intelectuales liberales estadounidenses).

En realidad, como se verá en lo sucesivo, estas «ideas» no son más que cuentos, fundados sobre una para-ciencia, la economía llamada «pura», y una ideología de acompañamiento, el postmodernismo.

La economía «pura» no es una teoría del mundo real —el capitalismo realmente existente— sino la de un capitalismo imaginario. No es ni tan siquiera una teoría rigurosa de este último, con fundamentos y un desarrollo de argumentos que merezcan el calificativo de «coherentes». No es más que una para-ciencia, más próxima en realidad a la brujería que a las «ciencias naturales» cuyo modelo pretende imitar.

13

En cuanto al postmodernismo, no es otra cosa que un discurso de acompañamiento que apela a no actuar más allá de los límites del sistema liberal, a «ceñirse» a ellos.

La reconstrucción de una política ciudadana exige que los movimientos de resistencia, de protesta y de lucha contra los efectos reales de la aplicación de este sistema se liberen primero del virus liberal.

2. Los fundamentos ideológicos y para-teóricos del liberalismo

EL CAPITALISMO IMAGINARIO Y LA PARA-TEORÍA DE LA ECONOMÍA «PURA»

El concepto de capitalismo no se reduce al de «mercado generalizado», sino que sitúa precisamente la esencia del capitalismo en el poder que se ejerce más allá del mercado. El reduccionismo de la vulgata dominante sustituye el análisis del capitalismo basado en unas relaciones sociales y en una política a través de las cuales se expresan precisamente estos poderes que actúan más allá del mercado por la teoría de un sistema imaginario dirigido por unas «leyes económicas» (el «mercado») que tenderían, liberadas a sí mismas, a producir un «equilibrio óptimo». En el capitalismo realmente existente son inseparables las luchas de clases, la política, el Estado y las lógicas de la acumulación del capital. El capitalismo es entonces por naturaleza un régimen cuyos sucesivos estados de desequilibrio se producen por las confrontaciones sociales y políticas que se sitúan más allá del mercado. Los conceptos sugeridos por la economía vulgar del liberalismo —como el de «desregulación» de los mercados— no son reales. Los mercados llamados «desregulados» son mercados regulados por los poderes de los monopolios que se sitúan más allá del mercado.

La alienación mercantil es la forma específica del capitalismo que gobierna la reproducción de la sociedad en su conjunto y no solo la de su sistema económico. La ley del valor dirige no solo la vida económica capitalista, sino toda la vida social de esta sociedad. Esta especificidad explica por qué en el capitalismo la economía se erige en «ciencia», es decir, las leyes que rigen su movimiento se imponen en las modernas sociedades (y a los seres humanos que las constituyen) «como leyes de la naturaleza». Dicho de otro modo, el hecho de que estas leyes sean el resultado no de una naturaleza transhistórica (que definiría «al ser humano» ante el desafío de lo «extraño») sino de una naturaleza histórica particular (unas relaciones

sociales específicas propias del capitalismo) se borra de la conciencia social. Esta es, a mi parecer, la definición de Marx del «economicismo», un rasgo propio del capitalismo.

Por otro lado está el movimiento que sigue esta sociedad, cuya inestabilidad inmanente Marx pone en evidencia, en el sentido de que la reproducción de su sistema económico nunca tiende hacia la realización de algún tipo de equilibrio general, sino que se desplaza de desequilibrio en desequilibrio de manera imprevisible, lo cual solo puede explicarse a posteriori, pero nunca definirse por anticipado. La «competencia» entre los capitales —cuya parcelación define al capitalismo— elimina la posibilidad de alcanzar cualquier forma de equilibrio general y vuelve ilusorio todo análisis que pretenda estar basado en una supuesta tendencia en este sentido. El capitalismo es sinónimo de inestabilidad permanente. La articulación entre las lógicas que resultan de esta competencia de los capitales y las que se desarrollan a través de la evolución de las relaciones de fuerza sociales (entre los capitalistas, entre estos y las clases dominadas y explotadas, entre los estados que conforman el capitalismo como sistema mundial) da cuenta a posteriori del movimiento del sistema, que se desplaza de un desequilibrio a otro. En este sentido el capitalismo no existe fuera de la lucha de clases, del conflicto entre estados, de la política. La idea de que existiría una lógica económica (que la ciencia económica permitiría descubrir) capaz de regir el desarrollo del capitalismo es una ilusión. No hay una teoría del capitalismo distinta de su propia historia. Teoría e historia son indisolubles, como igualmente lo son economía y política.

17

He señalado esas dos dimensiones de la crítica radical de Marx porque precisamente estas son las dos dimensiones de la realidad que ignora el pensamiento social burgués. Este pensamiento es en efecto economicista desde sus orígenes, en tiempos de la Ilustración. La «Razón» que invoca atribuye al sistema capitalista, que ocupa el lugar del Antiguo Régimen, una legitimidad transhistórica de la que se deriva el «fin de la historia». Esta alienación economicista de origen se acentuará más tarde, precisamente con el intento de dar respuesta a Marx. La economía pura, a partir de Walras, expresa esta exacerbación del economicismo del pensamiento social burgués. Esta sustituye el análisis del funcionamiento real del capitalismo por el mito del mercado autorregulado, el cual tendería, por su propia lógica interna, hacia la realización de un equilibrio general. La inestabilidad ya no se considera inmanente a esta lógica, sino el resultado de la imperfección de los mercados reales. La economía se convierte

entonces en un discurso que ya no se preocupa por conocer la realidad; su función no es otra que legitimar el capitalismo atribuyéndole unas cualidades intrínsecas que este sistema no puede tener. La economía pura se convierte en la teoría de un mundo imaginario.

Las fuerzas dominantes lo son porque ellas consiguen imponer su lenguaje a sus víctimas. Los «expertos» en la economía convencional han conseguido así hacer creer que sus análisis y las conclusiones que de ellos extraen se han impuesto porque son «científicos», en consecuencia objetivos, neutros e inevitables. Esto no es cierto. La economía llamada «pura» sobre la que basan sus análisis no trata de la realidad, sino de un sistema imaginario que no solo no constituye ni siquiera una aproximación a la realidad sino que se sitúa diametralmente en sus antípodas. El capitalismo realmente existente es algo completamente distinto.

Esta economía imaginaria amalgama los conceptos y confunde progreso con expansión capitalista, mercado con capitalismo. Los movimientos sociales deben desembarazarse de sus confusiones para poder desarrollar estrategias eficaces.

La confusión entre los dos conceptos —la realidad (la expansión capitalista) y lo deseable (el progreso en un determinado sentido)— es la causa de muchos desengaños de los críticos de las políticas que se llevan a la práctica. Porque los discursos dominantes amalgaman sistemáticamente ambos conceptos: proponen medios que permiten la expansión del capital y califican de «desarrollo» el resultado de ello, o el posible resultado, según ellos. Pero la lógica de la expansión del capital no supone ningún resultado que pueda calificarse en términos de «desarrollo». No supone, por ejemplo, el pleno empleo, ni una cuota previamente establecida de desigualdad (o de igualdad) en la distribución de los ingresos. La lógica de esta expansión está guiada por la búsqueda de beneficios para las empresas. Esta lógica puede conllevar, en ciertas condiciones, el crecimiento o el estancamiento, la expansión del empleo o su reducción, puede servir para reducir las desigualdades de renta o acentuarlas, según las circunstancias.

18

Una vez más, la confusión existente entre el concepto de «economía de mercado» y el de «economía capitalista» es fuente de un peligroso debilitamiento de la crítica dirigida contra las políticas reales. El «mercado», que por naturaleza hace referencia a la competencia, no es el «capitalismo», cuyo contenido está precisamente definido por los límites a la competencia que implica el

monopolio de la propiedad privada, incluido el control oligopólico (de algunos, y por tanto con exclusión de los otros). El «mercado» y el capitalismo constituyen dos conceptos distintos. Como lo ha analizado a la perfección Braudel, el capitalismo realmente existente es incluso lo contrario de lo que sería el mercado imaginario.

Por otra parte, el capitalismo realmente existente no funciona como un sistema de competencia entre los beneficiarios del monopolio de la propiedad (competencia entre ellos y contra los demás). Su funcionamiento exige la intervención de una autoridad colectiva que represente al capital en su conjunto. Así pues, el Estado no puede separarse del capitalismo. Ahora bien, las políticas del capital, y por tanto del Estado en tanto que representante de este y en la medida en que lo es, tienen sus propias lógicas (concretas) para cada etapa. Estas lógicas son las que explican que, en ciertos momentos, la expansión del capital conlleve el aumento del empleo y en otros su reducción. Estas lógicas no son, pues, la expresión de «leyes del mercado», formuladas en abstracto como tales, sino exigencias de la rentabilidad del capital en ciertas condiciones históricas.

19

No hay entonces unas «leyes de la expansión capitalista» que se impongan como una fuerza casi sobrenatural. No hay determinismo histórico anterior a la historia. Las tendencias inherentes a la lógica del capital siempre chocan con la resistencia a su expansión de ciertas fuerzas sociales. En este sentido el Estado casi nunca es tan solo el Estado del capital, ya que este también está en el centro del conflicto que existe entre el capital y la sociedad.

Por ejemplo, la industrialización de la periferia a partir de la posguerra, entre 1945 y 1990, no es un resultado natural de la expansión capitalista, sino una consecuencia de las condiciones favorables a la misma creadas por las victorias de los movimientos de liberación nacional que impusieron esa industrialización, a la cual el capital mundializado ha debido adaptarse. Por ejemplo, la erosión de la eficacia del Estado nacional que produjo la mundialización capitalista no es un factor determinante del futuro de manera irreversible. Por el contrario, las reacciones nacionales a esta mundialización pueden imprimir a la expansión mundial trayectorias imprevistas, para bien o para mal, según las circunstancias. Por ejemplo, la preocupación por las cuestiones medioambientales, que están en conflicto con la lógica del capital (porque esta es por naturaleza una lógica de corto plazo) podría forzar un reajuste del capitalismo con transformaciones importantes. Y se podrían

multiplicar los ejemplos.

Para hallar una respuesta eficaz a estos desafíos es imprescindible comprender que la historia no está regida por el desarrollo infalible de las leyes de la economía. La historia es el resultado de las reacciones sociales a las tendencias que manifiestan esas leyes, las cuales a su vez definen las relaciones sociales en el marco de las cuales esas leyes actúan. Las fuerzas «anti— sistémicas» modelan la historia verdadera tanto como la lógica «pura» de la acumulación capitalista, entendiendo aquí por fuerzas «anti-sistémicas» a ese rechazo organizado, coherente y eficaz de la sumisión unilateral y total a las exigencias de esas supuestas leyes (en realidad no hay otra ley que la del beneficio, propia del capitalismo como sistema). Estas fuerzas pueden dirigir así las posibilidades y las formas de la expansión que se desarrolla entonces en marcos cuya organización ellas controlan.

20

El método postulado aquí prohíbe formular «recetas» por anticipado que permitan modelar el futuro. El futuro es el resultado de transformaciones en las relaciones de fuerza sociales y políticas, que a su vez son también un resultado de las luchas cuyos desenlaces no se conocen por anticipado. Podemos sin embargo reflexionar al respecto, en la perspectiva de contribuir a la cristalización de proyectos coherentes y a la vez posibles, para ayudar así al movimiento social a superar las «falsas soluciones» en las cuales, a falta de alternativas, corre el riesgo de deslizarse.

El proyecto de una respuesta humanista al desafío de la expansión del capitalismo mundializado no es de ningún modo «utópico». Al contrario, este es el único proyecto realista posible, en el sentido de que el comienzo de una evolución que vaya en esta dirección debería aunar rápidamente poderosas fuerzas sociales capaces de imponer su lógica. Si existe alguna utopía, en el sentido trivial y negativo del término, no es otra que el proyecto de reducir la gestión del sistema a su regulación por el mercado.

EL POSTMODERNISMO, ACOMPAÑANTE IDEOLÓGICO DEL LIBERALISMO

El discurso del postmodernismo es un discurso ideológico de acompañamiento, que en definitiva legitima al liberalismo y convoca a someterse a este.

2. Los fundamentos ideológicos y para-teóricos del liberalismo

El aparente triunfo del liberalismo —en su forma estadounidense más simplista y brutal— no expresa un movimiento de «rejuvenecimiento» del capitalismo, le restituye todo su vigor norteamericano, supuestamente erosionado por las prácticas del estatismo y del Welfare State de la Vieja Europa. La oposición entre la «joven América» —que tiene el futuro por delante— y la «vieja Europa» constituye, como es sabido, uno de los temas preferentes del discurso «pro-estadounidense».

La ofensiva del liberalismo se produce de hecho para superar —por medios brutales— las crecientes contradicciones del capitalismo, que ha cumplido su época y por eso mismo ya no ofrece otras perspectivas a la humanidad que las de su autodestrucción. Esta senilidad del capitalismo no se expresa exclusivamente en las esferas de la reproducción económica y social. Sobre esta base infraestructural decisiva se injertan múltiples manifestaciones tanto de retroceso del pensamiento universalista burgués (que en los nuevos discursos ideológicos queda sustituido por el *patchwork* llamado postmodernista) como de regresión en las prácticas de gestión de la política (que vuelven a poner en cuestión la tradición democrática burguesa).

21

El discurso ideológico del postmodernismo se nutre de estas regresiones; recupera todos los prejuicios vulgares propios del desconcierto característico de épocas como la nuestra, y confunde, sin preocuparse por la coherencia de conjunto, los llamamientos a la desconfianza respecto a los conceptos de progreso y de universalismo. Pero lejos de profundizar en la crítica seria de los límites de estas expresiones de la cultura de la Ilustración y de la historia burguesa, lejos de analizar sus verdaderas contradicciones, agravadas por la senilidad del sistema, este discurso se contenta con retomar los argumentos confusos de la ideología liberal estadounidense: «vivir de acuerdo con su tiempo», «adaptarse», «administrar la cotidianeidad», es decir, abstenerse de reflexionar sobre la naturaleza del sistema y, en particular, de poner en tela de juicio sus opciones para este momento.

El elogio de las diversidades heredadas, que se propone en lugar del necesario esfuerzo para transgredir los límites del universalismo burgués, funciona entonces en concordancia perfecta con las exigencias del proyecto de mundialización del imperialismo contemporáneo. Un proyecto que sólo puede producir así un sistema organizado de *apartheid* a escala mundial, alimentado por las ideologías «comunitaristas» reaccionarias de la tradición

norteamericana. Esto que califico de retroceso «cultura— lista», que hoy ocupa el centro del escenario cultural, es recreado y manipulado por los amos del sistema, pero también es reinvestido por los pueblos dominados y sumidos en el desasosiego, bajo la forma de fundamentalismos pretendidamente religiosos o étnicos. Se produce así el «choque de las barbaries», como señala Gilbert Achcar, lo que confiere a la tesis de Hun— tington un carácter autorrealizador.

22

El conjunto de estas manifestaciones de desánimo y simultáneo rechazo con respecto al pensamiento burgués anterior deriva en una degradación de la práctica política. El principio mismo de la democracia se basa en la posibilidad de elegir entre opciones alternativas. Desde el momento en que la ideología impone la idea de que «no hay alternativa posible», dada la adhesión a un principio de racionalidad superior metasocial que permitiría eliminar la necesidad y la posibilidad de elegir, deja de existir la exigencia democrática. Ahora bien, el así llamado principio de racionalidad de los «mercados» cumple exactamente esta función en la ideología del capitalismo senil. La práctica democrática se vacía entonces de todo contenido y la vía queda abierta a lo que yo he calificado como «democracia de baja intensidad», a las bufonadas electorales en las que los desfiles de las *majorettes* ocupan el lugar de los programas, a la «sociedad del espectáculo». La política, deslegitimada por estas prácticas, queda deshilvanada, a la deriva, y pierde su poder potencial de dar sentido y coherencia a los proyectos de sociedad alternativos.

¿No está pasando la propia burguesía, en tanto que clase dominante estructurada, por un «cambio de *look*»? Durante toda la fase ascendente de su historia, la burguesía se fue constituyendo como determinante principal de la «sociedad civil». Esto no implicaba tanto una relativa estabilidad de los hombres (en esa época participaban pocas mujeres), o incluso de las dinastías familiares de capitalistas-emprendedores (la competencia implicaba siempre una cierta movilidad en la pertenencia a esta clase, permitiendo que los arruinados y los nuevos ricos se codearan mutuamente), como la estructuración fuerte de la clase en torno a los sistemas de valores y de conductas. La clase dominante podía entonces argumentar la honorabilidad de sus miembros para asentar la legitimidad de sus privilegios. Esto ocurre cada vez menos. Un modelo cercano al de la mafia parece haber tomado el relevo, tanto en el mundo de los negocios como en el de la política. La separación entre estos dos mundos, sin ser estanca, caracterizaba sin embargo a los sistemas anteriores al capitalismo histórico, y está ahora también en vías de

desaparición. Y este modelo no es solo el propio de los países del Tercer Mundo y de los países del Este, antes llamados socialistas, sino que tiende a convertirse en regla en el propio núcleo del capitalismo central. ¿Cómo calificar de otra forma a personajes como Berlusconi en Italia, Bush (implicado en el escándalo Enron) en Estados Unidos y tantos otros?

23

Pero un sistema senil no es un sistema que vaya a seguir su curso apaciblemente hasta sus últimos días. Por el contrario, la senilidad reclama incrementar la violencia. El sistema mundial no ha entrado en una nueva fase «no imperialista», a la que se pudiera calificar de «post-imperialista». Por el contrario, su naturaleza es la de un sistema imperialista exacerbado al extremo (extracción sin contrapartidas). El análisis que Negri y Hardt proponen de un «Imperio» (sin imperialismo), de un Imperio limitado en realidad a la tríada, ignorando al resto del mundo, desgraciadamente se inscribe en la tradición del occidentalismo, así como en la del discurso tan a la moda de nuestro tiempo. Las diferencias entre el nuevo imperialismo y el precedente se sitúan a otro nivel. En el hecho de que el imperialismo del pasado se conjugaba en plural (los «imperialismos» en conflicto) y el nuevo es colectivo (tríada, aunque sea bajo la hegemonía de Estados Unidos). Por ello los conflictos entre los socios de la tríada solo se producen bajo un tono menor, dado que el tono mayor está reservado para los conflictos entre los miembros de la tríada y el resto del mundo. El repliegue del proyecto europeo ante el hegemonismo estadounidense se enmarca precisamente aquí. En el hecho de que la acumulación, en la etapa imperialista anterior, se basaba en el binomio centros industrializados/periferias no industrializadas, mientras que en las nuevas condiciones de evolución del sistema la oposición se produce entre los beneficiarios de los nuevos monopolios de los centros (tecnología, acceso a los recursos naturales, comunicaciones, armamento de destrucción masiva) y las periferias industrializadas, pero sin embargo subalternizadas por medio de esos monopolios. Negri y Hardt, para fundamentar su tesis, tuvieron que apoyarse en una definición estrictamente política del fenómeno imperialista («la proyección del poder nacional más allá de las fronteras»), sin relación alguna con las exigencias de la acumulación y la reproducción del capital. Esta definición, que es característica de la politología universitaria vulgar, en especial norteamericana, ignora de entrada las cuestiones fundamentales. En su lugar, los discursos que las sustituyen se ocupan de una categoría «imperio» situada fuera de la historia y confunden así alegremente

los imperios romano, otomano, austrohúngaro, ruso, así como los colonialismos británico y francés, sin preocuparse de tomar en consideración la especificidad de estas construcciones históricas irreductibles unas a otras.

24

En la práctica la expansión mundial del capitalismo, dada su condición estructuralmente polarizadora, implica siempre la intervención política de los poderes dominantes, la de los estados (centros del sistema) en las sociedades de las periferias dominadas. Esta expansión no puede desarrollarse por la sola fuerza de las leyes económicas; requiere el complemento de un sostén político (y militar si es necesario) de los estados al servicio del capital dominante. En este sentido, esta expansión es siempre completamente imperialista, incluso en el sentido que Negri da a este término («la proyección del poder nacional más allá de las fronteras», con la condición de precisar que este poder es el del capital). Bajo esta óptica la intervención contemporánea de Estados Unidos no es menos imperialista de cuanto lo fue la conquista colonial del siglo XIX. El objetivo de Washington por ejemplo en Irak (y mañana en alguna otra parte) es situar en el gobierno a una dictadura al servicio del capital estadounidense (y no una «democracia») que permita el pillaje de los recursos del país, y nada más que eso. El orden económico «liberal» mundializado exigirá la guerra permanente —las intervenciones militares se sucederán sin fin— como única forma de someter a los pueblos de las periferias a sus exigencias.

El nuevo estilo de Imperio se define en cambio, ingenuamente, como una «red de poderes» cuyo centro está en todos lados y en ninguna parte, lo que diluye así la importancia de la instancia que constituye el Estado nacional. Esta transformación se atribuye además, en lo esencial, al desarrollo de las fuerzas productivas (la revolución tecnológica). Un análisis lineal y simplista, que aísla el poder de la tecnología del marco de las relaciones sociales en el seno de las cuales esta interviene. Una vez más, vemos aquí las afirmaciones típicas del discurso dominante trivializado por los Rawls, Castells, Touraine, Rifkin y otros, en la tradición del pensamiento político liberal estadounidense.

25

Las cuestiones fundamentales que plantea la articulación entre la instancia política (el Estado) y la realidad de la mundialización, que deberían ser el centro del análisis de lo que eventualmente pueda haber de «nuevo» en la evolución del sistema capitalista, son eludidas sin más a través de la afirmación gratuita de que el Estado, en la práctica, ha dejado de existir. De hecho, incluso en las etapas

anteriores del capitalismo (siempre mundializado), el Estado nunca fue «omnipotente». Su poder siempre estuvo limitado por la lógica que rige las mundializaciones de cada época. Wallerstein llega a dar incluso, desde esta perspectiva, una capacidad decisiva de influencia sobre la suerte de los estados a las determinaciones globales. Hoy esto no ha cambiado: la diferencia entre la mundialización (el imperialismo) de hoy y la de ayer está en otro lado.

El nuevo imperialismo tiene claramente un centro —la tríada— y un centro de los centros que aspira a ejercer su hegemonía: Estados Unidos. Este centro ejerce su dominación colectiva sobre el conjunto de las periferias del planeta (tres cuartas partes de la humanidad) por medio de instituciones establecidas a este fin y administradas por el centro. Algunas de ellas tienen la misión de la gestión económica del sistema imperialista mundial. Destacan en primer lugar la Organización Mundial del Comercio (OMC), cuya función real no es garantizar la «libertad de los mercados», como pretende, sino al contrario, sobreproteger los monopolios (de los centros) y modelar los sistemas de producción de las periferias en función de esta exigencia; el FMI, que no interviene en las relaciones entre las tres principales monedas (el dólar, el euro, el yen) pero cumple las funciones de una autoridad monetaria colonial colectiva (de la tríada); el Banco Mundial, una especie de Ministerio de Propaganda del G7. Otras instituciones tienen la misión de la gestión política del sistema: se trata en primer lugar de la OTAN, ¡la cual ya sustituye a la ONU al hablar en nombre de la comunidad mundial! La práctica sistemática del control militar del planeta por parte de Estados Unidos expresa de la forma más brutal esta realidad imperialista. La obra de Negri y Hardt no trata de las cuestiones vinculadas a las funciones de estas instituciones, de igual modo que no menciona la multiplicidad de hechos que incomodarían a la ingenua tesis del «poder en redes»: las bases militares, las intervenciones violentas, el papel de la CIA, etc. La brutalidad de la intervención de Estados Unidos en Irak vuelve ridículo todo cuanto propone el discurso del «capitalismo-Imperio-positivo».

26

De igual manera, las cuestiones importantes que plantea la revolución tecnológica en relación a la estructura de clases del sistema se resuelven en beneficio de la vaga categoría de «multitud», el análogo de «gente» (*The people*) de la sociología vulgar. Las cuestiones importantes son otras: por ejemplo, de qué modo la actual revolución tecnológica (cuya realidad no es objeto de la menor duda posible), al igual que todas las revoluciones tecnológicas, descompone con violencia las antiguas formas de estructuración de la sociedad, lo

cual afecta a la organización del trabajo y a las clases sociales, mientras que las nuevas formas de su recomposición aún no han dado lugar a cristalizaciones visibles.

Como broche final y para dar un barniz de legitimidad a las prácticas imperialistas de la tríada y del hegemonismo de Estados Unidos, el sistema ha generado su propio discurso ideológico, adaptado a las nuevas tareas agresivas. Ese discurso del «choque de civilizaciones» está totalmente destinado a cimentar el racismo «occidental» y conseguir que la opinión pública acepte la ejecución del *apartheid* a escala mundial. Ese discurso, en mi opinión, es mucho más importante que los vuelos líricos a propósito de la llamada sociedad de redes.

El crédito que se concede a la tesis del Imperio entre una fracción de las izquierdas occidentales, y de los jóvenes, se debe enteramente, en mi opinión, a los términos severos con los que se refiere al Estado y la nación. El Estado (burgués) y el nacionalismo (patriotero) siempre han sido, con razón, objeto de rechazo por parte de la izquierda radical. El anuncio de que el nuevo capitalismo implica su superación sólo puede ser causa de alegría. Pero, desdichadamente, este argumento no es cierto. El capitalismo tardío sitúa claramente en el orden del día la necesidad objetiva y la posibilidad de superación de la ley del valor; en este marco, la revolución tecnológica hace posible el desarrollo de una sociedad de redes; la profundización de la mundialización supone un claro desafío para las naciones. Pero el capitalismo senil se empeña, por la violencia del imperialismo que lo acompaña, en anular todas estas potencialidades emancipadoras. La idea de que el capitalismo podría adaptarse a transformaciones liberadoras —es decir que podría producir, incluso sin quererlo..., tanto como el socialismo— es una idea central de la sociología liberal estadounidense. Su función es adormecer y hacer perder la medida de los verdaderos desafíos y de las luchas necesarias para responder a ellos. La estrategia «anti— Estado» que sugiere la obra que comentamos se acopla así perfectamente a la del capital que se empeña en «limitar las intervenciones públicas» («desregular») en su propio beneficio, reduciendo el papel del Estado a sus funciones policiales (pero sin suprimirlo del todo, liquidando solo la práctica política que permite hacerle cumplir otras funciones). Tal como el discurso «anti-nación» busca la aceptación del papel de Estados Unidos como superpotencia militar y policíaca mundial.

Nos hace falta otra cosa: favorecer el progreso de la praxis política, darle su sentido más pleno, favorecer el avance de la democracia

2. Los fundamentos ideológicos y para-teóricos del liberalismo

social y ciudadana, dar a los pueblos y a las naciones más margen de acción en la mundialización. Es cierto que para conseguirlo, en las nuevas condiciones, las fórmulas aplicadas en el pasado han perdido su eficacia. También es cierto que algunos adversarios de la realidad neoliberal e imperialista no siempre lo advierten y se nutren de la nostalgia del pasado. Pero el desafío sigue vigente por completo.

3. Las consecuencias: el liberalismo mundializado realmente existente

La para-teoría del liberalismo y el discurso ideológico de acompañamiento prometen la «salvación» de la humanidad en su conjunto. Esta promesa da la espalda a todas las lecciones de la historia. El liberalismo mundializado realmente existente no puede producir otra cosa que el aumento de las desigualdades entre los pueblos (una polarización mundial reforzada) y también en el interior de cada pueblo (del Sur y del Norte). Esta pauperización, asociada de forma inmanente a la acumulación del capital, vuelve a su vez imposible la práctica de la democracia, liquidando su potencial inventivo en los centros desarrollados (al sustituir la posibilidad de nuevos progresos en el control social de las transformaciones por una democracia de baja intensidad) y reduciendo al estatuto de farsa la eventual adopción de formas políticas de apariencia democrática en las periferias.

La polarización ocupa un lugar central en la historia de la expansión mundial del capitalismo realmente existente. Esta consiste, a mi entender, en la profundización continua del distanciamiento — en términos de nivel de desarrollo material— entre los centros del sistema capitalista mundial y sus periferias. Se trata aquí también de un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, ya que este distanciamiento ha tenido, durante los últimos dos siglos, una amplitud sin medida comparable en la historia de la humanidad a lo largo de milenios. Y se trata, además, de un fenómeno cuya desaparición solo podemos desear que ocurra a través de la construcción gradual de una sociedad poscapitalista realmente mejor para todos los pueblos.

El capitalismo ha conseguido desarrollar las fuerzas productivas a un ritmo y con una amplitud sin paralelismo en toda la historia. Pero simultáneamente ha ido cavando una fosa, mayor que cualquier otro sistema anterior, entre lo que ese desarrollo hubiese permitido potencialmente y el uso que se ha hecho del mismo. Potencialmente, el nivel de los conocimientos científicos y tecnológicos alcanzado en la actualidad permitiría resolver todos los problemas materiales de la humanidad. Pero la lógica que convierte el medio (la ley del beneficio,

la acumulación) en un fin en sí mismo ha dado como resultado un gigantesco despilfarro de ese potencial y una desigualdad sin precedentes en la historia en el acceso a las ventajas que este sistema ha permitido. Hasta el siglo XIX, la distancia entre el potencial de desarrollo que permitían los conocimientos y el nivel de desarrollo alcanzado era desdeñable. Esta reflexión no alimenta en nosotros ninguna nostalgia por el pasado: el capitalismo fue una condición previa necesaria para poder concretar el potencial de desarrollo alcanzado hoy en día. Pero de un tiempo a esta parte la continuación de su lógica sólo produce despilfarro y desigualdad. En este sentido, la «ley de la pauperización» que produce la acumulación capitalista, formulada por Marx, se verifica a escala mundial de una forma cada día más notoria desde hace dos siglos. No debería asombrarnos, entonces, que precisamente en el mismo momento en que el capitalismo aparece victorioso en toda regla, la «lucha» contra la pobreza se haya convertido en una obligación ineludible en la retórica de los aparatos dominantes.

Este despilfarro y esta desigualdad constituyen la otra cara de la moneda y definen el contenido del «libro negro del capitalismo». Están allí para recordarnos que el capitalismo no es más que un paréntesis en la historia, y no su final; y que si este no es superado por la construcción de un sistema que ponga fin a la polarización mundial y a la alienación economicista, no puede conducirnos más que a la autodestrucción de la humanidad.

31

La construcción de una democracia ciudadana implica la perspectiva de basar los progresos de la socialización en la puesta en práctica de la democracia, y no —de forma exclusiva— del mercado, del cual se esperarían así unos beneficios que nunc ha producido.

PRIMERA CONSECUENCIA: LA PAUPERIZACIÓN Y LA POLARIZACIÓN MUNDIAL IGNORADAS

¿Pobrería o pauperización causada por el proceso de acumulación del capital?

La moda impone hoy un discurso sobre la «pobreza» y sobre la necesidad, si no de erradicarla, de reducir, al menos, sus dimensiones. Un discurso de caridad, estilo siglo XIX, que no se plantea mucho la cuestión de saber cuáles son los mecanismos económicos y sociales

que engendran la «pobreza» en cuestión, en una época en la que los medios científicos y tecnológicos a disposición de la humanidad podrían permitir su erradicación total.

EL CAPITALISMO Y LA NUEVA CUESTIÓN AGRARIA

Todas las sociedades anteriores al capitalismo eran sociedades campesinas y su agricultura estaba regida por lógicas ciertamente diversas, pero todas ellas extrañas a la que define al capitalismo (la máxima rentabilidad del capital). La agricultura capitalista, representada por una clase de nuevos campesinos ricos, o incluso de latifundistas modernizados, y por las haciendas explotadas por las transnacionales de la agroindustria, se prepara ahora para tomar por asalto la agricultura campesina. En la ronda de la OMC de Doha se encendió la luz verde para llevarlo a cabo. No obstante, en la actualidad el mundo agrícola y campesino representa aún a la mitad de la humanidad, pero su producción está repartida entre dos sectores cuya naturaleza económica y social es completamente distinta.

La agricultura capitalista, regida por el principio de la rentabilidad del capital, localizada casi exclusivamente en América del Norte, Europa, el cono sur de América Latina y Australia, solo emplea algunas decenas de millones de agricultores que no son verdaderos «campesinos». Pero su productividad, gracias a la motorización (de la cual hacen uso casi exclusivo a escala mundial) y a la superficie de la que cada uno dispone, oscila entre 10.000 y 20.000 quintales de equivalente-cereal por trabajador y año.

32

Las agriculturas campesinas agrupan en cambio a cerca de la mitad de la humanidad, tres mil millones de seres humanos. Estas agriculturas se dividen a su vez entre aquellas que se han beneficiado de la revolución verde (abono, pesticidas, semillas seleccionadas), no obstante muy poco motorizadas, cuya producción oscila entre 100 y 500 quintales por trabajador, y las que se sitúan antes de esta revolución, cuya producción oscila en torno a los 10 quintales por persona.

La distancia entre la agricultura mejor equipada y la agricultura campesina pobre, que era de 10 a 1 antes de 1940, es hoy de 2.000 a 1. Es decir, los ritmos del aumento de la productividad en la

agricultura han superado ampliamente a los de otras actividades, favoreciendo una reducción de los precios reales en una proporción de 5 a 1.

El capitalismo siempre ha combinado con su dimensión constructiva (la acumulación de capital y el avance de las fuerzas productivas) unas dimensiones destructivas, reduciendo al ser humano a la condición de simple portador de una fuerza de trabajo, tratada también como mercancía, destruyendo a largo plazo algunas de las bases naturales de la reproducción de la producción y de la vida, destruyendo fragmentos de sociedades anteriores y a veces pueblos enteros (como los indígenas de América del Norte). El capitalismo siempre ha «integrado» (a los trabajadores a los que sometía a las diversas formas de la explotación del capital en su expansión, mediante «el empleo» en términos inmediatos) y al mismo tiempo ha excluido (a quienes, después de haber perdido las posiciones que ocupaban en los sistemas anteriores, no fueron integrados en el sistema nuevo). Pero en su fase ascendente, y por ello históricamente progresista, integraba más de lo que excluía.

Esto ya no es así, como puede verse precisamente en la cuestión agraria de una forma drástica. Porque si en realidad se «integrase la agricultura» al conjunto de las reglas generales de la «competencia», tal como se impone desde la OMC tras la Conferencia de Doha (noviembre de 2001), asimilando los productos agrícolas y alimentarios a «mercancías como todas las demás», ¿cuáles serían las verdaderas consecuencias de ello, en las actuales condiciones de enorme desigualdad entre la agroindustria, por una parte, y la producción campesina por otra?

33

Podrían crearse veinte millones de modernas granjas adicionales, si se les diera acceso a las importantes superficies de tierra que estas requerirían (restándoselas a las economías campesinas y escogiendo sin duda para ello los mejores suelos). Si además estas pudiesen acceder a los mercados de capitales que les permitiesen equiparse, podrían producir lo esencial de aquello que los consumidores urbanos solventes aún compran a los agricultores campesinos. Pero ¿que ocurriría con esos miles de millones de productores campesinos no competitivos? Estos quedarían inexorablemente eliminados en el breve período histórico de unas pocas décadas. ¿En qué se convertirán estos miles de millones de seres humanos, que en su mayor parte ya son pobres entre los más pobres, pero que se alimentan a sí mismos, bien o mal, y bastante mal en el caso de una tercera parte de ellos (tres cuartas partes de los subalimentados del

mundo viven en áreas rurales)? En el horizonte de cincuenta años, ningún desarrollo industrial más o menos competitivo, ni siquiera en la hipótesis fantástica de un crecimiento anual continuo del 7% para las tres cuartas partes de la humanidad, podría absorber ni tan solo una tercera parte de esta reserva laboral. Es decir, que el capitalismo es por naturaleza incapaz de resolver la cuestión campesina y que las únicas perspectivas que ofrece son las de un planeta chabolizado, y, en definitiva, de cinco mil millones de seres humanos «sobrantes».

Hemos llegado entonces a un punto en el que para abrir un nuevo campo a la expansión del capital («la modernización de la producción agrícola») sería preciso destruir —en términos humanos— sociedades enteras. Por un lado, veinte millones de nuevos productores eficaces (cincuenta millones de seres humanos, incluyendo a sus familias), por otro lado, cinco mil millones de excluidos. La dimensión creadora de la operación no representa más que una gota de agua frente al océano de destrucciones que exige. Mi conclusión es que el capitalismo ha entrado en su fase senil descendente, pues la lógica que gobierna este sistema ya no está en condiciones de asegurar la supervivencia de la mitad de la humanidad. El capitalismo se convierte en barbarie, invita directamente al genocidio. Hoy es más necesario que nunca reemplazarlo por otras lógicas de desarrollo, de una racionalidad superior.

34

El argumento de los defensores del capitalismo es que la cuestión agraria en Europa ha sido resuelta a través del éxodo rural. ¿Por qué los países del Sur no podrían reproducir un modelo de transformación análogo, aun con uno o dos siglos de retraso? Se olvida así que las industrias y los servicios urbanos del siglo XIX europeo exigían una mano de obra abundante y que el excedente de esta mano de obra pudo emigrar en masa hacia las Américas. El Tercer Mundo contemporáneo no tiene esta posibilidad y, si quiere ser competitivo, como se le exige que lo sea, debe recurrir ante todo a las modernas tecnologías que requieren escasa mano de obra. La polarización que ha producido la expansión mundial del capital impide que el Sur pueda reproducir con retraso el modelo del Norte.

Este argumento de que el desarrollo del capitalismo ha resuelto bien la cuestión agraria en los centros del sistema siempre ejerció una poderosa atracción, incluso en el marxismo histórico. Testimonio de ello es la célebre obra de Kautsky (*La cuestión agraria*), anterior a la Primera Guerra Mundial y biblia de la socialdemocracia a este respecto. Este punto de vista fue heredado por el leninismo y puesto en práctica —con los dudosos resultados que conocemos— a través

de las políticas de «modernización» de la agricultura colectivizada en la época estalinista. En realidad el capitalismo, dado que es indisoluble del imperialismo, aunque ha podido «resolver» (a su manera) la cuestión agraria en los centros del sistema, ha creado una nueva cuestión agraria en sus periferias, de una amplitud gigantesca y que es incapaz de resolver (excepto destruyendo por genocidio a la mitad de la humanidad). En el campo del marxismo histórico, tan solo el maoísmo supo comprender la magnitud del desafío. Por eso aquellos críticos del maoísmo que ven en él una «desviación campesina» demuestran con esta misma aseveración que no tienen el bagaje necesario para comprender lo que es el capitalismo realmente existente (siempre imperialista), porque se contentan con reemplazar su análisis por un discurso abstracto sobre el modo de producción capitalista en general.

35

Entonces, ¿qué hacer?

Es preciso aceptar la pervivencia de una agricultura campesina durante todo el futuro visible del siglo XXI. No por razones de nostalgia romántica del pasado, sino, simplemente, porque la solución del problema implica la superación de las lógicas del capitalismo y se inscribe en la larga transición secular hacia el socialismo mundial. Es preciso imaginar entonces unas políticas que regulen las relaciones entre el «mercado» y la agricultura campesina. En los niveles nacional y regional, estas reglamentaciones particulares y adaptadas a las condiciones locales deben proteger la producción nacional, garantizando así la indispensable seguridad alimentaria de las naciones y neutralizando el arma alimentaria del imperialismo — dicho de otro modo, desconectar los precios internos de los del mercado llamado mundial—, y también deben permitir —a través de un aumento de la productividad en la agricultura campesina, sin duda lento pero continuo— el control de los flujos de población desde el campo hacia las ciudades. En el nivel de lo que se denomina el mercado mundial, la regulación más deseable probablemente sea la celebración de acuerdos interregionales, por ejemplo entre Europa, por una parte, y África, el mundo árabe, China e India por otra, respondiendo así a las exigencias de un desarrollo integral en lugar de excluyente.

LA NUEVA CUESTIÓN OBRERA

La población urbana del planeta representa en nuestros días cerca

de la mitad de la humanidad, es decir, al menos unos tres mil millones de individuos, mientras que la otra mitad está integrada por campesinos. La información estadística referente a esta población permite distinguir entre lo que es posible llamar las clases medias y las clases populares.

En el actual estadio de la evolución capitalista, las clases dominantes, los propietarios formales de los principales medios de producción y los directivos vinculados a su funcionamiento, no representan más que una fracción minúscula de la población global, aun cuando la porción de los ingresos que extraen de sus respectivas sociedades sea mayor. A estos podemos sumarles las clases medias, en el antiguo sentido del término: no asalariados, propietarios de pequeñas empresas (y cuadros medios) que no están necesariamente en declive.

36

Pero la gran masa de los trabajadores de los modernos segmentos de la producción está conformada por asalariados, cuya proporción supera a las cuatro quintas partes de la población urbana de los centros desarrollados. Esta masa se divide al menos en dos categorías, cuya frontera es visible para un observador desde el exterior y a la vez es realmente vivida como tal en la conciencia de los individuos.

Por un lado, están las que podemos calificar como clases populares «estabilizadas», en el sentido de que tienen una relativa seguridad en su empleo, entre otros factores gracias a unas cualificaciones profesionales que les dan un poder de negociación con los empleadores y por ello están con frecuencia organizadas, al menos en ciertos países, en poderosos sindicatos. En uno u otro caso esta masa tiene un peso político que refuerza su capacidad de negociación.

Las otras son las clases populares «precarizadas», constituidas en parte por asalariados debilitados por su escasa capacidad de negociación (bien sea por su baja cualificación, su estatuto de no ciudadanos, o su sexo en el caso de las mujeres) y en parte por no asalariados (formalmente desocupados, empleados en la economía informal pobre). Calificaremos a esta segunda categoría de las clases populares como «precarizados», con preferencia a «poco integrados» o «no integrados» (con mayor motivo «marginalizados»), porque estos trabajadores están perfectamente integrados en las lógicas sistémicas que gobiernan la acumulación de capital.

Cruzando las informaciones disponibles para los países desarrollados y para ciertos países del Sur (de los cuales se extrapolan los datos) se obtiene una escala de la magnitud de las proporciones

que cada una de las categorías previamente definidas representa entre la población urbana del planeta.

37

Porcentajes de la población urbana total			
	Centros	Periferia	Mundo
Clases ricas y medias	11	13	25
Clases populares	22	54	75
estabilizadas	13	11	25
precarizadas	9	43	50
TOTAL	33	67	
Poblaciones comprendidas (en millones)	1.000	2.000	3.000

Si bien los centros solo cuentan con el 18% de la población del planeta, al concentrar estos un 90% de su población en áreas urbanas, esta última constituye una tercera parte de la población urbana mundial.

Si el conjunto de las clases populares concentra las tres cuartas partes de la población urbana del mundo, el subconjunto integrado por los precarizados representa hoy el 40% de las clases populares en los centros y el 80% en las periferias, y equivale a dos terceras partes de las clases populares a escala mundial. Dicho de otra manera, las clases populares precarizadas también representan la mitad (por lo menos) de la población urbana mundial, la cual se concentra en más del 80% en las periferias, en una proporción que se eleva a dos tercios de la población urbana de las periferias y a una cuarta parte de la de los centros.

Una mirada a la composición de las clases populares urbanas de hace medio siglo, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, muestra que la distribución de la población que caracterizaba en esa época a la estructura de las clases populares era muy diferente de la actual.

La porción del Tercer Mundo no superaba por entonces más de la mitad de la población urbana global (que en esa época estaba constituida aproximadamente por mil millones de individuos), frente a dos terceras partes hoy en día. Aún no existían, en aquella época, megápolis como las que conocemos hoy prácticamente en todos los países del Sur. No había más que algunas grandes ciudades, especialmente en China, India y América Latina.

38

En los centros del sistema mundial, las clases populares se han beneficiado durante el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial de una situación excepcional, basada en el compromiso histórico, impuesto por las clases obreras al capital, que permitió la

3. Las consecuencias: el liberalismo mundializado realmente existente

estabilización de la mayoría de los trabajadores en las formas de organización del trabajo conocidas por el nombre de sistema fordista de la gran fábrica. En las periferias, la proporción de los precarizados, cada vez mayor, no superaba a la mitad de las clases populares (frente al 70% actual), mientras que la otra mitad estaba integrada en parte por asalariados estabilizados bajo las formas de la nueva economía colonial y de la sociedad modernizada, y en parte bajo las antiguas formas de la actividad artesanal.

La mayor transformación social que caracteriza el ciclo histórico más reciente —la segunda mitad del siglo XX— puede resumirse en una sola cifra indicativa: la proporción de las clases populares precarizadas ha pasado a representar desde menos de una cuarta parte hasta más de la mitad de la población urbana mundial, y este fenómeno de pauperización ha hecho su reaparición en una escala significativa en los mismos centros desarrollados; la cifra de esta población urbana desestabilizada ha crecido en medio siglo desde menos de 250 millones de personas hasta más de 1.500 millones, con una progresión cuyas tasas superan a todos los indicadores de la expansión económica, demográfica o del propio movimiento de urbanización.

«Pauperización», no existe un calificativo mejor para designar la tendencia de la evolución del citado ciclo histórico.

Después de todo, el hecho en sí mismo es admitido y reafirmado en el nuevo lenguaje dominante: «reducir la pobreza» se ha convertido en un *leit motiv* de los objetivos que pretenden conseguir las políticas que el poder pone en práctica. Pero la «pobreza» apenas se presenta como un hecho empíricamente mensurable, a veces muy toscamente, a través de la distribución de los ingresos (los «umbrales de pobreza»), y otras algo menos, mediante unos índices compuestos (como los de «desarrollo humano» propuestos por el PNUD), sin que nunca se plantee la cuestión de las lógicas y los mecanismos que la generan.

Nuestra presentación de esos mismos hechos va más lejos precisamente porque permite iniciar la explicación del fenómeno y de su evolución. Las capas medias, las capas populares estabilizadas y las capas populares precarizadas están integradas todas en el mismo sistema de producción social, pero cumplen funciones distintas en el mismo. Algunos sectores están ciertamente «excluidos» de los beneficios de la «prosperidad», pero no están marginalizados en el sentido de no estar integrados —funcionalmente— en el sistema.

3. Las consecuencias: el liberalismo mundializado realmente existente

La pauperización es un fenómeno moderno (no se debería hablar de la «pobreza», sino de la «modernización de la pobreza»), que no puede reducirse de ningún modo a «la insuficiencia de los ingresos necesarios para la supervivencia». Esta tiene efectos devastadores en todas las dimensiones de la vida social. Para los inmigrantes, bien integrados en las clases populares estabilizadas durante los «treinta años gloriosos» (1945-1975), cuando eran obreros fabriles, y, después, para sus hijos y los recién llegados, situados al margen de los principales sistemas productivos, lo que crea a su vez unas condiciones favorables para sustituir la conciencia de clase por las solidaridades «comunitarias». También para las mujeres, víctimas de una precarización más enorme que la de los hombres, con el consiguiente deterioro de sus condiciones de vida materiales y sociales. Pues si los movimientos que se reivindican feministas sin duda han conseguido progresos importantes en el campo de las ideas y los comportamientos, las beneficiarias de estos progresos son casi exclusivamente las mujeres de las clases medias, de ningún modo las mujeres de las clases populares pauperizadas. Y también tiene efectos devastadores para la democracia, cuya credibilidad —y por tanto su legitimidad— está siendo carcomida por su incapacidad de atajar la degradación de las condiciones de vida de una parte creciente de las clases populares.

La pauperización es un fenómeno inseparable de la polarización a escala mundial, producto inmanente de la expansión del capitalismo realmente existente, el cual debe ser calificado por ello como imperialista por naturaleza.

La pauperización de las clases populares urbanas está estrechamente vinculada a los cambios de los que son víctimas las sociedades campesinas del Tercer Mundo. La sumisión de estas a las exigencias de la expansión de los mercados capitalistas da lugar a nuevas formas de polarización social que excluyen a una proporción creciente de los campesinos del acceso al uso de la tierra. Estos nuevos campesinos pobres, o sin tierra, engrosan —más aún que el crecimiento demográfico— la emigración hacia las chabolas. Pues bien, todos estos fenómenos están llamados a agudizarse en tanto los dogmas liberales no se pongan en tela de juicio; ninguna política correctiva, en este marco, podrá atajar esta evolución.

40

La pauperización interpela tanto a la teoría económica como a las estrategias de las luchas sociales. La teoría económica vulgar convencional se desentiende de las cuestiones reales que plantea la expansión del capitalismo. Porque se reemplaza el análisis del

capitalismo realmente existente por la construcción de la teoría de un capitalismo imaginario, concebido como una extensión simple y constante de relaciones de intercambio («el mercado»), cuando el sistema funciona y se reproduce sobre la base de relaciones de producción y de intercambio capitalistas (no de simples comerciantes). Esta sustitución se refuerza después fácilmente con un a priori que no prueban ni la historia ni el razonamiento racional, según el cual «el mercado» sería por sí mismo auto-regulador y capaz de producir un «óptimo social». La «pobreza» no puede explicarse entonces más que por razones decretadas como externas a la lógica económica, tales como la demografía o los «errores» políticos. Se hurta así a la reflexión teórica su relación con la propia lógica de la acumulación capitalista. Ahora bien, este verdadero virus liberal, que contamina el pensamiento social contemporáneo e inhibe su capacidad de comprender el mundo, y más aún de transformarlo, ha penetrado profundamente en el conjunto de las «izquierdas históricas» que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial. Los movimientos actualmente comprometidos en las luchas sociales por «otro mundo» (mejor) y una mundialización alternativa no podrán producir unos progresos sociales significativos si no se desembarazan de este virus para reabrir un auténtico debate teórico. Mientras no se hayan librado de este virus, los movimientos sociales, incluso los mejor intencionados, seguirán encerrados en las picotas del pensamiento único y por ello mismo serán prisioneros de ineficaces propuestas de «correctivos», las cuales se nutren de esas retóricas que aluden a la «reducción de la pobreza».

El análisis aquí esbozado debe contribuir a abrir este debate. Porque este restablece la pertinencia de vincular la acumulación de capital, por un lado, con los fenómenos de pauperización social por otro, una relación cuyos mecanismos ya fueron inicialmente analizados por Marx, hace 150 años, pero que no se ha estudiado mucho en lo sucesivo.

41

SEGUNDA CONSECUENCIA: LA DEMOCRACIA DE BAJA INTENSIDAD. ¿SOCIALIZACIÓN POR EL MERCADO O POR LA DEMOCRACIA?

La democracia es una de las condiciones esenciales del progreso

social. Pero aun es preciso explicar por qué y en qué condiciones. Porque esta idea es aceptada de una manera aparentemente general solo desde hace poco tiempo. Hasta no hace mucho, el dogma dominante, tanto en el Oeste como en el Este y el Sur, sostenía que la democracia era un «lujo» que no podía llegar antes de que el «desarrollo» hubiese resuelto los problemas materiales de la sociedad. Esta era la doctrina oficial compartida por los medios dirigentes del mundo capitalista (lo que les permitía justificar su apoyo a los dictadores militares de América Latina o a los regímenes autocráticos de Africa), los estados del Tercer Mundo (la teoría latinoamericana del desarrollismo lo expresaba claramente mientras que los partidos únicos no eran privativos de los estados socialistas...) y los países del sistema soviético.

Pues bien, ahora esta tesis se ha transformado, de la noche a la mañana, en la tesis contraria. La preocupación por la democracia se ha convertido en el objeto del discurso oficial cotidiano de todos, o casi todos; el certificado de práctica de la democracia otorgado en la debida forma, una «condición» para que continúe la ayuda de las grandes democracias ricas, etc. Retórica de una credibilidad más que dudosa, cuando es sabido hasta qué punto el principio del «doble rasero», ejecutado con perfecto cinismo, revela en la práctica la prioridad real de otros objetivos inconfesables, a cuyo efecto se despliegan los medios de la más pura y simple manipulación.

42

La democracia es un concepto moderno en el sentido de que esta define a la modernidad en sí misma, si por ella se entiende la adopción del principio de que los seres humanos, individual y colectivamente (es decir, las sociedades), son responsables de su historia. Para llegar a formular este concepto fue preciso liberarse de las alienaciones propias de las formas del poder anteriores al capitalismo, ya fueran estas de formulación religiosa, ya estuvieran revestidas de otras formas «tradicionales», es decir, concebidas como datos permanentes transhistóricos. La modernidad en cuestión ha nacido entonces con el capitalismo y la democracia que ella produjo es limitada, como lo es el mismo capitalismo. Esta no constituye más que una etapa de las formas históricas burguesas (aunque estas fuesen las únicas conocidas y practicadas hasta el presente). Ni la modernidad ni la democracia han llegado aún al final de su desarrollo potencial. La modernidad, y la democracia que la acompaña, no constituyen un Estado social estabilizado; en esencia son procesos siempre inacabados. Por esta razón es preferible hablar de democratización, insistiendo de esta forma en el aspecto dinámico de

un proceso siempre inacabado, antes que de democracia (que refuerza la ilusión de que pueda darse una fórmula definitiva).

El pensamiento social burgués, desde sus orígenes —es decir, desde la época de la Ilustración—, está fundado en una separación de las diferentes esferas de la vida social, incluyendo entre otras su gestión económica y su gestión política, y en la adopción de principios específicos y diferentes que serían la expresión de las exigencias particulares de la «Razón» para cada una de esas esferas.

A partir de estas ideas, la democracia sería el principio racional de una correcta gestión política. Dado que los hombres (en esa época no se trataba nunca de las mujeres), o más exactamente algunos de entre ellos (lo bastante acomodados y educados) son seres racionales, estos deben asumir la responsabilidad de hacer las leyes bajo las cuales quieren vivir y deben escoger (a través de elecciones) a los responsables de su aplicación. La vida económica está regida en cambio por otros principios, también concebidos como una expresión de las exigencias de la «Razón» (sinónimo de la naturaleza humana): la propiedad privada, el derecho de emprender actividades, la competencia en los mercados. Reconocemos aquí un conjunto de principios que son los del capitalismo, los cuales, por sí mismos, no tienen nada que ver con los de la democracia. Menos aun si se concibe que esta última implica la igualdad, por supuesto de los hombres y de las mujeres, de todos los seres humanos (recordemos que la democracia estadounidense ha olvidado a sus esclavos hasta 1865, y los derechos cívicos elementales de sus descendientes ¡hasta 1960!), de los propietarios y de quienes no lo son (puesto que la propiedad privada tan solo existe cuando es exclusiva, es decir, cuando también hay *no propietarios*).

43

La separación de las instancias económica y política plantea ante todo la cuestión de la convergencia o la divergencia del resultado de las lógicas específicas por las que estas se rigen. El postulado sobre el cual se basa el discurso que hoy está de moda, erigido en una verdad tan evidente que no sería preciso ni siquiera discutirla, afirma la convergencia de los dos términos. Democracia y mercado se engendrarían mutuamente, la democracia requeriría la existencia del mercado y viceversa. No hay nada más erróneo, ni tan desmentido por la historia real.

Los pensadores de la época de la Ilustración eran más exigentes que nuestros contemporáneos vulgares. Ellos se habían planteado la doble pregunta del porqué de esta convergencia y en qué

condiciones. Su respuesta a la primera pregunta era la que inspiraba su concepto de «razón», denominador común de los modos de gestión preconizados en uno y otro caso. Entonces, si los hombres son racionales, los resultados de sus elecciones políticas solo pueden adecuarse a los que el mercado produce por su lado. Con la evidente condición de que el ejercicio de los derechos democráticos quede reservado a los únicos seres dotados de razón, es decir, a ciertos hombres; ni a las mujeres (de las cuales se sabe que son sentimentales y no racionales), ni evidentemente a los esclavos, ni a los pobres y desposeídos (los proletarios), quienes tan solo obedecen a sus instintos. La democracia solo puede ser censitaria, reservada a aquellos que son simultáneamente ciudadanos y empresarios. Se entiende así que sus opciones electivas sean siempre conformes —o casi siempre— a sus intereses de capitalistas. Pero a causa de ello la política pierde su autonomía en esta convergencia —por no decir sumisión— con lo económico. La alienación económica funciona aquí por completo para ocultar esta anulación de la autonomía de lo político.

44

La ulterior extensión de los derechos democráticos a otros individuos, más allá de los ciudadanos-empresarios, no ha sido un resultado espontáneo del desarrollo capitalista ni la expresión de una exigencia de este. Antes al contrario, esta ampliación ha sido conquistada progresivamente por las víctimas del sistema: la clase obrera primero, más tarde las mujeres; es el resultado de luchas contra el sistema. Porque dicha ampliación permitiría forzosamente revelar el potencial contraste entre la voluntad de la mayoría —evidentemente los explotados del sistema— expresada a través del voto democrático y la suerte que le reserva el mercado. Así el sistema corre el riesgo de volverse inestable, incluso explosivo. Como mínimo existe el riesgo —y la posibilidad— de que el mercado deba someterse a la expresión de intereses sociales que no son convergentes con la prioridad dada por lo económico a la máxima rentabilidad del capital. Dicho de otro modo, existe el riesgo para unos (el capital) y la posibilidad para otros (los trabajadores-ciudadanos) de una regulación del mercado por medios extraños al desarrollo de su estricta lógica unilateral. Esto es posible, ha ocurrido en ciertas condiciones, como por ejemplo en el Estado del Bienestar de la posguerra.

Pero esta no es la única posibilidad de acallar la divergencia democracia/mercado. Si la coyuntura producida por una historia concreta llega a ser tal que el movimiento de la crítica social,

desmigajado, se vuelve impotente, como consecuencia de lo cual la ideología dominante no parece tener ninguna alternativa, entonces la democracia puede quedar vaciada de todo su contenido molesto y potencialmente peligroso para el mercado. Su práctica se convierte en la de una «democracia de baja intensidad». Cada uno puede votar libremente como quiera: blanco, azul, verde, rosa o rojo. En cualquier caso esto no tendrá ningún efecto, porque nuestra suerte se decide en otra parte, fuera del recinto del Parlamento, en el mercado. La sumisión de la democracia al mercado (y no su convergencia) tiene su reflejo en el lenguaje político. La alternancia, es decir, el cambio de figuras en el gobierno (pero no en el poder) convocadas a hacer siempre lo mismo (obedecer al mercado) ha sustituido a la alternativa, es decir, la elección lúcida entre unas opciones y unas perspectivas societales diferentes. Todo lo que se ha dicho y se ha escrito sobre la dilución de la ciudadanía y de la conciencia de clase en el espectáculo de la comedia política y el consumo de mercancías está comprendido en esta separación político/económico.

45

Hoy en día nos hallamos en este punto. Una situación peligrosa porque, con la erosión de la credibilidad y la legitimidad de los procedimientos democráticos, puede llevar a que se produzcan retrocesos más violentos, en la dirección de su simple y pura abolición, sustituyendo la democracia por ilusorios consensos basados en la religión o el nacionalismo étnico, por ejemplo. En las periferias del sistema, la democracia, impotente por estar sometida a las exigencias brutales del capitalismo salvaje, se convierte en una trágica farsa, una democracia de pacotilla (¡Mobutu reemplazado por doscientos partidos mobutistas!).

La tesis fundamental del pensamiento social burgués —la convergencia «natural» democracia/mercado— contenía en sí, desde el comienzo, el riesgo de la deriva a la cual hemos llegado. Porque supone una sociedad reconciliada consigo misma, sin conflicto, tal como lo proponen ciertas interpretaciones llamadas postmodernistas. La convergencia se vuelve un dogma respecto del cual ya nadie se plantea cuestión alguna. Ya no estamos entonces ante un intento de comprender la política, en el mundo real, tan científicamente como sea posible, sino que nos enfrentamos a una teoría de lo político imaginario. Esta constituye, en su propio campo, el equivalente de «la economía pura», que no es la teoría del capitalismo realmente existente sino la de una economía imaginaria. Desde el momento en que se pone en entredicho el postulado de la «razón», tal como fue formulado desde la época de la Ilustración, y se toma conciencia de la

relatividad histórica de las lógicas sociales, no es posible aceptar la vulgata que actualmente se propaga con respecto a la convergencia democracia/capitalismo.

Por el contrario, se tomará conciencia del potencial de autoritarismo latente que contiene el capitalismo. La respuesta que da el capitalismo al desafío que supone la dialéctica individual/colectivo (social) conlleva en efecto este potencial peligro.

46

La contradicción individuo/colectivo, inmanente a toda sociedad en todos los planos de su realidad, estuvo dominada en todos los sistemas sociales anteriores a la modernidad por la negación de su primer término, es decir, por la domesticación del individuo por la sociedad. El individuo es así reconocible sólo a través de su estatus en la familia, el clan, la sociedad. Los términos de la negación se invierten en la ideología del mundo moderno (capitalismo): la modernidad se afirma por los derechos del individuo, aunque sea contra la sociedad. Esta inversión no es más que la condición previa de una liberación, el comienzo de la misma, porque simultáneamente libera un potencial de agresividad permanente en las relaciones entre los individuos. La ideología capitalista expresa su realidad a través de su ambigua ética: ¡viva la competencia!, ¡que gane el más fuerte! Algunas veces los efectos devastadores de esta ideología están limitados por la coexistencia de otros principios éticos, originados muy antiguamente en un marco religioso o heredados de formas sociales anteriores. Si estas barreras llegan a ceder, la ideología unilateral de los derechos del individuo no puede producir más que el horror.

Existe a este respecto un contraste sorprendente entre la ideología norteamericana, por una parte, que da una prioridad absoluta al tema de la libertad de los individuos sobre el de la igualdad social (lo que conlleva la aceptación de la desigualdad extrema) y, por otra parte, la ideología europea, que intenta asociar los dos temas, sin conseguir sin embargo resolver sus contradicciones en el marco del capitalismo. El apego de los ciudadanos estadounidenses a portar armas, con todas las desastrosas consecuencias que ello acarrea, es la expresión más extrema de este concepto de libertad salvaje.

Así pues, ¿cómo alcanzar una síntesis dialéctica que permita, más allá del capitalismo, reconciliar los derechos del individuo con los de la colectividad? ¿Cómo podría dar más transparencia esta eventual reconciliación a la vida individual y a la vida social?

La socialización, entendida como la conciliación individuo/sociedad, ha adoptado a lo largo de la historia sucesivas formas

derivadas de diferentes lógicas propias. En las sociedades anteriores al capitalismo, esta se basaba en la adhesión —con consentimiento o por la fuerza— a las creencias religiosas comunes, así como en la fidelidad personal a las dinastías de señores y reyes. La socialización en el mundo moderno se basa en la expansión de las relaciones mercantiles capitalistas que se apropian gradualmente de todos los aspectos de la vida social y en gran medida suprimen, o como mínimo dominan, todas las demás formas de solidaridad (nacional, familiar, comunitaria). Esta forma de socialización «por el mercado», si bien ha permitido una prodigiosa aceleración del desarrollo de las fuerzas productivas, también ha agravado sus rasgos destructivos. Esta tiende a reducir a los seres humanos al estatuto de «gente» sin otra identidad que la de «consumidores» pasivos, en tanto que seres económicos, y de «espectadores» —también pasivos— (y no solo ciudadanos), en tanto que seres políticos. La democracia, que en estas condiciones no puede ser sino embrionaria, puede y debe convertirse en el fundamento de una socialización completamente distinta. Una socialización capaz de restituir al ser humano íntegro su plena responsabilidad en la gestión del conjunto de los aspectos de la vida social, económica y política.

47

Si bien el socialismo, término por el cual se calificará a esta perspectiva, no puede concebirse sin democracia, a su vez la democratización implica que su conflicto con la lógica capitalista inscriba el progreso en una perspectiva socialista. Ningún socialismo sin democracia, ningún progreso democrático fuera de la perspectiva socialista.

El lector comprenderá pronto la analogía —y no la antinomia— entre el funcionamiento de la relación liberalismo utópi— co/gestión pragmática en el capitalismo histórico, y el de la relación ideología socialista/gestión real de la sociedad soviética. La ideología socialista en cuestión es la del bolchevismo, el cual, en un proceso de continuidad (y no de ruptura en este punto fundamental) con la socialdemocracia europea anterior a 1914, no pone en tela de juicio la convergencia «natural» de las lógicas de las diferentes instancias de la vida social y dota de un «sentido a la historia» con una interpretación lineal fácil de su curso «necesario». La convergencia se expresa aquí de este modo: la gestión de la economía por parte del Plan (sustitutivo del mercado) obviamente produce, en esta visión dogmática, la respuesta adecuada a las necesidades; la democracia solo puede acomodarse a las decisiones del Plan y oponerse a ellas es irracional. Pero aquí también el socialismo imaginario choca con las

exigencias de la gestión del socialismo realmente existente, el cual debe afrontar graves problemas reales, como por ejemplo el desarrollo de las fuerzas productivas para «recuperarse» del retraso anterior. El poder se ocupa de ello mediante cínicas prácticas inconfesadas e inconfesables. El totalitarismo es común a los dos sistemas y se expresa de la misma forma: a través de la mentira sistemática. Si sus manifestaciones fueron más violentas en la URSS, fue porque el retraso a recuperar en cuanto a su grado de desarrollo tenía allí un peso extremo, mientras que el mayor avance de Occidente brindaría a sus sociedades un confortable colchón sobre el que pudieran apoltronarse (ello explica su totalitarismo con frecuencia «blando», como en los auges del consumismo durante los períodos de crecimiento fácil).

48

La construcción de una sociedad de ciudadanos, de una política ciudadana capaz de dar a la democracia un verdadero sentido, es imposible sin una ruptura con el dogma liberal. Desembarazarse del virus liberal es la condición ineludible para conseguirlo, en cuyo defecto la democracia se vuelve irrisoria, precisamente lo que desea la dictadura unilateral del capital.

Abandonar la tesis de la convergencia, de la «sobredeterminación», y aceptar el conflicto de las lógicas por instancias, es decir, de la sub-determinación, es la condición necesaria no solo para una interpretación de la historia capaz de conciliar teoría y realidad, sino también para la invención de estrategias que permitan dar a la acción una eficacia real, es decir, que permitan alcanzar el progreso social en todas sus dimensiones.

4. En los orígenes del liberalismo

LA IDEOLOGÍA DE LA MODERNIDAD: LA VERSIÓN EUROPEA DE ORIGEN

La ideología liberal, al igual que la modernidad en la que ella se inscribe y el capitalismo cuya cristalización acompaña, fueron creados en Europa, en el curso de los tres siglos que se extienden desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa. La modernidad es el resultado de una ruptura que se produjo en la historia de la humanidad, ruptura iniciada en Europa durante los siglos XVI, XVII y XVIII, aunque de ninguna manera «acabada», ni en sus lugares de origen ni en ninguna otra parte. Las múltiples facetas de la modernidad constituyen un conjunto coherente con las exigencias de reproducción del modo de producción capitalista, aunque, sin embargo, también permitirían superarlo.

La modernidad echa sus raíces en la reivindicación de la emancipación de los seres humanos, en virtud de su liberación de las ataduras de la determinación social características de las formas tradicionales anteriores. Esta liberación convocaba a renunciar a las formas dominantes de legitimación del poder —en la familia, en las comunidades en torno a las cuales están organizados los modos de vida y de producción, en el Estado— basadas hasta entonces en una metafísica generalmente de expresión religiosa. Implica, pues, la separación entre el Estado y la religión, un laicismo radical, como condición necesaria para el desarrollo de las modernas formas de la política.

50

El nacimiento y desarrollo concomitantes de la modernidad y del capitalismo no se deben al azar. Las relaciones sociales características del nuevo sistema de producción que constituye el capitalismo implicaban la libertad de empresa, la de acceso a los mercados, la proclamación del derecho inalienable a la propiedad privada («sacralizada»). La vida económica, emancipada de esta forma de la tutela del poder político que caracterizaba a los regímenes anteriores a la modernidad, se arroga la calidad de esfera autónoma de la vida

social, que sigue tan solo sus propias leyes. El capitalismo sustituye la determinación tradicional de la riqueza como consecuencia del poder, invirtiendo la relación de causalidad para convertir a la riqueza en la fuente del poder. Pero la modernidad realmente existente hasta este momento, aquella cuyo desarrollo quedó encerrado en el marco del capitalismo, continúa siendo ambigua sobre esta cuestión de las relaciones poder/riqueza. En la práctica se basa en la separación entre dos planos de la vida social, el de la gestión de su economía, que se confía a las lógicas específicas que rigen la acumulación del capital (la propiedad privada, la libertad de empresa, la competencia), y el de la gestión del poder del Estado, mediante la práctica institucionalizada de la democracia política (los derechos del ciudadano, los principios del pluripartidismo, etc.). Esta separación arbitraria castra la capacidad potencialmente emancipadora proclamada por la modernidad.

Por ello mismo la modernidad, al haberse desarrollado bajo las restricciones del capitalismo, es en sí misma contradictoria, al prometer mucho más de lo que puede dar y generar así expectativas insatisfechas.

Con la modernidad se inicia un avance social potencialmente gigantesco que se resume en el término emancipación y del cual dan testimonio los progresos alcanzados en la democracia política, por muy limitados que estos hayan sido. Este ha brindado legitimidad a la acción de las clases dominadas, explotadas y oprimidas, y les ha permitido arrancar al poder del capital dominante, progresivamente, unos derechos democráticos que nunca fueron un producto espontáneo de la lógica de la expansión capitalista y de la acumulación. La modernidad ha liberado un potencial de transformación política que permitió la expansión de la lucha de clases, estableciendo entre estos dos términos —política y lucha de clases— un sentido de equivalencia que les da toda su fuerza. Pero al mismo tiempo ha inventado y desarrollado los medios que le permitieron reducir la capacidad potencial de la democracia emancipadora.

51

Tanto el capitalismo como la modernidad que lo acompaña impulsaron un desarrollo de las fuerzas productivas a un ritmo nunca observado antes en la historia. El potencial de este desarrollo permitiría resolver los grandes problemas materiales del conjunto de la humanidad, pero la lógica que rige la acumulación capitalista impide que ello ocurra y profundiza, por el contrario, una incesante polarización de la riqueza a una escala desconocida hasta el presente

en la historia universal.

Los pueblos contemporáneos deben enfrentar los desafíos que suponen el capitalismo y la modernidad realmente existentes. La ideología dominante se emplea sencillamente para ignorar el desafío. Esta ignorancia se expresa de manera ingenua, a pesar de la eventual sofisticación del lenguaje, a través de las ideologías estadounidenses del liberalismo. Este «discurso de los satisfechos» sólo reconoce un único valor humano al cual reduce la modernidad: la libertad individual. Al precio de ignorar que esta libertad, en el marco del capitalismo, se convierte en aquella que permite a los más fuertes imponer su ley a los demás, que esta libertad es perfectamente ilusoria para la gran mayoría (la hipótesis liberal imagina que cada individuo puede convertirse en Rockefeller, tal como se afirmaba, no hace mucho tiempo, que cada soldado lleva en su mochila un bastón de mariscal), y que choca frontalmente con la aspiración a la igualdad que constituye el fundamento de la democracia.

Todos los partidarios del sistema —para quienes el capitalismo constituye un horizonte insuperable, el «fin de la historia»— comparten esta misma ideología fundamental. Los más extremistas no dudan en proclamar que la sociedad debería concebirse como una selva «de individuos», ni en sacrificar la eventual intervención pacificadora del Estado a los principios de una gestión que reduce el poder público a las funciones de un instrumento al servicio exclusivo de los «triunfadores». Otros desean dar un rostro humano a esta dictadura, e intentan atenuar el extremismo del principio exclusivo de la libertad individual diluyéndolo en proposiciones en las que se lo asocia a otras consideraciones pragmáticas de justicia social y de «reconocimiento de las diferencias», entre otras las diferencias comunitarias. El postmodernismo, con su invitación a «aceptar» y «adaptarse» a la realidad contemporánea, a «gestionarla» lo mejor posible al nivel más elemental y en lo inmediato, sin más, se inscribe también en esta perspectiva de negar el desafío.

52

Para las grandes mayorías, esta modernidad en cuestión es simplemente odiosa, hipócrita, está basada sobre la práctica cínica de los «dos raseros». Su rechazo es por lo tanto violento, y esta violencia es perfectamente legítima. El capitalismo realmente existente y la modernidad que lo acompaña no tienen ninguna propuesta que hacer a estas mayorías.

El capitalismo siempre estuvo atravesado, desde su origen, por unas contradicciones irresolubles que invitan a pensar en la necesidad

de su superación. Esta necesidad social se ha expresado desde muy pronto en todos los grandes momentos de la historia moderna. Esta se manifestó activa en las tres grandes revoluciones de los tiempos modernos, la francesa, la rusa y la china. La Revolución Francesa ocupa en este sentido un lugar excepcional en la historia moderna. El ala jacobina radical muy pronto tomó conciencia de las contradicciones del proyecto burgués y expresó claramente cuál era su naturaleza, a saber, que el liberalismo económico es el enemigo de la democracia. Esta intentó hacer que triunfase un concepto de revolución popular que superaba las «exigencias objetivas» del momento, es decir, la realización de tareas estrictamente burguesas. De esa corriente radical saldría entonces una primera generación de críticos comunistas al capitalismo naciente (los *babouvistes*).

De la misma forma, las revoluciones rusa y china se proyectaron mucho más allá de las tareas que se imponían inmediatamente a sus sociedades y se propusieron un objetivo comunista que en gran medida las superaba. No es entonces por azar que a cada una de estas tres grandes revoluciones —a diferencia de las demás— le haya sucedido alguna restauración. No obstante, los avances que las marcaron en sus grandes momentos permanecen como símbolos vivos para el futuro, al haber simado en el centro de su proyecto la igualdad de los seres humanos y su liberación de la alienación mercantil, en una época muy temprana en el caso de la Revolución Francesa.

53

De una forma general, las condiciones históricas que acompañaron el desarrollo del capitalismo en Europa favorecieron la maduración, en las clases dominadas, de una conciencia de clase política. Esta apareció muy pronto, desde las primeras décadas del siglo XIX, inspirada en los avances más radicales de la Revolución Francesa. A finales de ese siglo, inspiró la creación de grandes partidos obreros que obligarían al capital, durante el siglo XX, a «adaptarse» a unas reivindicaciones sociales que no estaban bajo la jurisdicción de la lógica exclusiva de la acumulación de capital. Entonces el valor «igualdad» se impuso, en com— plementariedad conflictiva con el de la «libertad».

La alienación mercantil lleva a privilegiar la libertad entre todos los valores humanos. Ciertamente la libertad del individuo en general, pero en particular la del empresario capitalista, cuya energía libera para multiplicar su poder económico. La igualdad, por el contrario, no procede directamente de las exigencias del capitalismo, excepto en su dimensión más inmediata, la de la igualdad (parcial) de los deberes,

que permite por un lado el florecimiento de la libertad de empresa y por otro lado condena al trabajador liberado a someterse al estatuto de asalariado, vendedor de una fuerza de trabajo que en sí misma es mercancía. En un nivel más alto, el valor «igualdad» entra en conflicto con el de «libertad». No obstante, en la historia de una parte de Europa —si no en la de todo el continente, sí en la de Francia en particular— ambos valores son proclamados en pie de igualdad, como en el lema de la República. Ello no es casual. El origen de esta dualidad conflictiva es complejo. Sin duda influye (en el caso de la Revolución Francesa es visible) la agudización de las luchas de las clases populares, que aspiran a autonomizarse con respecto a las ambiciones de la burguesía. Esta contradicción se expresa clara y abiertamente en aquellos *montagnards* que estiman (con buen criterio) que el «liberalismo económico» (la libertad en el sentido estadounidense y pleno del término) es el enemigo de la democracia (si esta ha de tener algún significado para las clases populares).

54

A partir de esta observación, explicaré una de las diferencias que aún hoy perdura entre la sociedad y la cultura estadounidenses, por una parte, y las de Europa por otra. El funcionamiento y los intereses del capital dominante en Estados Unidos y en Europa probablemente no sean tan diferentes como a veces se sugiere (según la oposición bien conocida entre el «capitalismo anglosajón» y el «capitalismo renano»). La conjunción de sus intereses sin duda explica la solidaridad de la tríada (Estados Unidos-Europa-Japón). Pero los criterios de la sociedad, los proyectos de sociedad que alientan las mentalidades, incluso de manera implícita, son un poco diferentes. En Estados Unidos, el valor libertad ocupa por sí solo todo el campo, sin que ello represente problema alguno. En Europa este valor queda contrabalanceado ininterrumpidamente por un vínculo con el valor igualdad, con el cual debe combinarse.

La sociedad estadounidense desprecia la igualdad. La desigualdad extrema no solo es tolerada, sino que se toma como símbolo del «triunfo» que promete la libertad. Sin embargo, la libertad sin igualdad es igual al salvajismo. Todas las formas de violencia que produce esta ideología unilateral no son fruto del azar, ni son en modo alguno una forma de radicalización, sino todo lo contrario. La cultura dominante hasta nuestros días en las sociedades europeas ha combinado con menos desequilibrio los valores de libertad e igualdad, ya que esta combinación conformó las bases del compromiso histórico de la socialdemocracia. Sin embargo, por desgracia la evolución más reciente de Europa tiende a aproximar la sociedad y la

cultura de este continente a las de Estados Unidos, erigidas en modelos y objetivos de una admiración poco crítica que todo lo invade.

La compleja historia de Europa desemboca finalmente en un concepto dual que articula la economía, por un lado, y lo político, por el otro, en una dialéctica que respeta la autonomía de cada uno de los dos términos. La ideología estadounidense no conoce estos matices.

55

LA IDEOLOGÍA ESTADOUNIDENSE: EL LIBERALISMO SIN ATENUANTES

No se estudiarán aquí las complejas relaciones que existen entre las religiones y sus interpretaciones, por un lado, y los procesos implicados en la modernización, la democracia y el laicismo, por otro, cuestiones todas ellas a las que ya me he referido en trabajos anteriores. Resumiré entonces las principales conclusiones en las cuatro tesis siguientes:

La modernización, el laicismo y la democracia no son el resultado de una evolución (o revolución) de las interpretaciones religiosas, sino a la inversa, estas se han adaptado a sus exigencias con mayor o menor fortuna. Esta adaptación no ha sido un privilegio del protestantismo. Ciertamente en el mundo católico esto ha funcionado de otra manera, pero no ha sido menos eficaz. En todos los casos se ha creado una nueva mentalidad religiosa, liberada de los dogmas.

En este sentido la Reforma no era la «condición» para el desarrollo del capitalismo, incluso cuando esta tesis (de Weber) es en gran medida aceptada en las sociedades a las que adula (la Europa protestante). La Reforma ni siquiera fue la forma más radical de ruptura ideológica con el pasado europeo y sus ideologías «feudales», incluyendo, entre otras, la interpretación anterior del cristianismo. Por el contrario, fue la forma más confusa y primitiva.

Hubo una «reforma de las clases dominantes» que se resolvió mediante la creación de iglesias nacionales (anglicana, luterana) controladas por estas clases para llevar a cabo el compromiso entre la burguesía emergente, la monarquía y los grandes propietarios rurales, alejando así la amenaza de las clases populares y del campesinado, que quedaron bajo su tutela. Este compromiso reaccionario — expresado por Lutero, y que Marx y Engels analizaron como tal—

permitió a las burguesías del país en cuestión evitar lo que se produjo en Francia: una revolución radical. Además, el laicismo resultante de ese modelo se ha mantenido tímido hasta nuestros días. El rechazo de la idea católica de universalidad que se manifiesta con la creación de iglesias nacionales ha cumplido una sola función: asentar mejor la monarquía, reforzar su papel como árbitro entre las fuerzas del Antiguo Régimen y las que representa la burguesía ascendente, reforzar su nacionalismo y demorar el progreso hacia las nuevas formas de universalismo que propondrá más tarde el internacionalismo socialista.

56

Pero también hubo movimientos reformadores arraigados en las capas populares que fueron víctimas de las transformaciones sociales ocasionadas por el surgimiento del capitalismo. Estos movimientos, que retomaron antiguas formas de lucha —las de los milenarismos de la Edad Media—, no se anticiparon a su tiempo sino que estuvieron atrasados con respecto a sus exigencias. Fue preciso esperar entonces hasta la Revolución Francesa —con sus movilizaciones populares laicas y democráticas radicales— y después al socialismo para que las clases dominadas aprendiesen a expresarse con eficacia en las nuevas condiciones. Estas sectas protestantes se alimentaron de ilusiones de tipo fundamentalista y crearon un campo favorable para la reproducción incesante de «sectas» de visión apocalíptica, como se las ve florecer en Estados Unidos.

La cultura política de Estados Unidos no es la misma que se ha conformado en Francia a partir de la Ilustración y principalmente después de la Revolución, la cual ha marcado con distinta intensidad la historia de buena parte del continente europeo. Las diferencias entre estas dos culturas son más que visibles, estallan en los momentos de crisis y se traducen en violentas oposiciones de actitudes (a favor o en contra del respeto a la legalidad internacional, por ejemplo, en el caso de la guerra de Irak).

La cultura política es el resultado de la historia considerada en su larga duración, la cual es siempre, por supuesto, propia de cada país. La cultura política de Estados Unidos está marcada a este nivel por características específicas que contrastan con las que se observan en la historia del continente europeo: la fundación de Nueva Inglaterra por las sectas protestantes extremistas, el genocidio de los indígenas, la esclavitud de los negros, el desarrollo de «comunitarismos» vinculados a la sucesión de olas migratorias del siglo XIX.

57

Las sectas protestantes que se vieron obligadas a emigrar de

4. En los orígenes del liberalismo

Inglaterra en el siglo XVII habían desarrollado una interpretación muy particular del cristianismo, que no compartían ni los católicos ni los ortodoxos, y ni siquiera —al menos con el mismo grado de extremismo— la mayoría de los protestantes europeos, incluidos por supuesto los anglicanos, dominantes en las clases dirigentes de Inglaterra. La Reforma en su conjunto restablecía la vigencia del Antiguo Testamento, marginado por el catolicismo y la iglesia ortodoxa en una interpretación del cristianismo que no lo consideraba como una continuación del judaísmo, sino como una ruptura con este. Remito aquí a lo que ya he escrito en otra parte respecto de las especificidades reales o pretendidas del cristianismo, el islam y el judaísmo. El uso cada vez más frecuente del calificativo de «judeo-cristiano», popularizado por la expansión del discurso protestante norteamericano, es testimonio de ese trastocamiento de la visión de las relaciones entre esas dos religiones monoteístas; un uso al cual se han sumado sin gran convicción los católicos (pero no los ortodoxos), aunque más bien por oportunismo político.

La Reforma, como es bien sabido, fue vinculada con el origen del capitalismo en una relación de causa y efecto que se ha interpretado de maneras muy distintas en el pensamiento social moderno. Weber avanzó una tesis, que se volvió célebre y ciertamente dominante en el mundo anglosajón y protestante, según la cual la Reforma habría permitido la irrupción del capitalismo. Tesis situada en contrapunto —yo creo que buscado— con la de Marx, que lee la Reforma como un efecto de las transformaciones causadas por la formación del capitalismo. De ahí la variedad de protestantismos, ya que estos pueden expresar tanto la protesta de las clases populares víctimas del naciente capitalismo como las estrategias de las clases dominantes.

Por otra parte, los fragmentos de ideologías y los sistemas de valores que se expresan en este plano de lo religioso llevan todas las trazas de formas primitivas de reacción ante el desafío que plantea el capitalismo. El Renacimiento había ido más lejos en algunos aspectos (Maquiavelo es uno de los testimonios más elocuentes de ello), pero el Renacimiento se desarrolla en territorio católico (Italia), y la gestión de ciertas ciudades italianas como auténticas sociedades comerciales dirigidas por la unión de los accionistas más ricos (Venecia es el prototipo) crea una relación con las primeras formas del capitalismo más directa aún que la posterior relación protestantismo/capitalismo. Posteriormente la Ilustración, que se desarrolla tanto en países católicos (Francia) como en otros protestantes (Inglaterra, Holanda y Alemania) se sitúa más en la tradición laica del Renacimiento que en

la de la reforma religiosa. Por último la Revolución Francesa, por su carácter radical, impulsa el laicismo con todo su vigor, abandonando deliberadamente el plano de las reinterpretaciones religiosas para situarse en el de la política moderna, la cual en gran medida es el resultado de su invención.

58

Sin embargo, la forma particular del protestantismo implantada en Nueva Inglaterra estará llamada a marcar con una fuerte impronta la ideología estadounidense hasta nuestros días. Ya que esta será el medio a través del cual la nueva sociedad norteamericana partirá a la conquista del continente, legitimándola en los términos extraídos de la Biblia (la conquista violenta de la Tierra prometida por parte de Israel, un tema reiterado hasta la saciedad en el discurso estadounidense). Con posterioridad Estados Unidos extenderá a todo el planeta su proyecto de realizar la obra que «Dios» le ordenó cumplir. Dado que el pueblo de Estados Unidos se ve a sí mismo como el «pueblo elegido» (sinónimo, en la práctica, de *Herrenvolk*, recuperando la terminología nazi paralela). Hoy estamos precisamente en este punto, y es por ello que el imperialismo estadounidense (y no «el Imperio») está dispuesto a ser incluso más salvaje de cuanto lo fueron sus predecesores, los cuales no se declaraban investidos de una misión divina. Aunque, por supuesto, dicha ideología estadounidense no es la causa de la expansión imperialista de Estados Unidos. Esta obedece a la lógica de la acumulación del capital, a cuyos intereses (completamente materiales) ella sirve. Pero esta ideología es sumamente conveniente, porque siembra la confusión al respecto.

La sociedad estadounidense está marcada hasta hoy por este predominio del protestantismo fundamentalista sectario. Esta sociedad, esencialmente religiosa (tal como lo advierten todos los observadores), a veces con cierta ingenuidad, no ha conseguido llegar a formular el concepto fuerte de laicismo, reducido aquí a la «tolerancia respecto a todas las religiones».

No me cuento entre quienes piensan que el pasado siempre se convierte, por la fuerza de los hechos, en «transmisión atávica». La historia transforma a los pueblos. Eso es lo que sucedió en Europa. Desgraciadamente el desarrollo de la historia de Estados Unidos, lejos de contribuir a la supresión de la monstruosidad de origen, la ha reafirmado y ha perpetuado sus efectos, tanto en lo que respecta a la «Revolución Estadounidense» como al poblamiento del país por sucesivas olas migratorias.

59

La «Revolución Estadounidense», tan apreciada por muchos de los revolucionarios de 1789 y hoy halagada más que nunca, no fue más que una guerra de independencia limitada, sin alcance social. En su revuelta contra la monarquía inglesa, los colonos norteamericanos no querían transformar de ningún modo las relaciones económicas y sociales, sino tan solo dejar de compartir los beneficios con la clase dirigente de la madre patria. Ellos querían el poder para sí mismos, no para hacer algo distinto de lo que hacían en la época colonial, sino para continuar haciendo lo mismo con más determinación y mayor provecho. Sus objetivos eran ante todo proseguir la expansión hacia el Oeste, lo cual implicaba, entre otras cosas, el genocidio de los indígenas. En este marco, mantener la esclavitud tampoco era objeto de ningún cuestionamiento. Casi todos los grandes jefes de la Revolución Estadounidense fueron propietarios esclavistas y tuvieron a este respecto prejuicios inquebrantables.

El genocidio de los indígenas se inscribió naturalmente en la lógica de la misión divina del nuevo pueblo elegido. Y que nadie crea que se trata de un pasado del que se haya querido renegar. Hasta la década de 1960, este genocidio fue reivindicado con orgullo (por el canal de las películas de Hollywood que contraponen el «cowboy», como símbolo del Bien, al indio, el Mal), constituyendo un factor importante de «la educación» de las sucesivas generaciones.

Algo similar ocurrió con respecto a la esclavitud. Transcurrió casi un siglo desde la independencia hasta la abolición de la esclavitud, que por otra parte no se produjo por razones morales, como las que invocó la Revolución Francesa, sino tan solo porque mantenerla ya no era conveniente para proseguir la expansión capitalista. Desde entonces, fue preciso que transcurriese un siglo para que los negros estadounidenses accedieran a un mínimo de reconocimiento de algunos derechos cívicos, sin que al mismo tiempo se consiguiera quebrantar el racismo absoluto de la cultura dominante. Hasta la década de 1960 se linchaba a los negros, y las familias acudían de «picnic» para asistir a la escenificación de la muerte, compartir alegrías e intercambiar fotos del linchamiento anterior. Esto se ha perpetuado más discretamente mediante el ejercicio de la «justicia», que envía a la muerte a miles de condenados —casi todos negros— de los que se sabe que al menos la mitad son inocentes, lo cual no llega a conmover a la opinión pública.

Las sucesivas olas de inmigración también han desempeñado un papel en el refuerzo de la ideología estadounidense. Sin duda los inmigrantes no son los responsables de la miseria y la opresión que

originan su partida; por el contrario, son sus víctimas. Pero las circunstancias —es decir, su emigración— les llevan a renunciar a la lucha colectiva para cambiar las condiciones de vida comunes a sus clases o grupos sociales en sus propios países, en beneficio de una adhesión a la ideología del éxito individual en el país de acogida. El sistema estadounidense estimula esta adhesión que se amolda perfectamente a su funcionamiento. Esto retrasa la toma de conciencia de clase, la cual, ni bien empieza a madurar, debe afrontar una nueva oleada de inmigración que hace abortar su cristalización política. Al mismo tiempo las migraciones alientan la «comunitarización» de la sociedad estadounidense. Ya que el «éxito individual» no excluye la inserción en una comunidad de origen (los irlandeses, los italianos, etc.), sin la cual el aislamiento individual entraña el riesgo de volverse insoportable. Ahora bien, también en este caso el refuerzo de esta dimensión de identidad —que el sistema estadounidense recupera y halaga— se hace en detrimento de la conciencia de clase y de la formación del ciudadano.

Mientras que en París el pueblo se aprestaba a tomar «el cielo por asalto» (hago referencia aquí a la Comuna de 1871), en Estados Unidos las pandillas integradas por las sucesivas generaciones de inmigrantes pobres (irlandeses, italianos, etc.) se mataban entre sí, manipuladas con perfecto cinismo por las clases dominantes. Este es el origen de todas las diferencias que separan a la ideología de Estados Unidos de la de Inglaterra o Canadá, por ejemplo.

La Europa protestante —Inglaterra, Alemania, Holanda, Escandinavia— compartía al principio una ideología similar a la de Estados Unidos en algunos aspectos, promovida por el «retorno a la Biblia», aunque seguramente bajo formas atenuadas, sin comparación con las formas extremas de las sectas que inmigraron a Nueva Inglaterra. Pero en esos países la clase obrera llegó a enarbolar una conciencia de clase reafirmada que las sucesivas oleadas de inmigrantes han esterilizado en Estados Unidos. La diferencia se manifiesta en la irrupción de partidos obreros; en Europa esta situación impuso diversas combinaciones de la ideología liberal con sistemas de valores que no solo le resultaban ajenos (entre otros la igualdad), sino incluso conflictivos. Estas combinaciones, por supuesto, han seguido los cauces de la propia historia, diferente según los países y en los distintos momentos. Pero se ha preservado así la autonomía de lo político frente al predominio de lo económico.

61

Y si Canadá, también un nuevo país de inmigración, no comparte (¿hasta ahora?) la ideología estadounidense, es sin duda porque no

ha experimentado unas oleadas de inmigración a un ritmo capaz de asfixiar la conciencia de clase. Y quizás sea también porque los «lealistas», que no quisieron separarse de la madre patria, no compartían el fanatismo de la interpretación religiosa de los sectarios de Nueva Inglaterra.

En Estados Unidos no existe un partido obrero, ni nunca ha existido. Los poderosos sindicatos obreros son «apolíticos», y lo son en todos los sentidos del término: ni hacen referencia a un partido que pudiera resultarles próximo por naturaleza, ni son capaces de sustituir su ausencia produciendo ellos mismos una ideología socialista. Estos comparten con toda la sociedad la ideología liberal que domina sin opositores. Sus luchas siguen limitándose a reivindicaciones muy precisas que no ponen en cuestión el liberalismo. En cierto sentido estos sindicatos son «postmodernistas», siempre lo han sido.

Las ideologías comunitaristas no pueden servir como sustituto de la ausencia de una ideología socialista de la clase obrera. Ni siquiera la más radical de entre ellas, la de la comunidad negra. Porque el comunitarismo se inscribe por definición en el marco del racismo generalizado, al que combate en su propio terreno, sin más.

La combinación propia de la formación histórica de la sociedad de Estados Unidos —ideología religiosa «bíblica» dominante y ausencia de partido obrero— produjo finalmente una situación también incomparable, la de un partido único de facto, el partido del capital. Los dos segmentos que conforman este partido único comparten el mismo liberalismo fundamental. Uno y otro se dirigen a la única minoría —40% del electorado— que «participa» en ese tipo de vida democrática truncada e impotente que se les ofrece. Cada uno de ellos tiene su propia clientela —entre las clases medias, ya que las clases populares no votan— y a ella se adapta su lenguaje. Cada uno de ellos cristaliza en su interior un conglomerado de intereses capitalistas segmentados (los «lobbies») o de apoyos «comunitarios».

62

La democracia estadounidense es hoy el modelo más avanzado de lo que yo llamo «la democracia de baja intensidad». Su funcionamiento se basa en una total separación entre la gestión de la vida política, fundada en la práctica de la democracia electoral, y la vida económica, condenada a seguir las leyes de la acumulación del capital. Por lo demás, esta separación no es objeto de un cuestionamiento radical, sino que más bien forma parte de lo que se llama el consenso general. Ahora bien, esta separación invalida todo

el potencial creador de la democracia política. Castra a las instituciones representativas (parlamentos y otras), que se vuelven impotentes frente al «mercado» cuyos dictados aceptan. Votar demócrata, votar republicano; eso no tiene ninguna importancia, ya que vuestro porvenir no depende de vuestra opción electoral sino de las incertidumbres del mercado.

Europa, como es notorio, no está protegida contra una deriva empobrecedora de la misma naturaleza. Con la adscripción liberal de sus partidos socialistas y la crisis del mundo del trabajo, ya está completamente comprometida en este sentido. Pero podría liberarse de semejante compromiso.

En Estados Unidos, el Estado actúa exclusivamente al servicio de la economía, es decir, del capital, del cual es fiel servidor en exclusiva, sin tener que preocuparse por otros intereses sociales. Esto es así porque la formación histórica de la sociedad estadounidense ha bloqueado —en las clases populares— la maduración de una conciencia política de clase.

Como contrapunto, en Europa el Estado ha sido (y puede volver a serlo) el lugar de encuentro obligado de la confrontación de intereses sociales. Como consecuencia de ello, el Estado pudo favorecer los compromisos históricos que dan un sentido y un alcance real a la práctica democrática. Si el Estado no se ve compelido a cumplir esta función a través de las luchas de clases y las luchas políticas que le permitan mantener su autonomía respecto de la lógica exclusiva de la acumulación de capital, entonces la democracia se convierte en una práctica irrisoria, tal como sucede en Estados Unidos. Es preciso tener en cuenta este contexto para interpretar el funcionamiento de las instituciones de esta curiosa «democracia», pretendidamente «la más antigua» (!) y la más «avanzada» (!).

63

Estados Unidos inventó el sistema presidencial. Es posible que en aquella época eso fuera «lo más natural», cuando la idea de un monarca (aunque fuera elegido) todavía parecía indispensable. Aun cuando la Revolución Francesa pudo prescindir sin dificultad de tener uno, entre 1793 y 1798. Lo cierto es que el sistema presidencial ha resultado ser una catástrofe para la radicalización de la democracia y demuestra serlo aún hoy con mayor fuerza que antes.

El sistema presidencial contribuye a desplazar el debate político, a debilitarlo, sustituyendo la elección de ideas —de programas— por la de individuos, por mucho que se suponga que estos «encarnan» esas ideas-programas. Para colmo, la polarización de las elecciones entre

dos individuos, casi fatal, acentúa aún más la búsqueda, por parte de cada uno de ellos, del consenso más amplio (la batalla por ganar el centro de los indecisos, de los menos politizados), en detrimento de la radicalización. Esto impEca dar una ventaja al conservadurismo.

Este sistema presidencial —conservador por naturaleza— fue exportado sin dificultades por Estados Unidos a toda América Latina, porque los países de ese continente no habían conocido, a comienzos del siglo XIX, más que revoluciones políticas limitadas de similar naturaleza, a las cuales este sistema se adaptaba perfectamente. Más tarde conquistó África y buena parte de Asia por razones análogas, debido al carácter limitado de los procesos de liberación nacional de los tiempos modernos.

Pero de allí pasó a conquistar Europa, donde, sin embargo, no había dejado más que un detestable recuerdo, al haber quedado asociado aquí al populismo demagógico bonapartista. Francia inició este movimiento, desgraciadamente, con la creación de la República gaullista, la cual no representó un paso adelante hacia el progreso de la democracia, sino un retroceso en el cual la sociedad francesa parece estar bien instalada. Los argumentos que se invocan respecto de «la inestabilidad de los gobiernos» en los regímenes parlamentarios solo son expresiones oportunistas.

64

El sistema presidencial favorece también la cristalización de coaliciones de intereses diversos —idealmente dos coaliciones, alineadas detrás de cada uno de los contendientes «presidenciables»— en detrimento de la formación de auténticos partidos políticos (incluyendo los partidos socialistas), depositarios potenciales de proyectos de sociedad verdaderamente alternativos. También a este respecto el caso de Estados Unidos es muy elocuente. No hay partidos Demócrata y Republicano. Julius Nyerere decía, con una dosis de humor, que se trata de «dos partidos únicos». Una buena definición de la democracia de baja intensidad. A fin de cuentas, esta es considerada como tal por las clases populares de Estados Unidos, las cuales, como es sabido, no votan porque saben — y tienen razón— que eso no sirve para nada.

Lejos de ser un instrumento útil para una eventual radicalización social, las formas de la democracia estadounidense siempre han sido y son unas formas perfectamente adaptadas al conservadurismo. En estas condiciones, las otras dimensiones de la democracia estadounidense, con frecuencia juzgadas también con valoración positiva, se transforman en su opuesto.

Por ejemplo la «descentralización», con la consiguiente multiplicación de las instancias controladas por los poderes locales electos, supone una prima de refuerzo del poder de los notables locales y del espíritu «comunitarista». También sabemos que en Francia los dirigentes de las nuevas regiones se pronuncian siempre, o casi siempre, más a la derecha que aquellos que lo hacen a escala nacional. Esto no es casual.

La ausencia de burocracias permanentes en Estados Unidos, presentada por los liberales como una ventaja frente a la sólida implantación de las herencias burocráticas en Europa, se convierte en el medio por el cual el poder político conservador confía la ejecución de sus programas a clientelas pasajeras irresponsables, contratadas en gran medida directamente en el mundo de los negocios (y que, por tanto, son juez y parte). ¿Es esto realmente una ventaja? Y se diga lo que se diga de «la Enarquía»¹ en Francia —aunque una parte de las críticas que se le hacen sean ciertamente válidas—, ¿no es mejor (o menos mala) la idea de una burocracia contratada de una forma auténticamente democrática, mientras esperamos llegar (quizás) al lejano ideal de una sociedad que pueda prescindir de burocracias?

65

La crítica irreflexiva contra la «burocracia», que hoy está tan de moda, inspira directamente las campañas sistemáticas que se dirigen contra la idea misma de servicio público, que se quiere sustituir por el servicio privado comercial. Una mirada objetiva sobre el mundo real demuestra que el servicio público (pretendidamente «burocratizado») no es tan ineficaz como se pretende, tal como lo ilustra a la perfección la comparación entre Estados Unidos y Europa en materia de salud pública. En Estados Unidos la salud de la población (en gran medida privatizada) cuesta a la nación un 14% de su PIB, frente al 7% de un PIB comparable en Europa (cuyo sistema de salud está en gran medida garantizado por servicios públicos). Pero, evidentemente, los beneficios de los oligopolios farmacéuticos y de seguros en Estados Unidos son muy superiores a los que se obtienen en Europa. Por lo demás, el servicio público en una democracia tiene cierta capacidad de transparencia, al menos potencialmente. El servicio comercial, protegido por el «secreto de los negocios privados», es por definición opaco. La decisión de sustituir el servicio público (es decir, la socialización por la democracia) por el servicio privado (es decir, la socialización por el mercado) implica un esfuerzo por consolidar el

¹ * El término *Énarchie* hace referencia a la alta burocracia estatal formada en el tradicional centro académico ENA. (N. del t.)

consenso según el cual lo político y lo económico deberían aceptarse como si constituyeran dos planos rigurosamente separados uno del otro. Cuando ese consenso es precisamente destructivo de todo el potencial de radicalización de la democracia.

La justicia «independiente» y el principio de elección de los jueces han demostrado, por su parte, cómo podían reforzar el arraigo de prejuicios, siempre conservadores, incluso reaccionarios; este sistema judicial no ha tendido a favorecer la radicalización sino, por el contrario, a interponerse en su avance. Sin embargo, este modelo está en camino de ser imitado en otros países (por ejemplo en Francia) con unos resultados inmediatos que me abstendré de comentar.

66

Por otra parte, el historial de la justicia estadounidense está ahí para demostrar el carácter irrisorio de la democracia a la cual se supone que debería servir. Una justicia onerosa al extremo, una justicia a la carta, que interpreta a su manera la *Common Law* inglesa que le dio origen, siempre al servicio exclusivo de los principios del liberalismo (y de los ricos), una justicia sistemáticamente racista (con un 50% de condenados negros inocentes sin que eso cause malestar!), una justicia extremadamente brutal (Estados Unidos tiene la mayor proporción de población carcelaria del mundo).

El *affaire Dreyfus* movilizó en Francia a toda la sociedad y al mundo político de forma compartida. En Estados Unidos, el asesinato de Sacco y Vanzetti, el de los Rosenberg y tantos otros menos conocidos nunca han conmovido a la opinión pública. Nunca habrá una revisión de estos procesos. No se tiene ni el derecho —ni siquiera la idea— de poner en duda la injusticia de los jueces. «Independientes del Estado», pero bajo la dependencia de un electorado manipulable, los «jueces» no deben ni siquiera someterse a legislaciones escritas precisas, que se verían obligados a aplicar, como ocurre en el continente europeo y, al menos en principio, en la mayor parte de los países del mundo. El juez «crea el derecho», un principio de la *Common Law* que es característico de las formas del derecho en las sociedades primitivas, superadas en otros lugares. En esas condiciones las decisiones de las Cortes se conocen casi siempre por anticipado. Por ejemplo, se sabía que la Corte Suprema aprobaría el fraude electoral que permitió la llegada de Bush hijo a la presidencia porque había una mayoría republicana en la Corte, que «juzga en conciencia» (!), sin tener que atenerse a las restricciones de un texto que pudiese obligarla a anular votos cuando se encuentran algunas urnas... ¡en plena campaña! Estas mismas prácticas de «justicia»

suelen calificarse como nepotistas cuando afectan a regímenes que no se autoproclaman democráticos.

67

¿QUÉ TENEMOS QUE ENVIDIAR A ESE MODELO?

La combinación de una religiosidad dominante, su explotación a través de un discurso fundamentalista y la ausencia de conciencia política de las clases dominadas brinda al sistema de poder de Estados Unidos un margen de maniobra incomparable, que anula el alcance potencial de las prácticas democráticas y las reduce al estatuto de rituales anodinos (política-espectáculo, inauguración de las campañas electorales con desfiles de *majorettes*, etc.).

Pero que nadie se confunda. No es la ideología fundamenta— lista con pretensiones religiosas la que dirige e impone su lógica a los verdaderos detentadores del poder: el capital y sus servidores en el Estado. El capital es el único que toma por sí solo todas las decisiones que le convienen y luego moviliza a la susodicha ideología estadounidense para ponerla a su servicio. Los medios que utiliza — desinformación sistemática sin comparación posible— resultan entonces eficaces, al aislar a los espíritus críticos, sometiéndolos a un odioso chantaje permanente. El poder consigue así manipular sin dificultades a una «opinión» mantenida en su necesidad.

La clase dirigente de Estados Unidos ha desarrollado, en estas circunstancias, un perfecto cinismo, disimulado con una hipocresía que todos los observadores extranjeros constatan pero que el pueblo estadounidense nunca ve. Cuando se considera necesario se recurre directamente a la violencia bajo formas extremas. Todos los militantes radicales estadounidenses lo saben bien: la única opción que les dejan es venderse o ser asesinados.

La ideología estadounidense, como todas las ideologías, sufre «el desgaste del tiempo». En los períodos «calmos» de la historia — signados por un elevado crecimiento económico acompañado de consecuencias sociales consideradas satisfactorias— se relaja la presión que la clase dirigente debe ejercer sobre su pueblo. En algunas épocas, según las necesidades del momento, esta clase dirigente «redespliega» la ideología estadounidense, siempre a través de los mismos medios: se designa un enemigo (siempre exterior, ya que la sociedad estadounidense se considera buena por definición): el Imperio del Mal, el eje del Mal..., que permite la «movilización total» de todos los medios destinados a aniquilarlo. En el pasado este

enemigo fue el comunismo, que permitió, a través del maccarthismo (olvidado por los «pro-estadounidenses»), emprender la guerra fría y situar a Europa en una posición subalterna. Hoy en día es el «terrorismo», evidente pretexto (el 11 de septiembre se parece mucho al incendio del Reichstag) que permite colar el verdadero proyecto de la clase dirigente: asegurarse el control militar del planeta.

68

El objetivo confesado de la nueva estrategia hegemónica de Estados Unidos es el de no tolerar la existencia de ninguna potencia capaz de resistirse a las órdenes terminantes de Washington, y por eso busca dismantlar todos los países considerados «demasiado grandes», así como crear la máxima cantidad posible de estados encenagados, presas fáciles para el establecimiento de bases estadounidenses que aseguren su «protección». Solo un Estado tiene derecho a ser «grande», Estados Unidos, en palabras de sus tres últimos presidentes (Bush padre, Clinton, Bush hijo).

No es difícil conocer los objetivos y los medios para conseguirlos del proyecto de Washington. Estos son objeto de un gran alarde cuya principal virtud es la franqueza, aun cuando la legitimación de los objetivos siempre queda anegada en un discurso moralizador propio de la tradición estadounidense. La estrategia global de Estados Unidos contempla cinco objetivos: 1) neutralizar y someter a los otros socios de la tríada (Europa y Japón) y minimizar la capacidad de estos estados de actuar fuera del regazo estadounidense; 2) establecer el control militar de la OTAN y «latinoamericanizar» a los antiguos fragmentos del mundo soviético; 3) controlar en forma exclusiva Medio Oriente y Asia Central, así como sus recursos petrolíferos; 4) dismantlar China, asegurarse la subordinación de los otros grandes estados (India, Brasil) e impedir la constitución de bloques regionales capaces de negociar los términos de la globalización; 5) marginalizar a las regiones del Sur que no representen ningún interés estratégico.

El hegemónismo de Estados Unidos se basa más, en definitiva, en el sobredimensionamiento de su potencia militar que en las ventajas de su sistema económico. Me contentaré pues con resumir el sentido de los estudios que ya he dedicado a esta cuestión, poniendo énfasis en la ventaja política real de la que se beneficia Estados Unidos: es un Estado, mientras que Europa no lo es. Puede por tanto situarse como líder incontestado de la tríada, convirtiendo su potencia militar y su dominación de la OTAN en el «puño visible» encargado de imponer el nuevo orden imperialista a los eventuales rebeldes.

69

La potencia militar de Estados Unidos se construyó sistemáticamente desde 1945, y abarca al conjunto del planeta, dividida en regiones dependientes del sistema integrado de los «*US military commands*». Hasta 1990 este hegemonismo se había visto obligado a aceptar la coexistencia pacífica que le imponía la potencia militar soviética. Esto ya no es así. Es forzoso constatar al respecto el contraste que existía entre la vocación planetaria de la estrategia militar de Estados Unidos posterior a 1945, seguida por la creación de la OTAN, y la estrategia defensiva de la Unión Soviética, que nunca fue una estrategia ofensiva que apuntase a «conquistar el mundo en nombre del comunismo», tal como se empeñaba en hacer creer (desgraciadamente con éxito) la propaganda occidental. Este período se caracteriza entonces por un retroceso de la democracia, no por su avance.

A escala global, desde la década de 1980, mientras se anuncia el hundimiento del sistema soviético se perfila una opción hegemónica asumida por el conjunto de la clase dirigente de Estados Unidos. Llevados por el vértigo de su poderío militar, ahora sin competidores, los dirigentes de Estados Unidos deciden reafirmar su dominación mediante el desarrollo prioritario de una estrategia estrictamente militar de «control del planeta». La estrategia política de acompañamiento de ese proyecto sirve para preparar los pretextos, ya se trate del terrorismo, la lucha contra el narcotráfico o la acusación de producción de armas de destrucción masiva.

La «guerra preventiva» se formulará en lo sucesivo como un «derecho» al cual Washington se reserva para sí la posibilidad de invocar, aboliendo de golpe cualquier forma de derecho internacional. La Carta de las Naciones Unidas prohíbe el recurso a la guerra, excepto en el caso de legítima defensa, y la ONU somete sus propias y eventuales intervenciones militares a estrictas condiciones, que exigen una respuesta equilibrada y temporal. Todos los juristas saben que las guerras emprendidas desde 1990 en adelante son completamente ilegítimas y que por tal motivo, en principio, quienes asumieron la responsabilidad de realizarlas son criminales de guerra. El trato que recibe Naciones Unidas por parte de Estados Unidos, con la complicidad de otros países, es parecido al que recibió en su momento la Sociedad de Naciones por parte de los estados fascistas.

70

La abolición del derecho de los pueblos, ya consumada, sustituye el principio de igualdad por el de la distinción entre un «*Herrenvolk*» (el pueblo de Estados Unidos, accesoriamente el de Israel) que tiene derecho a conquistar «el espacio vital» que juzga necesario, y los

otros, cuya existencia misma solo es tolerable cuando no constituye una «amenaza» para el desarrollo de los proyectos de quienes están llamados a ser los «amos del mundo». Todos nosotros nos hemos convertido pues, a los ojos del *establishment* de Washington, en «pieles rojas», es decir, pueblos que solo tienen derecho a la existencia en la medida en que no obstaculicen la expansión del capital transnacional de Estados Unidos.

¿Cuáles son pues esos intereses «nacionales» que la clase dirigente de Estados Unidos se reserva el derecho de invocar como mejor le parezca? A decir verdad, dicha clase solo se reconoce por un único objetivo: «ganar dinero». El Estado norteamericano se ha puesto abiertamente al servicio prioritario de la satisfacción de las exigencias del segmento dominante del capital, constituido por las transnacionales de Estados Unidos.

Este proyecto es ciertamente imperialista en el sentido más brutal, pero no es «imperial» en el sentido que Negri da a este término, ya que no se trata de dirigir al conjunto de las sociedades del planeta para integrarlas en un sistema capitalista coherente, sino solo de saquear sus recursos. La reducción del pensamiento social a los axiomas básicos de la economía vulgar, la atención unilateral que se presta a la maximización de la rentabilidad financiera a corto plazo del capital dominante, reforzada por la disponibilidad a su servicio de los recursos militares bien conocidos, son responsables de esta deriva salvaje que el capitalismo lleva en sí al desconocer cualquier sistema de valores humanos, reemplazados estos exclusivamente por las exigencias de someterse a las pretendidas leyes del mercado.

71

Este proyecto no tiene nada que ver con la idea de extender la democracia a todo el mundo (ni siquiera en la forma estadounidense), tal como los medios de comunicación dominantes se empeñan en hacernos creer. No se trata de democratizar Irak, ni ningún otro país de la región (lo que después de todo no le interesa a Israel), sino simplemente de saquear sus riquezas (en este caso el petróleo iraquí). Estados Unidos ocupa Kuwait desde hace más de una década: ¿ha impulsado allí alguna forma de democracia? La única iniciativa legislativa del Kuwait estadounidense ha sido restringir más la libertad de expresión prohibiendo pura y simplemente cualquier crítica a Estados Unidos.

El proyecto de Washington para el mundo árabe no es el de alentar ningún avance democrático, sino todo lo contrario: sustituir los actuales regímenes por dictaduras «islámicas» no menos

violentas, pero amigas y sumisas. De alguna forma esto equivale a permitir la reconciliación entre el proyecto saudí y Washington. A su vez esos regímenes islámicos serán sin duda alentados en algún momento a ganar alguna popularidad apoyando actos de terrorismo, pero bien dirigidos (contra Francia, Alemania, Rusia y China, por ejemplo).

Todo el mundo sabe que esta estrategia le hace el juego a Israel, que no disimula su rechazo ante las verdaderas democracias árabes, apoyadas por sus pueblos, ya que la existencia de países árabes democráticos modificaría la relación de fuerzas a favor de la causa palestina. En cuanto a las promesas realizadas por Bush hijo de «solucionar el problema palestino» (después de la victoria en Irak), estas se parecen demasiado a las mentiras de Bush padre, quien hizo la misma promesa en 1991, como para que ahora puedan ser tomadas en serio.

En el plano interno, el rechazo de la democracia no es menos obvio. El FBI-CIA-Gestapo fue autorizado a no respetar ninguno de los derechos humanos más elementales en sus prisiones-centros de tortura de Guantánamo, Barmak y en otras que aparecerán en el futuro. En momentos como el actual, la sociedad de Estados Unidos se hunde en su tradición de una visión apocalíptica. Florecen las «sectas» cuyos discursos y prácticas todos conocemos, y se producen movilizaciones populares de tipo fascista. ¿Se sabe por ejemplo que la «Sociedad de los Patriotos», orgullosa de sus treinta millones de miembros, es la más poderosa organización de la «sociedad civil» estadounidense? Fanáticos de Dios y, simultáneamente, fanáticos del mercado; ambos fundamentalismos se complementan aquí sin dificultad.

72

Ni este proyecto de la clase dirigente de Estados Unidos ni la ideología estadounidense sobre la que este se apoya son «invencibles». Si continúa desarrollándose durante un cierto período de tiempo, este proyecto sólo podrá generar un creciente caos y requerirá una gestión cada vez más brutal y discontinua, sin una visión estratégica de largo plazo. A lo sumo Washington dejará de dar apoyo a verdaderos aliados, lo cual siempre exige la capacidad de hacer concesiones. Será más que suficiente recurrir a gobiernos títeres, como el de Karzai en Afganistán, mientras el delirio del poderío militar permita creer que Estados Unidos es «invencible». Hitler no pensaba de otro modo.

Más precisamente, una de las mayores debilidades del

«pensamiento estadounidense» como resultado de su historia y su ideología es la de estar muy mal preparado para pensar en términos de larga duración. Este pensamiento se ahoga en lo inmediato, para lo cual recopila «datos» en cantidades crecientes y de forma inquietante. De este modo cree que puede aclarar sus opciones inmediatas exclusivamente mediante el análisis del presente, mientras que el «pasado» siempre se considera no pertinente (en Estados Unidos la expresión «*it is history*» es sinónimo de «sin importancia»). En estas condiciones, el futuro siempre se concibe como la simple proyección de lo inmediato. Se explica así la popularidad de textos estúpidos, tales como la obra de Huntington *El choque de las civilizaciones*. Un escritor que si hubiese vivido en tiempos de las guerras de religión del siglo XVI habría concluido, utilizando el mismo método, que Europa estaba condenada a la autodestrucción..., a menos que uno de los dos campos (protestante o católico) llegase a imponerse en todo el continente.

El hecho de que la historia esté marcada por puntos de ruptura, resultado de la exacerbación de las contradicciones que la impulsan, y que a partir de esos puntos la evolución recomience en una dirección que no se inscriba en la proyección del pasado-presente es una idea ajena al pensamiento estadounidense.

73

Por eso, necesariamente, el imperialismo estadounidense será infinitamente más bárbaro de cuanto lo fueron las formas anteriores características de los imperialismos europeos. Los británicos y los franceses, más allá de los intereses del capital que los estados asumían como propios al involucrarse en la aventura imperial, disponían de marcos intelectuales que les permitían «pensar el imperio en la larga duración». La comparación entre lo que estos han construido —a la escala de un continente—, por muy inaceptable que esto pueda haber sido, y del fracaso total de Washington en la gestión de una mini colonia (Liberia) pone de manifiesto la pobreza del pensamiento político estadounidense. El único principio —y objetivo— que conoce Washington como guía de su nueva política imperial es el del saqueo inmediato. Si se contraponen quince millones de dólares de beneficio adicional inmediato (por ejemplo, saqueando el petróleo de un país), frente a trescientos millones de víctimas, con todo lo que esto comporta a largo plazo, la decisión será favorable al beneficio inmediato.

La ideología y las ideas estadounidenses no son exportables. A pesar de los éxitos de la «norteamericanización», en Europa parece haber surgido una reacción intelectual saludable, impulsada por la

violencia absurda y sin perspectivas que produce el proyecto estadounidense que hoy está en curso de ejecución («la guerra permanente»).

La opción militarista de Estados Unidos amenaza a todos los pueblos. Esta parte de la misma lógica que anteriormente empleara Adolf Hitler: modificar por la violencia militar las relaciones económicas y sociales en favor del «*Herrenvolk*» del momento. Esta opción, al imponerse en primer plano del escenario, sobredetermina todas las coyunturas políticas, ya que la continuación de este proyecto debilita al extremo todos los avances que los pueblos puedan obtener a través de sus luchas sociales y democráticas. Llevar al fracaso el proyecto militar de Estados Unidos se convierte pues en la principal tarea y la mayor responsabilidad de todos.

Estados Unidos es «el Estado verdugo» por excelencia, según ha escrito William Blum. Este país ha repudiado abiertamente cualquier forma de respeto de la legalidad y de los derechos de los demás, anunciando su adhesión a un único principio según el cual «la fuerza tiene prelación sobre el derecho». El hecho de que sea un régimen regido por los mecanismos políticos de la democracia el que retome por su cuenta este principio del que los nazis estaban orgullosos no constituye una circunstancia atenuante sino, por el contrario, terriblemente agravante.

74

La lucha para conseguir el fracaso del proyecto de Estados Unidos comprende varias dimensiones. Esta incluye aspectos diplomáticos (defender el derecho internacional), militares (el rearme de todos los países del mundo se impone para hacer frente a las agresiones proyectadas por Washington; no hay que olvidar que Estados Unidos empleó armas nucleares cuando tenía el monopolio de ellas, y renunció a emplearlas desde el momento en que ya no lo tuvo) y políticas (especialmente en lo que respecta a la construcción europea y la reconstrucción de un frente de los Países No Alineados).

El éxito de esta lucha dependerá de la capacidad que tengan las conciencias para poder librarse de las ilusiones liberales. Ya que nunca existirá una economía mundializada «auténticamente liberal». Pero, no obstante, se intenta y se intentará hacernos creer que sí por todos los medios. No es otra la función que tienen los discursos del Banco Mundial, que actúa como una especie de Ministerio de Propaganda de Washington con respecto a la «democracia» y el «buen gobierno», o la «reducción de la pobreza», al igual que el ruido mediático organizado en torno a Joseph Stiglitz, descubridor de algunas

verdades elementales expresadas con autoridad arrogante, sin extraer, sin embargo, la menor conclusión que ponga en duda los tenaces prejuicios de la economía vulgar. La reconstrucción de un frente de países del Sur capaz de dar a la solidaridad de los pueblos de Asia y de África, y a la Tricontinental, una capacidad de acción en el plano mundial, también exige librarse de las ilusiones de un sistema liberal mundializado «no asimétrico», que supuestamente permitiría a las naciones del Tercer Mundo superar sus «retrasos». ¿No resulta ridículo ver a países del Sur reclamando que se pongan en práctica «los principios del liberalismo, pero sin discriminación alguna», ante el nutrido aplauso del Banco Mundial? ¿Desde cuándo el Banco Mundial ha defendido al Tercer Mundo en contra de Estados Unidos?

75

Sin duda existen gobiernos muy detestables en el Tercer Mundo. Pero el camino hacia la necesaria democratización seguramente no pasa por sustituirlos por regímenes títeres llegados en los vagones del invasor, dispuestos a ceder los recursos de sus países al saqueo de las multinacionales estadounidenses.

La lucha contra el imperialismo de Estados Unidos y su opción militarista afecta a todos los pueblos, a sus principales víctimas en Asia, África y América Latina, a los pueblos europeos y japonés, condenados a la subordinación, pero también al pueblo estadounidense. Saludemos desde aquí el valor de todos aquellos que rechazan someterse «desde el interior del monstruo», tal como sus predecesores rechazaron ceder a las presiones del maccarthismo en la década de 1950. Solo cuando se haya conseguido el fracaso del proyecto de su clase dirigente se abrirá una vía en los propios Estados Unidos que permitirá a su pueblo desligarse de su ideología.

¿Podrá la clase dominante de Estados Unidos renunciar al proyecto criminal en el que se ha implicado? No es fácil responder a esta pregunta. Evidentemente algunos fracasos políticos, diplomáticos y quizás incluso militares podrían animar a aquellas minorías que, dentro del *establishment* de Estados Unidos, aceptarían renunciar a las aventuras militares en las que su país está implicado.

La deriva de Estados Unidos fue durante mucho tiempo alentada por las opciones de los gobiernos europeos, a lo largo de toda la década de 1990. El desmoronamiento del sistema soviético, lejos de ser la ocasión de volver a fundar un modelo social europeo propio para las izquierdas europeas mayoritarias (los socialistas tenían responsabilidades de gobierno en casi todos los países de la Unión Europea) ha arrastrado a esas izquierdas al delirio liberal y al

alineamiento con el proyecto hegemónico de Washington. Estos gobiernos contrajeron así una grave responsabilidad ante la historia. Aprobaron las propuestas de Washington que convirtieron a la OTAN en el instrumento de sus intenciones agresivas; le ofrecieron en bandeja de plata Bosnia, Kosovo, Macedonia y, más allá, todos los países de Europa oriental asociados a las violaciones del derecho internacional. Así, durante toda la década se favoreció el despliegue del proyecto estadounidense de control militar del planeta, comenzando por el de la región Balcanes-Oriente Medio-Asia Central.

76

Alentada por este éxito, la extrema derecha estadounidense llegó a tomar las riendas del poder en Washington. En adelante, la elección está clara: aceptar la hegemonía de Estados Unidos y el virus liberal reforzado, reducido ya exclusivamente al principio de «hacer dinero» (*make money*), u oponerse a ambos. La primera alternativa ofrecería a Washington la mayor responsabilidad para «remodelar» el mundo a la imagen de Texas. La segunda es la única que podría contribuir a reconstruir un mundo plural, democrático y pacífico.

Estados Unidos está gobernado hoy por una junta de criminales de guerra llegada al poder por un cuasi golpe de Estado tras unas dudosas elecciones (¡pero Hitler también fue elegido!). Después de su incendio del Reichstag (el 11 de septiembre), esta junta dio a su policía poderes parecidos a aquellos de los que se había dotado la Gestapo. La junta tiene su *Mein Kampf*, sus organizaciones de masas y sus predicadores. Es preciso tener el valor de decir todas estas verdades y de dejar por fin de ocultarlas tras la alusión insípida y en adelante irrisoria a «nuestros amigos americanos...».

Los europeos hubieran conseguido detener el delirio hitleriano si hubiesen reaccionado en 1935 o en 1937. Al no reaccionar hasta septiembre de 1939 se inflingieron decenas de millones de víctimas. Actuemos ante al desafío de los neonazis de Washington para que ahora la respuesta sea más temprana.

5. El desafío del liberalismo hoy

El liberalismo representa hoy un grave desafío para toda la humanidad, a la cual amenaza con su autodestrucción. Al mismo tiempo, el liberalismo mundializado sólo puede reforzar la influencia del imperialismo estadounidense sobre el conjunto del planeta, subordinando a Europa y sometiendo al resto del mundo al saqueo mediante métodos salvajes sin precedentes en la historia, que no excluyen el genocidio cuando es necesario.

Este desafío se expondrá aquí en tres partes que constituyen sus aspectos más importantes.

PRIMER DESAFÍO: REDEFINIR EL PROYECTO DE LOS EUROPEOS (O DE ALGUNOS DE ELLOS)

Todos los gobiernos de los estados europeos se han adherido hasta ahora a las tesis del liberalismo. Esta adhesión de los estados europeos significa nada menos que la desaparición del proyecto europeo, su dilución por partida doble, económica (las ventajas de la unión económica europea se disuelven en la mundialización económica) y política (desaparece la autonomía política y militar europea). Actualmente ya no hay un proyecto europeo. Este fue sustituido por un proyecto noratlántico (o en todo caso de la tríada) bajo la dirección estadounidense. Este proyecto, sugerido por un comisario europeo (León Brittain) y que en su momento despertó un clamor de indignación general (al menos en Francia), es el único que se está ejecutando en la actualidad.

La desaparición del proyecto europeo en beneficio de una vuelta al atlantismo, tras el cual se perfila la hegemonía de Estados Unidos debería, sin embargo, resultar cuestionable como mínimo entre algunos sectores de la opinión general y algunos segmentos de las clases políticas de ciertos países europeos, en particular en Francia. Los contenidos de la construcción europea estuvieron siempre asociados a la riqueza, el poderío y la independencia, hasta tal punto que resulta difícil entender que se le hiciese tragar la píldora, es decir,

aceptar que la protección «militar» de Estados Unidos sea hoy más necesaria aún que ayer.

Es cierto que las guerras «*made in USA*» han despertado a las opiniones públicas en todas partes de Europa (en particular contra la última, la de Irak) e incluso a algunos gobiernos, en primer lugar el de Francia, pero también los de Alemania, Rusia e incluso más lejos. China. Lo cual no quiere decir que estos mismos gobiernos se hayan cuestionado su fiel alineamiento con las exigencias del liberalismo. Esta contradicción de primer orden deberá ser superada de una u otra manera, ya sea por la sumisión a las exigencias de Washington (otros dirigentes distintos de los que están en funciones con Bush lo podrían «facilitar» adoptando actitudes menos arrogantes), ya sea por una verdadera ruptura que ponga fin al atlantismo. ¿Será posible que esta se produzca a la escala de toda Europa? ¿Llevaría a repensar el proyecto en unos términos que permitiesen a los estados-naciones que integran el continente conservar su autonomía política («la Europa de las naciones», para retomar los términos del general de Gaulle)? Una diplomacia de geometría variable, que asociase a París, Berlín, Moscú (y más allá a Pekín) constituiría desde esta perspectiva un complemento capaz de abrir márgenes mayores a la autonomía económica del conjunto de Europa. Mientras estas opciones no sean diseñadas de una forma más clara, los pueblos europeos seguirán prisioneros de lo que yo llamo «las arenas movedizas del proyecto europeo».

79

La conclusión política más importante que extraigo del análisis cuyo esqueleto principal acabo de exponer es que Europa no podrá optar por vías diferentes en tanto que las alianzas políticas que definen a los bloques situados en el poder continúen centradas en el capital transnacional dominante. Solo si las luchas sociales y políticas llegan a modificar el contenido de estos bloques y a imponer nuevos compromisos históricos entre el capital y el trabajo, entonces Europa podrá tomar algunas distancias con respecto a Washington, lo que permitiría el resurgimiento de un eventual proyecto europeo. En estas condiciones Europa también podría —e incluso debería— comprometerse a nivel internacional, en sus relaciones con el Este y el Sur, siguiendo un camino distinto del que marcan las exigencias exclusivas del imperialismo colectivo, iniciando así su participación en la larga marcha «más allá del capitalismo». En otras palabras, Europa será de izquierdas (tomando aquí el término de izquierda en un sentido serio) o no será nada.

Conciliar la adhesión al liberalismo con la reafirmación de una

autonomía política de Europa o de los estados que la conforman sigue siendo el objetivo de ciertas fracciones de las clases políticas europeas preocupadas por preservar las posiciones exclusivas del gran capital. ¿Podrán conseguirlo? Lo dudo muchísimo.

En contrapunto, ¿serán capaces las clases populares europeas, al menos en algunos lugares, de superar la crisis que les azota, cuyos lincaamientos hemos intentado exponer previamente? Creo posible que se produzca este renacimiento de la izquierda, precisamente por las razones que también he comentado y que hacen que la cultura política, al menos de ciertos países europeos, sea diferente de la de Estados Unidos. Evidentemente la condición para que esto ocurra es que la izquierda se libere del virus del liberalismo.

Empleo aquí los términos «Europa» y «proyecto europeo» porque estos son en la práctica los que ocupan la escena política. Pero siguen siendo objeto de un cuestionamiento ineludible en su totalidad. ¿En qué consiste el «proyecto europeo» y al servicio de qué intereses fue concebido? ¿Es «posible» ese proyecto? Y si no lo es, ¿qué alternativa podríamos pensar y proponer? El «proyecto europeo» nació como el capítulo europeo del proyecto atlantista de Estados Unidos, concebido inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en el marco de la «guerra fría» llevada a cabo por Washington, proyecto al que las burguesías europeas —debilitadas y al mismo tiempo atemorizadas con respecto a sus propias clases obreras— se adhirieron prácticamente sin condiciones. Esta situación en gran medida perdura en las opciones que adoptan las clases dirigentes y las fuerzas políticas de la derecha y de la izquierda mayoritaria, al menos en ciertos países europeos, ante todo en Gran Bretaña de forma clara y abierta, y en algunos otros países quizás con vacilaciones, como en Europa del Este, gestionada por clases políticas formadas en la cultura del servilismo.

80

Con todo, el desarrollo mismo de este proyecto, por muy dudoso que fuera su origen, fue modificando progresivamente las coordenadas importantes del problema y de los desafíos. Europa occidental ha logrado «recuperarse» de su retraso económico y tecnológico con respecto a Estados Unidos, o al menos tiene los medios para conseguirlo. Además ya no existe «el enemigo soviético» y su eventual aliado comunista en el interior de ciertas sociedades europeas. Por otra parte el desarrollo del proyecto ha borrado las principales rivalidades violentas que marcaron durante un siglo y medio la historia europea: se han reconciliado los tres mayores países del continente, Francia, Alemania y Rusia. Todas estas evoluciones

son, en mi opinión, positivas, y contienen un potencial aún más positivo. Ciertamente este desarrollo se inscribe sobre unas bases económicas inspiradas en los principios del liberalismo, pero de un liberalismo que estuvo templado hasta la década de 1980 por la dimensión social que adquirió el «compromiso histórico social-demócrata» que obligó al capital a adaptarse a la exigencia de justicia social expresada por las clases trabajadoras. Desde entonces el desarrollo de ese proyecto prosigue en un nuevo marco social, inspirado por el liberalismo al modo estadounidense, antisocial.

Este último giro ha sumido a las sociedades europeas en una crisis multidimensional. Ante todo, está la crisis económica a secas, inmanente a la opción liberal. Una crisis agravada por el alineamiento de los países europeos con las exigencias económicas del líder norteamericano. Europa ha aceptado hasta ahora financiar el déficit de Estados Unidos en detrimento de sus propios intereses. Luego hay una crisis social que se acentúa por el aumento de las resistencias y las luchas de las clases populares contra las consecuencias fatales de la opción liberal. Por último, se vislumbra el inicio de una crisis política, por la negativa a alinearse, por lo menos de forma incondicional, con la opción de Estados Unidos: la guerra sin fin contra el Sur.

81

¿Cómo afrontarán los pueblos y los estados europeos este triple desafío?

Los «pro-europeos» (llamémosles europeístas de principio) se reparten en cuatro conjuntos más o menos diferenciados:

- Quienes defienden la opción liberal y aceptan el liderazgo de Estados Unidos prácticamente sin condiciones.
- Quienes defienden la opción liberal pero desearían una Europa políticamente independiente, fuera del alineamiento con Estados Unidos.
- Quienes desearían (y luchan por) una «Europa social», es decir, un capitalismo templado por un nuevo compromiso social entre capital y trabajo que se establezca a escala europea, sin mayores preocupaciones por la política exterior de Europa respecto al resto del mundo.
- Por último, quienes articulan su reivindicación de una Europa social con la construcción de una Europa política que practique «otras relaciones» (se sobreentiende que amistosas,

democráticas y pacíficas) con el Sur, Rusia y China.

Por otro lado también están los «no europeos», en el sentido de quienes piensan que ninguna de las cuatro opciones de los pro-europeos sería deseable, o ni siquiera posible. Estos son todavía, por ahora, muy minoritarios, pero tienden a verse reforzados a través de alguna de estas dos opciones fundamentalmente diferentes:

- Una opción «populista» de derecha, que rechaza la expansión de los poderes políticos —y tal vez económicos— supranacionales, excepto, naturalmente, ¡los del capital transnacional!
- Una opción popular de izquierda, nacional, ciudadana, democrática y social.

82

¿Sobre qué fuerzas se apoya cada una de estas tendencias y cuáles son sus respectivas posibilidades?

El capital dominante es liberal por naturaleza. Como consecuencia de ello se ve arrastrado, en su propia lógica, a apoyar la primera de las cuatro opciones. Tony Blair representa la expresión más coherente de lo que he calificado como el «imperialismo colectivo de la tríada». Al igual que ayer sectores enteros del gran capital se alinearon con Hitler por temor al comunismo, hoy los partidarios incondicionales del imperialismo colectivo de la tríada se creen en la obligación de brindarle apoyo a Bush. En este sentido Tony Blair no es Churchill, quien decidió rechazar a Hitler. Se parece más bien a Chamberlain, quien se creyó obligado, por su pusilanimidad, a hacerle a Hitler las concesiones que Riera preciso, o a Mussolini, quien creía sacar ventaja de su adhesión al más poderoso. Comparar hoy en día a Sadam Husein con Hitler no es más que una mala broma. Se podría escribir un largo comentario para indagar qué personaje es más deleznable entre los dos, Sadam o Bush. Pero si existe una potencia que amenaza a toda la humanidad, esta es sin duda Estados Unidos, no Irak. La clase política agrupada bajo la bandera de las estrellas estaría dispuesta, si fuera necesario, a «sacrificar el proyecto europeo» —o cuando menos a disipar cualquier ilusión al respecto— manteniéndolo en los grilletes de sus orígenes: ser el capítulo europeo del proyecto atlantista. Pero Bush, como Hitler, no concibe otra clase de aliados que los subordinados y alineados sin

condiciones. Esta es la razón por la cual importantes segmentos de la clase política, incluida la derecha —aunque muchos de ellos sean en principio defensores de los intereses del capital dominante— rechazan alinearse con Estados Unidos, como ayer con Hitler. Si en Europa hay un Churchill posible, este sería Chirac. ¿Lo será?

Esta estrategia puede acomodarse con éxito a un «anti-euro—peísmo de derecha», que estaría satisfecho con retóricas demagógicas nacionalistas (poniendo en juego por ejemplo, el tema de los inmigrantes, por supuesto los del Sur), mientras que se sometería de hecho a las exigencias de un liberalismo no específicamente «europeo», sino mundializado. Aznar y Berlusconi constituyen los prototipos de estos aliados de Washington. Al igual que las clases políticas serviles de Europa oriental.

83

Por eso creo difícil que se pueda mantener la segunda opción, que sin embargo es la preferida por los mayores países europeos, Francia y Alemania. ¿Expresa esta las ambiciones de un capital lo suficientemente poderoso como para poder emanciparse de la tutela de Estados Unidos? A esta pregunta no sé qué responder. Es posible, pero intuitivamente diría que poco probable.

Esta opción es con todo la que podrían adoptar unos aliados frente al adversario norteamericano que constituye el enemigo principal de toda la humanidad. Y digo bien aliados, porque estoy persuadido de que, si estos persisten en su opción, serán inducidos a salir de la sumisión a la lógica del proyecto unilateral del capital (el liberalismo) y a buscar alianzas con la izquierda (las únicas que pueden dar fuerza a su proyecto de independencia frente a Washington). La alianza entre los conjuntos dos, tres y cuatro no es imposible. Al igual que fue posible la gran alianza antinazi.

Si esta alianza toma forma, ¿podrá y deberá operar exclusivamente en el marco europeo, siendo incapaces todos los euro—peístas de renunciar a la prioridad concedida a este marco? No lo creo, porque este marco, tal como es y seguirá siendo, sólo favorece sistemáticamente a la opción del primer grupo proestadounidense. ¿Será necesario entonces hacer estallar Europa y renunciar definitivamente a su proyecto?

Tampoco lo creo necesario, ni siquiera deseable. Es posible seguir otra estrategia: la de dejar el proyecto europeo «congelado», durante cierto tiempo, en su estadio actual de desarrollo, y desarrollar paralelamente otros ejes de alianzas.

Le daría aquí la máxima prioridad a la construcción de una alianza

política y estratégica París-Berlín-Moscú, prolongada a ser posible hasta Pequín y Nueva Delhi. Esta alianza política tendría como objetivo restituir al pluralismo internacional y a la ONU todas sus funciones. Y la alianza estratégica exigiría construir conjuntamente unas fuerzas militares a la altura del desafío estadounidense. Estas tres o cuatro potencias cuentan con todos los medios necesarios, tecnológicos y financieros, reforzados por sus tradiciones de capacidades militares ante las cuales se difumina la de Estados Unidos. El desafío estadounidense y sus criminales ambiciones lo imponen, ya que estas ambiciones son desmedidas. Es preciso intentarlo. Conformar un frente anti-hegemónico es hoy la prioridad más inmediata, tal como ayer lo fue constituir una alianza antinazi.

84

Esta estrategia reconciliaría a los «pro-europeos» de los grupos dos, tres y cuatro con los «no europeos» de izquierda. Serviría para crear unas condiciones favorables para retomar más tarde un proyecto europeo, integrando probablemente en el mismo a una Gran Bretaña liberada de la sumisión a Estados Unidos y una Europa oriental liberada de su cultura servil. Seamos pacientes, esto llevará mucho tiempo.

Existen importantes obstáculos a superar para el desarrollo de esta estrategia.

Primer obstáculo: el virus liberal, del cual debe librarse el grupo que hoy simboliza a los gobiernos francés, alemán y ruso. Dar a sus políticas económicas nacionales un contenido social aceptable y posible. Francia y Alemania pueden forzar a la Unión Europea a aceptarlo. Los textos lo permiten. Por otra parte, si estos dos países tomasen una decisión firme de hacerlo, se modificarían las relaciones de fuerza en su favor en muchos otros países europeos.

Segundo obstáculo: el euro. La existencia de esta moneda única, sin un Estado común ni tan siquiera embrionario, por lo demás no deseable (ya que cualquier avance en esta dirección, en las actuales condiciones, reforzaría el campo pro-estadounidense) constituye una dimensión fuerte del desafío formulado en los términos del primer obstáculo definido anteriormente. Porque la gestión del euro es a la vez colectiva y liberal. Afortunadamente Gran Bretaña no participa en ella. Francia y Alemania pueden, de común acuerdo, influir en esta gestión modificando su dirección en otro sentido. Un proyecto inspirado en la tasa Tobin lo permitiría, a la vez que liberaría a Europa del tributo financiero indispensable para el desarrollo de la estrategia agresiva de Estados Unidos.

85

Tercer obstáculo: el proyecto de «construcción europea» (que defiende Giscard d'Estaing). Es preciso rechazarlo, sencillamente, porque no se dan las condiciones necesarias para que pueda existir un poder político europeo (supranacional) en el futuro inmediato que no sea una proyección del de Estados Unidos. Lejos de reforzar la autonomía de Europa, cualquier avance inmediato de la construcción política europea reforzaría el control de Washington sobre sus aliados, que quedarían en una posición subalterna. Esto debería quedar para una fase mucho más lejana de la eventual evolución europea, cuando las fuerzas sociales, políticas y sus expresiones ideológicas hayan avanzado lo suficiente como para permitirlo.

Cuarto obstáculo (que lo resume todo): la norteamericanización de las mentes que trae consigo el virus liberal que es necesario erradicar. Esta norteamericanización sin duda alguna ha avanzado a lo largo del último medio siglo. Mutila a Europa, la hace retroceder, la hace abandonar todo lo que haya podido tener de progresista su contribución al estadio de desarrollo capitalista de la humanidad (digo bien estadio, es decir, etapa que debe ser concebida como tal, no el final de la historia): los antídotos que le han permitido resistir al virus liberal, impulsando el avance de la democracia a pesar del mismo.

La «vieja Europa» no tiene nada que aprender de la «joven América». No habrá ningún progreso posible de ningún tipo de proyecto europeo mientras no se consiga la derrota de la estrategia estadounidense.

SEGUNDO DESAFÍO: REFUNDAR LA SOLIDARIDAD DE LOS PUEBLOS DEL SUR

Las líneas directrices de una gran alianza a partir de la cual podría reconstruirse la solidaridad entre los pueblos y estados del Sur.

A partir de las posiciones adoptadas por ciertos estados del Sur y también de las ideas que se abren camino, podemos ver que se esbozan las líneas directrices de un posible resurgimiento de un «frente del Sur». Estas posiciones afectan tanto al campo político como al de la gestión económica de la mundialización.

a) En el plano político: condena del nuevo principio de la política de

Estados Unidos («la guerra preventiva») y exigencia de la evacuación de todas las bases militares extranjeras en Asia, África y América Latina.

La elección por parte de Washington de su región de intervenciones militares ininterrumpidas desde 1990 nos lleva al Oriente Medio árabe —Irak y Palestina (en este último caso, mediante el apoyo incondicional a Israel)—, los Balcanes (Yugoslavia, nuevas implantaciones de Estados Unidos en Hungría, Rumania y Bulgaria), Asia Central y el Cáucaso (Afganistán, Asia Central y la región caucásica ex soviética).

Los objetivos que persigue Washington son múltiples: 1) el dominio de las regiones petrolíferas más importantes del planeta y, a través del mismo, el ejercicio de presiones que apuntan a someter a Europa y Japón al estatus de aliados subalternos; 2) el establecimiento de bases militares estadounidenses permanentes en el centro del mundo Antiguo (Asia Central, a igual distancia de París que de Johannesburgo, Moscú, Pequín, Singapur) y en base a ellas la preparación de otras «guerras preventivas» por llegar, dirigidas en primer lugar a los grandes países con capacidad para imponerse como interlocutores, con los cuales «sería preciso negociar» (China en primer lugar, pero también Rusia y la India). La consecución de este objetivo implica la entronización de regímenes títeres en los países de la región impuestos por las fuerzas armadas de Estados Unidos. Tanto en Pequín como en Nueva Delhi y Moscú se comprende cada vez mejor que las guerras *made in USA* constituyen una amenaza dirigida cada vez más contra China, Rusia e India que contra sus víctimas inmediatas, como por ejemplo Irak.

Vuelve a estar en la agenda contemporánea la necesidad de retomar las posiciones de Bandung: ninguna base militar estadounidense, ni en Asia ni en África. Incluso cuando bajo las actuales circunstancias los Países No Alineados hayan aceptado guardar silencio sobre la cuestión de los protectorados estadounidenses del Golfo Pérsico.

Los Países No Alineados han adoptado a este respecto posiciones cercanas a las que Francia y Alemania han defendido en el Consejo de Seguridad, contribuyendo así a acentuar el aislamiento diplomático y moral del agresor. A su vez, la cumbre franco-africana ha reafirmado una posible alianza que se bosqueja entre Europa y el Sur. Ya que esta cumbre, que contó con la presencia de estados anglófonos del continente, no fue tan solo la de la «*Françafrique*».

b) En el plano de la gestión económica del sistema mundial puede apreciarse que también se perfilan las líneas directrices de una alternativa que el Sur podría defender colectivamente, porque los intereses de todos los países que la impulsan son en este caso convergentes.

I. Vuelve la idea de que las transferencias internacionales de capitales deben estar controladas.

De hecho, la apertura de las cuentas de capital, impuesta como un nuevo dogma del liberalismo por el FMI, no tiene más que un único objetivo: facilitar la transferencia masiva de capitales hacia Estados Unidos para cubrir su creciente déficit, producto tanto de las deficiencias de su economía como del desarrollo de su estrategia de control militar del planeta.

No tiene ningún interés para los países del Sur facilitar esta suerte de hemorragia de sus capitales y las eventuales devastaciones que causan los *raids* especulativos.

Otro tanto ocurre con la sumisión a todas las incertidumbres del tipo de «cambio flexible», consecuencia lógica de las exigencias de la apertura de las cuentas de capital que también debe ponerse en entredicho. En su lugar merecería ser objeto de investigaciones y debates sistemáticos, en el seno de los Países No Alineados y del grupo de los 77, la creación de sistemas de organizaciones regionales que asegurasen una relativa estabilidad cambiaría.

A fin de cuentas, en la crisis financiera asiática de 1997 Malasia tomó la iniciativa de restablecer el control cambiado y ganó la batalla. El mismo FMI se ha visto obligado a admitirlo.

II. Vuelve la idea de la necesidad de reglamentación de las inversiones extranjeras.

Sin duda los países del Tercer Mundo no se plantean cerrar las puertas a cualquier forma de inversión extranjera, como sí fue el caso entre algunos de ellos en el pasado. Por el contrario, ahora se solicitan inversiones directas. Pero las modalidades de recepción vuelven a ser objeto de reflexiones críticas a las cuales ciertos medios gubernamentales del Tercer Mundo no son insensibles.

En estrecha relación con esta reglamentación está la creciente

respuesta a la concepción de los derechos de propiedad intelectual e industrial que quiere imponer la OMC. En general se ha entendido que esta concepción, lejos de favorecer una competencia «transparente» en mercados abiertos, apuntaba por el contrario a reforzar los monopolios de las transnacionales.

III. Muchos de entre los países del Sur vuelven a tomar conciencia de que no pueden prescindir de una política nacional de desarrollo agrícola, capaz de tener en cuenta al mismo tiempo la necesidad de proteger a los campesinos de las consecuencias devastadoras de su desintegración acelerada bajo el efecto de la «nueva competencia» que quiere promover la OMC en este campo y de preservar la seguridad alimentaria nacional.

En efecto, la apertura de los mercados de productos agrícolas, que permite a Estados Unidos, Europa y algunos pocos países del Sur (los del cono sur de América Latina) exportar sus excedentes al Tercer Mundo, amenaza por ello mismo los objetivos de seguridad alimentaria nacional, sin contrapartidas, dadas las dificultades insuperables que encuentran los campesinados del Tercer Mundo en los mercados del Norte. Ahora bien, esta estrategia liberal que desintegra a estos campesinados y acentúa la migración desde el campo hacia las chabolas urbanas provoca un resurgimiento de las luchas campesinas en el Sur que inquieta a los poderes.

La cuestión agrícola con frecuencia se discute, en particular en el ámbito de la OMC, exclusivamente desde la perspectiva de las subvenciones concedidas por Europa y Estados Unidos no solo a las producciones de sus agricultores sino también a sus exportaciones agrícolas. Esta fijación en la cuestión del comercio mundial de productos agrícolas como único tema de negociación impide abordar las importantes preocupaciones antes señaladas. Lo cual por otra parte acarrea curiosas ambigüedades, ya que invita a los países del Sur a defender posiciones incluso más liberales que las adoptadas de hecho por los gobiernos del Norte, con los aplausos del Banco Mundial (pero, ¿desde cuándo el Banco Mundial defiende los intereses del Sur contra el Norte?). Nada impide desconectar las subvenciones acordadas a los agricultores por sus gobiernos (después de todo, si defendemos el principio de la redistribución del ingreso entre nosotros, ¡los países del Norte tienen también ese derecho!) de las destinadas a sostener el *dumping* de las exportaciones agrícolas del Norte. Sería mucho mejor que los países del Sur orientasen su desarrollo agrícola hacia la satisfacción prioritaria de las necesidades

—que son inmensas— de sus mercados interiores, desentendiéndose tanto como fuera posible de las vicisitudes del mercado mundial de productos alimentarios. A esto se llegará poco a poco.

89

IV. La deuda no solo se percibe como una carga financiera insoportable. Actualmente su legitimidad comienza a cuestionarse. Se perfila una reivindicación con el objetivo explícito de repudiar unilateralmente las deudas odiosas e ilegítimas y de impulsar un derecho internacional de la deuda digno de ese nombre, el cual todavía no existe.

Una auditoría generalizada de las deudas dejaría sin duda al descubierto una proporción significativa de deudas ilegítimas, odiosas e incluso a veces indecentes. Solo los intereses pagados por la deuda han alcanzado tales volúmenes que la exigencia —jurídicamente fundada— de su reembolso anularía de hecho la deuda en curso y dejaría al descubierto toda esta operación como una forma verdaderamente primitiva de saqueo.

A fin de conseguirlo, sería preciso emprender una campaña basada en la idea de que las deudas externas deberían estar reglamentadas por una legislación normal y civilizada, a la manera de las deudas internas; lo cual se inscribiría en la perspectiva de hacer progresar el derecho internacional y de reforzar su legitimidad. Como es sabido, precisamente porque el derecho no se pronuncia en este terreno, esta cuestión solo se resuelve a través de relaciones de fuerza salvajes. Estas relaciones permiten que se asuman como legítimas unas deudas internacionales que, si fueran internas (si el acreedor y el deudor pertenecieran a un mismo país y estuvieran sometidos a su justicia), llevarían al deudor y al acreedor ante los tribunales por «asociación de malhechores».

TERCER DESAFÍO: RECONSTRUIR EL INTERNACIONALISMO DE LOS PUEBLOS. NUEVAS PERSPECTIVAS INTERNACIONALES

El actual sistema mundial es muy distinto en sus estructuras fundamentales del que sucedió a la Segunda Guerra Mundial como para que pueda preverse una «*remake*» de Bandung. Los Países No

Alineados se situaban entonces en un mundo militarmente bipolar, lo cual impedía por sí mismo la intervención brutal de los países imperialistas en sus asuntos. Por otra parte, esta bipolaridad agrupaba a los socios de los centros capitalistas —Estados Unidos, Europa occidental y Japón— en un campo unificado. El conflicto político y económico por la liberación y el desarrollo enfrentaba por tanto a África y Asia con un campo imperialista unificado. Los conceptos de desarrollo autocentrado y de desconexión y las estrategias que estos inspiraron respondían a aquel desafío en esas condiciones.

El mundo de hoy es militarmente unipolar. Al mismo tiempo, aparentemente se perfilan algunas fracturas, al menos en principio, entre Estados Unidos y ciertos países europeos en lo que respecta a la gestión política de un sistema mundializado que siga alienado en su conjunto con los principios del liberalismo. ¿Son estas fracturas tan solo coyunturales y de un alcance limitado, o anuncian cambios duraderos? Las hipótesis en las que se basan las propuestas de estrategia que formulamos a este fin deben hacerse explícitas, a fin de facilitar la discusión de su eventual validez.

Hipótesis 1: El imperialismo se convierte de ahora en adelante en un imperialismo colectivo (de la tríada).

Durante las fases anteriores del desarrollo de la mundialización capitalista, los centros siempre se conjugaban en plural. Estos mantenían unas relaciones de violenta competencia entre sí de forma permanente, incluso hasta el punto de que el conflicto entre imperialismos ocupaba un lugar central en el desarrollo de la historia. La vuelta al liberalismo mundializado, a partir de 1980, obliga a repensar la cuestión de la estructura del centro contemporáneo del sistema. Dado que, al menos en el plano de la gestión de la mundialización económica liberal, los estados de la tríada central constituyen un bloque aparentemente sólido.

91

Así pues, la pregunta ineludible a la que es preciso responder es si estas evoluciones ponen de manifiesto un cambio cualitativo duradero —el centro ya no se conjuga más en plural, por haberse convertido definitivamente en «colectivo»— o si no son más que cambios coyunturales.

Esta evolución podría atribuirse a la transformación de las condiciones de la competencia. Hasta hace solo unas pocas décadas las grandes marcas comerciales libraban sus batallas competitivas

fundamentalmente en los mercados nacionales, ya fuese el de Estados Unidos (el mayor mercado nacional del mundo) o incluso en los de los estados europeos (a pesar de su modesto tamaño, que los dejaba en desventaja con respecto a Estados Unidos). Los triunfadores en los «*matches*» nacionales podían situarse en buena posición de partida para el mercado mundial. Hoy en día, el tamaño del mercado necesario para realizar el primer ciclo de *matches* se acerca a los 500-600 millones de «consumidores potenciales». Ahora la batalla debe librarse de entrada en el mercado mundial y debe ganarse en ese terreno. Quienes lo consiguen en este mercado son también quienes se imponen, y con creces, en sus respectivos territorios nacionales. La mundialización más amplia se convierte en el primer escenario de la actividad de las grandes empresas. En otras palabras, se han invertido los términos de la causalidad en el binomio nacional/mundial: antes el poderío nacional dirigía la presencia mundial, mientras que hoy es a la inversa. Por eso las empresas transnacionales, independientemente de su nacionalidad, tienen intereses comunes en la gestión del mercado mundial. Estos intereses se superponen con los conflictos permanentes y mercantiles que definen a todas las formas de la competencia propias del capitalismo, cualesquiera que estas sean.

92

Hipótesis 2: En el sistema del imperialismo colectivo Estados Unidos no dispone de ventajas económicas decisivas.

La opinión más corriente es que el poderío militar de Estados Unidos sólo constituye la punta del iceberg, que prolonga una superioridad de este país en todos los planos, especialmente en los económicos, e incluso en los políticos y culturales. La sumisión al hegemonismo que pretende este país sería así inevitable.

En realidad, el sistema productivo de Estados Unidos está lejos de ser «el más eficiente del mundo». Por el contrario, casi ninguno de sus segmentos podría estar seguro de prevalecer frente a sus competidores en un mercado verdaderamente abierto como el que imaginan los economistas liberales. Lo demuestra el déficit comercial de Estados Unidos, que se agudiza un año tras otro, y que ha pasado de 100.000 millones de dólares en 1989 a 450.000 millones en 2000. Además, este déficit afecta prácticamente a todos los segmentos del sistema productivo. Incluso el excedente del que se beneficia Estados Unidos en los bienes de alta tecnología, que alcanzó los 35.000 millones de dólares en 1990, en años posteriores dejará lugar a un

déficit. La competencia entre Ariane y los cohetes de la NASA, entre Airbus y Boeing, demuestran la vulnerabilidad de la posición de ventaja estadounidense. Ante la competencia con Europa y Japón en productos de alta tecnología, con China, Corea y otros países industrializados de Asia y América Latina en productos manufacturados comunes, y con Europa y el cono sur de América Latina en producción agrícola, Estados Unidos no podría prevalecer sin recurrir a medios «extra-económicos», que violan abiertamente los principios del liberalismo impuestos a los competidores.

De hecho, Estados Unidos sólo cuenta con ventajas comparativas asentadas en el sector de armamento, precisamente porque este en gran medida escapa a las reglas del mercado y se beneficia del apoyo del Estado. Sin duda esta ventaja salpica de algún modo a la industria civil (Internet constituye el ejemplo más conocido), pero también origina importantes distorsiones que suponen limitaciones para el desarrollo de muchos sectores productivos.

93

La economía estadounidense vive parasitando en detrimento de sus socios en el sistema mundial. Como lo recuerda Emmanuel Todd, «Estados Unidos depende en un 10% del consumo de bienes industriales cuya importación no está cubierta por la exportación de productos nacionales». El mundo produce, Estados Unidos (cuyo ahorro nacional es prácticamente nulo) consume. «La ventaja» de Estados Unidos es la de un depredador cuyo déficit está cubierto con la aportación de los demás, de buen grado o por fuerza.

Los medios que emplea Washington para compensar sus deficiencias son de diversa naturaleza: las repetidas violaciones unilaterales de los principios del liberalismo, las exportaciones de armamento, la búsqueda de rentas petrolíferas adicionales (lo cual supone poner bajo su yugo a los países productores, motivo real de las guerras de Asia Central y de Irak). Por lo demás, una parte esencial del déficit estadounidense la cubren las aportaciones de capitales procedentes de Europa y Japón, del Sur (los países petroleros ricos y las clases con poder adquisitivo de todos los países del Tercer Mundo, incluidos los más pobres), a lo cual se suma la sangría que se aplica en calidad de servicio de la deuda a la casi totalidad de los países de la periferia del sistema mundial.

La solidaridad de los segmentos dominantes del capital transnacionalizado de todos los socios de la tríada es real, y se expresa a través de su adhesión al neoliberalismo globalizado. Estados Unidos se ve desde esta perspectiva como el defensor (por la vía

militar si es necesario) de estos «intereses comunes». Lo cual no quiere decir que Washington quiera «compartir equitativamente» los beneficios de su liderazgo. Por el contrario, Estados Unidos se empeña en avasallar a sus aliados, y con esta mentalidad sólo está dispuesto a consentir a sus aliados subalternos de la tríada algunas concesiones menores. Este conflicto de intereses del capital dominante ¿llegará a agudizarse hasta el punto de provocar una ruptura en la alianza atlántica? Ello no sería imposible, pero es poco probable.

94

Hipótesis 3: El proyecto de control militar del planeta está destinado a compensar las deficiencias de la economía de Estados Unidos. Este proyecto amenaza a todos los pueblos del mundo.

Esta hipótesis se deriva lógicamente de la anterior. La decisión estratégica de Washington de sacar provecho de su aplastante superioridad militar y, en esta perspectiva, de recurrir a las «guerras preventivas», decididas y planificadas exclusivamente por Estados Unidos, apunta a destruir toda esperanza de que una «gran nación» (como China, India, Rusia o Brasil) o una coalición regional de países del Tercer Mundo pueda acceder al estatus de interlocutor efectivo en la reconfiguración del sistema mundial, incluso del sistema capitalista.

Hipótesis 4: El Sur debe y puede liberarse de las ilusiones liberales y comprometerse con formas renovadas de desarrollo autocentrado.

En lo inmediato, sin duda los gobiernos del Sur parecen luchar aún por un «verdadero neoliberalismo» en el que todos aceptasen «jugar el juego», tanto los países del Norte como los del Sur. Los países del Sur podrán comprobar que esta esperanza es totalmente ilusoria. Estos tendrán que recuperar entonces el concepto ineludible de que todo desarrollo es necesariamente autocentrado. Desarrollarse es ante todo definir unos objetivos nacionales que permitan tanto la modernización de los sistemas productivos como la creación de las condiciones internas capaces de ponerlos al servicio del progreso social, y solo a continuación establecer las formas de las relaciones de la nación con los centros capitalistas desarrollados que sean acordes con esa lógica. Esta definición de la desconexión (la mía) —que no es «autarquía»— sitúa el concepto en las antípodas del principio

opuesto «de ajuste estructural» a las exigencias de la mundialización (característico del liberalismo), el cual se somete entonces en gran medida exclusivamente a los imperativos del capital transnacional dominante, profundizando las desigualdades a escala mundial.

95

Hipótesis 5: La opción de Estados Unidos favorable a la militarización de la mundialización choca frontalmente con los intereses de Europa y Japón.

Esta hipótesis se desprende de la segunda. El objetivo de Estados Unidos, consistente en la dominación por medios militares de todos los recursos decisivos del planeta (el petróleo en particular), apunta a situar a los socios europeos y japonés en situación de vasallos. Las guerras estadounidenses del petróleo son guerras «anti-europeas».

Europa (y Japón) pueden responder parcialmente a esta estrategia a través de una aproximación a Rusia, un país capaz de suministrarle en parte el petróleo y algunas otras materias primas esenciales.

Hipótesis 6: Europa puede y debe liberarse del virus liberal, pero esta iniciativa no puede llegar desde segmentos del capital dominante, sino de los pueblos.

Los segmentos dominantes del capital, cuyos intereses los gobiernos europeos se creen hasta ahora en la obligación de defender con prioridad exclusiva, son, por supuesto, los partidarios del neoliberalismo mundializado y por ello aceptan pagar el precio de su posición subalterna en relación al líder norteamericano.

Los pueblos de toda Europa tienen una visión diferente, tanto del proyecto europeo, que preferirían que tuviese un contenido social, como de sus relaciones con el resto del mundo, que preferirían ver regidas por el derecho y la justicia, tal como lo expresan en el momento actual a través de la condena —por mayoría aplastante— de la deriva de Estados Unidos. Si prevalece esta cultura política humanista y democrática de la «vieja Europa» —lo cual es posible—, se abrirán las puertas a una aproximación auténtica entre Europa, Rusia, China, todo Asia y todo África, que conformará los cimientos sobre los cuales podrá construirse un mundo pluricéntrico, democrático y pacífico.

La mayor contradicción entre Europa y Estados Unidos no será pues la que oponga los intereses del capital dominante de uno y otro

lugar, sino que estará situada en el plano de las culturas políticas.

96

El conflicto más promisorio se sitúa en este plano de las culturas políticas. En Europa aún sigue siendo posible una alternativa de izquierda. Esta alternativa impondría simultáneamente una ruptura con el neoliberalismo (y el abandono de la vana esperanza de someter a Estados Unidos a sus exigencias, permitiendo así al capital europeo librar batalla en el campo no minado de la competencia económica) y con el alineamiento con las estrategias políticas de Estados Unidos. El excedente de capital que Europa se contenta hasta ahora con «colocar» en Estados Unidos podría entonces quedar destinado a un resurgimiento económico y social, sin esto dicho resurgimiento seguirá siendo imposible. Pero desde el momento en que Europa elija, de esta manera, dar prioridad a su propio impulso económico y social, la salud artificial de la economía de Estados Unidos se hundirá y la clase dirigente estadounidense deberá afrontar sus propios problemas sociales. Tal es el sentido que yo doy a mi conclusión «Europa será de izquierdas o no será nada».

Para llegar a conseguirlo es preciso que los europeos se desembarquen de la ilusión de que el menú del liberalismo debería (y podría) ser elegido «honestamente» por todo el mundo, y de que en ese caso todo iría mejor. Estados Unidos no puede renunciar a su opción en favor de una práctica asimétrica del liberalismo, porque este es el único medio con el que cuenta para compensar sus propias deficiencias. La «prosperidad» de Estados Unidos se mantiene al precio del estancamiento de los demás.

Las «culturas políticas europeas» son múltiples, aunque en cierta medida contrasten en conjunto con la de Estados Unidos. En Europa existen fuerzas políticas, sociales e ideológicas que sostienen —con frecuencia lúcidamente— la idea de construir «otra Europa» (social y amistosa en sus relaciones con el Sur). Pero también está Gran Bretaña, que desde 1945 hizo la elección histórica de alinearse incondicionalmente con Estados Unidos. Y están las culturas políticas de las clases dirigentes de Europa oriental, modeladas por una cultura de la servidumbre, arrodilladas ayer ante Hitler, después ante Stalin y hoy ante Bush. Existen los populismos de derecha «pro-estadounidenses» (del tipo de los nostálgicos del franquismo y del mussolinismo, en España e Italia respectivamente). ¿Provocará el conflicto entre esas culturas el estallido de Europa? ¿Este se saldrá mediante un alineamiento con Washington? ¿O con la victoria de las culturas humanistas y democráticas avanzadas?

97

Hipótesis 7: La reconstrucción de un frente sólido en el Sur implica la participación de sus pueblos.

Los regímenes políticos establecidos en el poder en muchos de los países del Sur no son democráticos, y esto es lo mínimo que puede decirse al respecto, ya que a veces son francamente detestables. Estas estructuras autoritarias de poder favorecen a las fracciones de intermediarios e importadores cuyos intereses están vinculados a la expansión del capitalismo imperialista global.

La alternativa —la construcción de un frente de los pueblos del Sur— pasa por la democratización. Esta democratización necesaria será difícil y larga, pero su camino seguramente no pasa por situar en el poder a regímenes títeres que entreguen los recursos de sus países al saqueo de las transnacionales estadounidenses, unos regímenes a ca usa de el lo aún más frágiles, menos creíbles y menos legítimos que aquellos a los que sustituyen bajo la protección del invasor estadounidense. Al fin y al cabo el objetivo de Estados Unidos no es promover la democracia en el mundo, a pesar de sus discursos de pura hipocresía en este sentido.

Hipótesis 8: Es posible un nuevo internacionalismo de los pueblos capaz de asociar a europeos, asiáticos, africanos y americanos.

Esta hipótesis, que se desprende de la anterior y es su conclusión, significa que existen las condiciones que permitirían al menos una aproximación de todos los pueblos del mundo antiguo. Esta aproximación cristalizaría a nivel de la diplomacia internacional dando consistencia al eje París-Berlín-Moscú-Pequín, reforzado por el desarrollo de relaciones amistosas de este eje con el frente afro-asiático reconstituido.

Es evidente que los avances en esta dirección reducirían a la nada la ambición desmedida y criminal de Estados Unidos. Este país se vería entonces forzado a aceptar la coexistencia con unas naciones decididas a defender sus propios intereses.

98

En el momento actual este objetivo debe considerarse como absolutamente prioritario. El desarrollo del proyecto estadounidense sobredetermina el desenlace de todas las luchas: ningún avance social y democrático podrá ser duradero mientras el proyecto estadounidense no se vea abocado al fracaso.

Hipótesis 9: *Las cuestiones relativas a la diversidad cultural deben discutirse en el marco de las nuevas perspectivas internacionales aquí esbozadas.*

La diversidad cultural es un hecho, pero un hecho complejo y ambiguo. Las diversidades heredadas del pasado, por muy legítimas que puedan ser, no son necesariamente sinónimos de esa diversidad en la construcción del futuro que no solo es preciso admitir sino también impulsar.

El intento de convocar para este fin solo a las diversidades heredadas del pasado (islam político, hinduismo, confucianismo, negritud, etnicidades chauvinistas...) es a menudo un ejercicio demagógico de los poderes autocráticos y de los sectores intermediarios vinculados al capital exterior (*compradores*), que les permite al mismo tiempo eliminar el desafío que representa la universalización de la civilización y someterse de hecho al *diktat* del capital transnacional dominante. Por otro lado, la insistencia exclusiva en esas herencias divide al Tercer Mundo, enfrentando en Asia al islam político con la hinduismo, y en Africa a musulmanes, cristianos y practicantes de otras religiones. La forma de superar estas divisiones alentadas por el imperialismo estadounidense consiste en la refundación de un frente político unido del Sur. Pero entonces, ¿cuáles podrían ser los «valores universales» en base a los que podríamos construir el futuro? La interpretación occidentalocéntrica y restrictiva de estos legitima el desarrollo desigual, producto inmanente de la expansión capitalista mundializada de ayer y de hoy. Esta debe ser rechazada. Pero entonces, ¿cómo dar impulso a unos conceptos auténticamente universales, enriquecidos con la aportación de todos? Este debate no puede ser ignorado.

Epílogo ²

Más allá de la globalización liberal. ¿Un mundo mejor o peor?

EL FUTURO SEGÚN LAS POTENCIAS DOMINANTES

La CIA (junto con los servicios de inteligencia a ella asociados) reúne una inigualable cantidad de información de todo tipo sobre todos los países del mundo. Sin embargo, el análisis que se hace de todo ese material es extremadamente banal, lo que sin duda se debe a que sus dirigentes son incapaces de ver más allá de sus propios prejuicios imperialistas o de su visión del mundo anglosajona, y carecen de todo interés e imaginación críticos.

Las predicciones mundiales para 2020 del Consejo Nacional de Inteligencia, detalladamente expuestas en *Mapping the Global Future* [Trazado del futuro global] (diciembre de 2004), no contemplan la posibilidad de que los vigentes principios de la globalización liberal que figuran en el «Proyecto de Davos» puedan verse cuestionados. La razón es que, según Washington y sus aliados, dichos principios son perfectos y, por lo tanto, no existe ninguna alternativa creíble a ellos. Quien no comparta su opinión solo puede ser un inconformista radical o un demagogo sin escrúpulos. El liberalismo globalizado se ha constituido en el medio por excelencia para lograr un desarrollo económico robusto en cualquier lugar en que se lo practique con seriedad. La globalización liberal es positiva por definición.

100

Claro está que en realidad ese proyecto, que para sus defensores representa «el fin de la historia», acusa algunas «lamentables deficiencias» que provocan fallos —aunque solo sean temporales— y «reacciones absurdas» (el cuestionamiento de los «sanos principios» del liberalismo) que son generadoras de «caos». Según esa opinión, los únicos culpables de todos esos fallos y del caos son la población, los políticos y los ideólogos, ya que la extensión del liberalismo

² Nota del editor: De común acuerdo con el autor, se ha decidido incorporar en la presente edición, a modo de epílogo, este artículo publicado originalmente en *Monthly Review*, vol. 58, n° 7, diciembre de 2006, pp. 30-49.

globalizado (es decir, de la acumulación de capital) solo puede ser buena para todos (o casi todos).

No solo son los grupos de poder de Washington los que sostienen esa forma de razonar y esa idea general. Estas son reflejo del discurso dominante en la mayoría de las potencias y muestran lo estrechos que son los prejuicios en los que estas se apoyan. Cualquier análisis de la realidad que pretenda ser tan veraz cómo es posible debe empezar por desafiar dichos prejuicios y someter a un riguroso análisis las opiniones a que dan lugar.

Según la clase dirigente estadounidense, las diferencias que habrá entre el mundo actual y el de 2020 son solo relativamente importantes. Además, solo afectarán al papel que jugará Asia (específicamente China y la India) en la economía mundial como consecuencia de los esfuerzos por lograr un elevado crecimiento realizados por dos países de tan grandes dimensiones. Se supone que dicho crecimiento se producirá en el contexto de la globalización liberal y será totalmente compatible con que los Estados Unidos mantengan su posición de liderazgo. En ningún momento se plantea la cuestión de si es posible mantener indefinidamente el modelo actual sin que las contradicciones internas presentes en los países afectados evolucionen en nuevas direcciones imprevisibles.

101

EN EL RESTO DEL MUNDO POCO QUE VALGA LA PENA MENCIONAR

Según el informe, Europa seguirá luchando por mantenerse a flote y carente de poder (no se efectuarán reformas liberales radicales ni se adoptará un modelo de gestión de la inmigración basado en las prácticas estadounidenses), lo que hará que la economía europea se vea aquejada de una permanente apatía. Sin embargo, en ningún momento se prevé que dicha apatía acabe resultando insostenible, hasta el punto de que se ponga en cuestión la conveniencia del liberalismo en las escalas nacional o europea o en las relaciones con el resto del mundo. Tampoco se contempla la posibilidad de que Europa pueda abandonar el atlantismo o la «protección» de los Estados Unidos frente a un terrorismo que se cree que solo Washington es capaz de subyugar librando guerras preventivas.

De Rusia, que sigue resistiéndose a la democracia, se piensa que

será nuevamente incapaz de convertirse en una potencia industrial dinámica y moderna y pasará a ser una potencia basada exclusivamente en el petróleo (como Arabia Saudita). Constreñida por un descenso de población; empantanada en unas tensas relaciones con los nuevos estados de Asia Central y caucásicos, y claramente alejada de Ucrania, preferirá seguir en la estela de Washington antes que buscar el acercamiento a una Europa que, de momento, no muestra ningún interés en ella.

Latinoamérica seguirá siendo básicamente tal y como la conocemos hoy, pero con un aumento del liberalismo en el Cono Sur y en México, con avances hacia la integración prevista por el proyecto de Área de Libre Comercio de las Américas y, en ese contexto, con el reconocimiento del «liderazgo» de Washington. El actual «vestigio del pasado» (Cuba) desaparecerá, las sublevaciones populistas (al estilo de Chávez) acabarán en agua de borrajas y el aumento del indigenismo resultará absorbible.

Incapaz de seguir el ejemplo de Asia y Latinoamérica, el África negra seguirá sin iniciar la primera etapa de la industrialización. Minada por la extensión de la pandemia de SIDA y por una duradera tradición de «gobierno deficiente», el único ámbito en que crecerá será el de las materias primas, sobre todo petróleo y algunos productos agrícolas.

102

Por último, los países árabes y musulmanes, de Marruecos a Indonesia, seguirán paralizados por la adhesión masiva de sus pueblos a las fantasías de reconstrucción del mítico Califato. El perpetuo fracaso del proyecto producirá inestabilidad política (lo que hará imposible el avance de la democracia) y unos resultados económicos mediocres, aunque la correspondiente deriva hacia el terrorismo no representará una verdadera amenaza para el resto del mundo. El terrorismo siempre tiene un precio: la ocupación permanente de Irak (algo que Washington ya preveía antes del ataque), ¡y la imposibilidad de resolver el problema palestino! Otro de los precios a pagar será la restricción de los derechos democráticos en los países «civilizados» de Occidente.

Las «probables» evoluciones que acabamos de describir llevan a concluir que el liderazgo de los Estados Unidos no estará amenazado, ni siquiera por parte de la triunfal Asia, y menos aún por una Europa estancada y sometida por su lealtad, en la práctica, al adantismo y a las políticas militares estadounidenses.

Las Naciones Unidas mantendrán su carrera descendente, y el

gobierno político del sistema mundial «recaerá» en los Estados Unidos, con el apoyo posible (aunque no esencial) de la OTAN. La guerra preventiva, el deber de intervención (supuestamente humanitaria) y la propagación (en realidad, la manipulación) de los derechos humanos servirán de base al discurso de legitimación del nuevo imperialismo en 2020 tanto como hoy.

Esta visión del futuro del mundo plantea un problema. Presenta el futuro en el contexto de determinados cursos de acontecimientos posibles que, de hecho, vienen a resumir dos mundos: el de Davos (o sea, la consolidación de la liberalización mundial que asegura a los Estados Unidos un liderazgo más o menos exclusivo) y un mundo de «caos». Se trata una oposición desencaminada, ya que en realidad son justamente los esfuerzos por implantar el proyecto de Davos los que provocan el caos: las reacciones «populistas» a la quiebra social, el terrorismo, etc. Así pues, de hecho, lo que se nos ofrece es un único curso de acontecimientos posible: el impulso de un proyecto liberal con la garantía del liderazgo estadounidense, y la gestión del caos mediante la militarización de la globalización.

103

Mi análisis del capitalismo realmente existente me lleva a conclusiones totalmente distintas. Ese sistema —en su forma de liberalismo globalizado— no es viable, ya que el caos que genera no se puede controlar por los medios que consideran las clases dirigentes, y la única posibilidad es que empeore rápida y drásticamente. El fracaso militar y político en Irak, el creciente rechazo que inspira el «proyecto europeo» en las poblaciones afectadas, los estallidos de violencia (como el que tuvo lugar en noviembre de 2005 en los suburbios franceses) y muchos otros fenómenos que ahora se han convertido en sucesos diarios así lo prueban. Dicho esto, yo no llego a la conclusión de que es seguro que se encontrará una solución aceptable. El mundo del mañana, probablemente ya en 2020, será distinto del de hoy, aunque no necesariamente mejor. Podría ser mucho peor. Una herramienta útil para la deliberación será presentar cursos posibles de acontecimientos que contemplen tanto las mejores como las peores posibilidades e identifiquen las causas.

¿ES VIABLE EL PROYECTO EUROPEO?

La gran mayoría de políticos del continente, tanto de derechas como

de izquierdas, tienen siempre en boca el discurso eufórico sobre el «proyecto europeo». Sólo los «populistas» extremistas (que, en la opinión que estamos describiendo, incluyen tanto a la extrema izquierda como a la extrema derecha) se opondrían a un proyecto que se presenta como la única alternativa posible para el futuro de las poblaciones afectadas. Sin embargo, no faltan indicios de creciente desilusión entre dichas poblaciones.

De hecho, el proyecto europeo nos deja fuertemente perplejos: ¿se ha dedicado, sobre todo desde el Tratado de Maastricht (1992), a poner límites a las políticas económicas nacionales sin reemplazarlas por una acción de gobierno de nivel europeo! En otras palabras, la Unión Europea funciona como la región más perfectamente globalizada del mundo en el sentido más brutal del término: la supresión de la autonomía del Estado. Es algo que ciertamente no ha sucedido en los Estados Unidos, ni siquiera en otras regiones del mundo en las que el Estado, por muy frágil y vulnerable que sea, conserva en principio el control sobre sus decisiones, con la sola limitación de las reglas de la Organización Mundial del Comercio (que también pretende suprimir gradualmente los derechos y prerrogativas de los estados). Sin embargo, Europa ha ido más lejos que el resto del mundo en lo que respecta a ese gran paso atrás.

104

La mutilación que los estados europeos se han infligido a sí mismos afecta a todas las áreas de la vida económica: Europa ya no tiene una política monetaria, una política de cambio de divisas, una política presupuestaria, una política de empleo ni una política industrial.

Al Banco Central Europeo (BCE) le está prohibido practicar cualquier tipo de política monetaria, algo que este ha sustituido por el objetivo único de garantizar la estabilidad de precios, según se afirma, mediante estrictas reglas para evitar que los estados financien su déficit recurriendo a sus propios bancos centrales. En esas condiciones de funcionamiento, los bancos centrales ya no tienen que justificar sus políticas ante ningún cuerpo representativo (ni los estados ni la UE). Esa opción, en principio cerrada y deflacionaria, supone un obstáculo permanente para el dinamismo de la economía.

El BCE no puede practicar una política activa de cambio de divisas cuyos objetivos (con un euro fuerte o débil) vengan fijados por un órgano público de carácter representativo, dado que ya no existe un órgano tal. Por el contrario, el Gobierno de los Estados Unidos ha conservado todas sus prerrogativas en el área de las políticas monetarias, de manera que es Washington el que decide si el dólar

debe ser una divisa fuerte o débil, mientras que el euro sólo puede tomar nota de las decisiones de Washington y actuar en consecuencia. Deberíamos añadir que el patrón dólar es, realidad, el patrón dólar/petróleo: el precio del petróleo se fija en dólares y los Estados Unidos procuran evitar por todos los medios, incluida la intervención militar si es necesario (como en el caso de Irak), que los países productores de petróleo lo vendan a cambio de pagos en euros. Los estados europeos, por su parte, han renunciado hasta la fecha a entrar en el juego y arriesgarse a perjudicar a su amigo del otro lado del Atlántico y enemistarse con él. Con tales cadenas, el euro no puede convertirse en una divisa internacional como el dólar.

105

El pacto de estabilidad fue el aldabonazo definitivo a cualquier posibilidad de practicar una política monetaria. La decisión se justificó con la dudosa teoría de que es lo mismo cubrir el déficit de las finanzas públicas mediante impuestos que cubrirlo mediante el endeudamiento. De hecho, ni los Estados Unidos ni ningún otro país (excepto las semicolonias sometidas a la administración del FMI) se han sometido a esa limitación, que bien describió el primer ministro italiano Romano Prodi como «una estupidez».

La política de la Comunidad Europea no ha podido compensar, ni siquiera en parte, (1) la eliminación de todo tipo de política industrial nacional (con el pretexto de que una competencia transparente aporta mayor eficiencia en la distribución de las inversiones), (2) la supresión de cualquier tipo de política de empleo (que ha quedado en manos únicamente del mercado debido al supuesto de que la flexibilidad laboral resolverá todos los problemas) y (3) el desmantelamiento y la privatización de los servicios públicos. Ni la Europa industrial ni la Europa social son cuestiones de las que esté previsto ocuparse. Europa se está acercando claramente al eterno modelo estadounidense, y ya hace mucho tiempo que está rompiendo con todas las tradiciones en las que se basó el éxito del continente en los siglos XIX y XX. Los Estados Unidos, sin embargo, persiguen una estrategia industrial-militar que goza de amplio respaldo por parte del Estado (a pesar de su discurso liberal), algo que no tiene equivalente en Europa. Vale la pena señalar que los dos principales logros de la tecnología europea (el Airbus y el cohete Ariane) fueron resultado de la intervención estatal. Si se los hubiera dejado en manos de la iniciativa privada, ninguno de ambos proyectos se habría hecho realidad.

No obstante, sí que existe un área —la agricultura— en la que Europa ha desarrollado con efectividad una política comunitaria

dinámica alejada de las doctrinas del liberalismo. Dicha política ha producido notables resultados. Ha modernizado las explotaciones agrícolas familiares, ha incrementado el número de hectáreas cultivadas, ha intensificado la utilización de maquinaria y ha favorecido la especialización, ha garantizado unos precios que aseguran la igualdad de renta entre trabajadores agrícolas y urbanos y, por último, ha acabado con los excedentes para la exportación. ¿Cuál ha sido el precio? La mitad del presupuesto de la Comunidad Europea, es cierto, pero se trata de una cantidad insignificante (menos del 1% del PIB de los países afectados). Hoy en día, como ya sabemos, la política agraria común se está revisando.

106

En segundo lugar en el ranking de gastos de la Unión Europea (con un tercio del presupuesto), la política regional está aquejada de graves ambigüedades y ensombrecida por ambiciones políticas cuestionables. Su objetivo no es tanto la reducción de la desigualdad entre los estados miembros y las regiones que los conforman como mejorar su capacidad para hacer frente a la competencia, algo que, se supone, traerá progreso para todos (las doctrinas liberales siguen sin ponerse en tela de juicio, a pesar de todos los ejemplos flagrantemente evidentes en su contra, tanto en el pasado como en el presente). Además, se espera disminuir la ayuda a los estados menos desarrollados (al menos una reducción relativa) tras la incorporación de los países del centro y el este de Europa a la UE. Centradas fundamentalmente en sufragar los gastos regionales en infraestructura y educación, las políticas de regionalización que se han llevado a cabo han acentuado las desigualdades, en lugar de disminuirlas, y han favorecido a las «regiones con futuro» en zonas receptivas a la competencia globalizada (Baviera, Lombardía y Cataluña). El objetivo político que se persigue con ello es la reducción de la influencia de los estados nacionales para favorecer la fidelidad de las regiones. El liberalismo globalizado siempre prefiere los estados pequeños a los grandes, ya que en los primeros resulta más fácil dismantelar las funciones del Estado. En la Unión Europea, se prefiere la reafirmación de Baviera, Cataluña o Lombardía por encima de la de las naciones (siempre sospechosas de chauvinismo).

Lo que es claramente cierto es que las ideas que subyacen a la ampliación de la Unión Europea no son distintas de aquellas en las que se basan los planes estadounidenses de integración de Latinoamérica en una vasta Área de Libre Comercio de las Américas.

107

Las políticas de cooperación de la Unión Europea con el África Subsahariana nunca han pasado de tener un carácter neocolonial, y

solo han servido para mantener al continente africano enfangado en unas condiciones preindustriales. El alineamiento liberal de la Unión Europea en el que se apoyan el Acuerdo de Cotonou (2000) y los países descritos como «signatarios de Acuerdos Regionales de Asociación Económica» (REPA en sus siglas inglesas) empeoran aún más tan desfavorable evolución. A tal respecto, África está sujeta a una deliberada exclusión (Samir Amin *et al.*, *Afrique: renaissance ou exclusion programmée*, 2005). De hecho, no cabe duda de que la abierta globalización que acompaña al mantenimiento del continente africano en un Estado preindustrial es una estrategia desarrollada para facilitar que el capital transnacional dominante saquee los recursos naturales del continente. Sin embargo, hay que señalar que el saqueo reportará mayores beneficios a las multinacionales norteamericanas que a las europeas. Desde la perspectiva del persistente declive de África, las políticas de cooperación (hoy en día descritas como «asociaciones») entre la Unión Europea y los estados asiáticos, caribeños y del Pacífico irán disminuyendo gradualmente en beneficio de otras iniciativas dirigidas hacia Latinoamérica, Asia y la región mediterránea. Sin embargo, hasta la fecha no ha habido nada que sugiera que ese tipo de iniciativas puedan inaugurar nuevas tendencias y distanciarse de las intenciones expansionistas del capital transnacional. Los llamados proyectos euromediterráneos, por su parte, carecen de toda influencia potencial debido a que Europa siempre se suma a las iniciativas de Washington y Tel Aviv, a pesar de la existencia de algunos gestos retóricos de vez en cuando (S. Amin y A. El Kenz, *Europe and the Arab World*, Zed, 2005).

En la situación actual, el proyecto europeo goza de apoyo para poner en marcha prácticas que van sistemáticamente en detrimento del desarrollo económico exitoso del continente europeo, hasta límites absurdos, lo que nos lleva a preguntarnos por qué han sido esas las opciones escogidas (opciones que Prodi describió acertadamente como estúpidas).

La única respuesta razonable a la pregunta es que, en gran parte, ha sido el capital dominante el que las ha escogido como medio —el único medio posible— para destruir la fuerza social que los trabajadores europeos (las clases obreras principalmente) habían logrado tras dos siglos de lucha. El colapso de la Unión Soviética brindó la oportunidad. Han sido, pues, unas elecciones absolutamente racionales, aunque claramente basadas en un enfoque político a corto plazo como el que siempre ha preferido espontáneamente el capital. Lo que sí resulta absurdo es la conducta de los partidos socialistas y

socialdemócratas europeos, que pensaban que se beneficiarían del hundimiento de los partidos comunistas, mientras que la estrategia liberal lo que perseguía era liquidarlos a todos.

108

Así pues, no creo que el proyecto europeo sea viable, ni en su liberalismo extremo, ni en su alineamiento con la geoestrategia de Washington. La forma exacta en que este se verá cuestionado y los desarrollos concretos que acabarán limitándolo están aún por saber.

Con esto llegamos al punto del análisis relacionado con las culturas políticas. En gran parte del continente europeo, la cultura política se puede contemplar como resultado de una serie de desarrollos primordiales que llevaron a la división entre izquierdas y derechas: la filosofía de la Ilustración; la Revolución Francesa y, en particular, la Convención de los montañeses; la formación del movimiento obrero socialista en el siglo XIX; el marxismo y la Comuna de París, y la Revolución Rusa y la aparición de los partidos comunistas. La derecha se creó como contrapunto, durante la Restauración (la Santa Alianza); mediante la formulación de ideologías antimarxistas (con desviaciones hacia el fascismo); con la corrupción ideológica procolonial (y racista), y con el antisovietismo. Las fases que siguió el desarrollo de la cultura política en los Estados Unidos fueron diferentes: la inmigración a Nueva Inglaterra de sectas contrarias a la Ilustración; el genocidio indio y la esclavitud en el seno de la propia sociedad (cuyo impacto es mucho más devastador que el de la esclavitud practicada en las lejanas colonias), y el desmoronamiento de la conciencia de la clase política cuando sucesivas oleadas de inmigración sustituyeron dicha conciencia por un ideal comunitario. La cultura política a que dio lugar dicha historia no es la de una marcada oposición entre izquierdas (potencialmente socialistas) y derechas, sino la de un «consenso» procapitalista desde el que es posible observar en perspectiva la bipolaridad electoral (demócratas/republicanos).

La cuestión que hoy en día se plantea en Europa es la de si el legado de su cultura política se desmoronará (y desaparecerá la izquierda como proveedora de un proyecto postcapitalista) a favor de la americanización que está teniendo lugar en la actualidad (en la que los partidos social-liberales se suman al coro de defensores del capitalismo eterno), o si será posible aglutinar una nueva izquierda en torno a programas acordes con los desafíos que se plantean. En mi opinión, ambas cosas son posibles.

109

La ofensiva ideológica de la nueva derecha, que incluye también a

la mayoría de la izquierda electoral, ha desarrollado un discurso antifrancés muy dañino, precisamente porque dicha derecha ve en Francia, país que desempeñó un papel fundamental en la formación de la cultura política europea, un eslabón débil en un sistema europeo entregado a la americanización. El «colbertismo» (entendido como sistema que en su momento —junto con la monarquía absoluta— sentó los cimientos de la modernidad capitalista que vino a sustituir al feudalismo), el «jacobinismo» (que entendió que el liberalismo económico era enemigo de la democracia y que la revolución tenía que ser popular y no estrictamente burguesa, como había sucedido en Inglaterra), el «secularismo» (cuyo «radicalismo» dificulta la maduración de identidades «comunitarias» como las deseadas por el modelo de la derecha pronorteamericana), incluso el «gaullo-comunismo» (frente al cual Daniel Cohn-Bendit prefiere sin duda el pétainismo antisoviético), son todos ellos temas que se repiten *ad nauseam* en la propaganda mediática de esa derecha. Vale la pena señalar que todos esos temas ocupan un lugar predominante en el discurso europeo (o sea, el discurso a favor de la Unión Europea). Además de cómo se está llevando a la práctica el proyecto europeo, valdría la pena examinar el discurso del que dicho proceso se ha rodeado. Cualquier referencia a la herencia de la cultura política europea se tilda de «desfasada»: la defensa de los intereses de clase (implacablemente calificados de «corporativismo») y el respeto de la nación (son preferibles un regionalismo impotente frente al capital, un comunitarianismo o, incluso, etnocracias como las del Báltico, Croacia, etc.). Por oposición, se considera «moderno» lo siguiente: el ensalzamiento de la competencia entre trabajadores, regiones y países (independientemente de los costes sociales) y las concepciones de la religión contrarias al secularismo (el culto al Papa polaco).

110

Está claro que la reconstrucción de una izquierda europea pasa por realizar una radical evaluación crítica de todo ese discurso. Implica, además, identificar los principios sobre los que es posible edificar una alternativa y, en particular, prever las consecuencias de esta en forma de programas a corto y largo plazo.

Las consideraciones anteriores adoptan una perspectiva poco esperanzadora, no solo con respecto al proyecto europeo, sino también en relación con la respuesta a este de los movimientos sociales europeos implicados. Está claro que el proyecto, en su forma actual, no debería describirse como proyecto europeo, sino como la parte europea del proyecto adantista, sometido a la hegemonía estadounidense. Tengo la impresión de que las principales reacciones

críticas al proyecto se centran más en la búsqueda de un equilibrio menos asimétrico dentro de la tríada imperialista (mediante ajustes, dentro de ese contexto, en las relaciones entre Europa y los Estados Unidos) que en alcanzar un equilibrio global que sea menos desventajoso para el resto del mundo.

En tales circunstancias, sigue abierta la cuestión de si el proyecto europeo será capaz de cambiar de rumbo o si, para que eso suceda, tendrá que atravesar por una fase de abierto reconocimiento de sus fracasos.

¿ES POSIBLE QUE EL SUR HAGA RETROCEDER EL IMPERIALISMO?

El imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa y Japón) se encuentra a la ofensiva y, activamente, encamina sus esfuerzos a remodelar el mundo para hacer que responda a sus propósitos. Ya ha conseguido reducir los poderes de casi todos los países del Sur al papel de *compradores*. En ese contexto, como cabeza de lanza de dicha ofensiva, los Estados Unidos están en posición de desarrollar su propio proyecto hegemónico. Tal proyecto depende de que sean capaces de alcanzar el «control militar del planeta» (son los términos mismos en que Washington describe, sin inmutarse, sus ambiciones).

Para realizar su proyecto, Washington ha escogido golpear en primer lugar a la región de Oriente Medio, por diversas razones que ya he presentado en otro lugar (*L'hégémonie des États Unis et l'effacement du projet européen*, 2000; véase también «Confronting the Empire», *Monthly Review*, julio-agosto de 2003). Sin embargo, los objetivos del proyecto estadounidense van mucho más allá de Oriente Medio, hasta incluir todo el Sur: Asia, África y Latinoamérica en su totalidad.

111

El presente se caracteriza, en general, por la desintegración del Sur y el aumento de las diferencias entre un grupo de países conocidos como emergentes (China, la India y Brasil, por ejemplo, pero también países más pequeños como Corea), por un lado, y un «Cuarto Mundo» estancado o, incluso, en proceso de regresión, por otro lado. ¿Podemos deducir, entonces, que los países emergentes se están desarrollando, en el sentido de que están evolucionando hacia la equiparación con el «Primer Mundo»? Mis análisis, que se ocupan de

las características de un nuevo sistema de centros/periferias, me llevan a responder negativamente a la pregunta. En dichos análisis, las nuevas ventajas críticas que definen la posición dominante de los centros ya no consisten en el monopolio de la industria, como sucedía en el pasado, cuando la contradicción centros-periferias era casi sinónima de países industrializados/no-industrializados; vienen definidas más bien por el control de las tecnologías, del flujo de capitales, del acceso a los recursos naturales, la información y las armas de destrucción masiva. Son esos los medios por los cuales los centros imperialistas ejercen el control efectivo de las industrias, que se han deslocalizado a las periferias emergentes (las verdaderas periferias del futuro).

Desde esa perspectiva, los grupos dirigentes estadounidenses consideran a China como su principal adversario estratégico, aunque existen divisiones en el seno de dichos grupos en torno a una cuestión tan crucial. Hay quienes piensan que es posible que China mantenga su veloz desarrollo económico gracias a la participación en la globalización liberal, tal como está sucediendo, y que, por eso mismo, estará de acuerdo en entrar en el juego y aceptar el liderazgo estadounidense. Sin embargo, hay entre la clase dirigente de Washington quienes temen que China esté haciendo su propio juego con la adquisición de tecnologías avanzadas y el reforzamiento simultáneo de su poder militar. En este caso, sería previsible que se librara una guerra preventiva contra tal adversario estratégico antes de que fuera demasiado tarde.

112

Los países emergentes en cuestión esperan ansiosos el futuro que los desarrollos actuales puedan depararles. En el caso de China, el éxito de la opción de lo que podríamos caracterizar como una perspectiva capitalista nacional —la de un potente capitalismo que se ha convertido en participante activo en el sistema mundial— topa con obstáculos que cada vez serán más graves.

Por un lado, es una opción incapaz de incluir en el crecimiento económico a las enormes masas populares campesinas y urbanas. Estas se verán obligadas a manifestar su resistencia cada vez con mayor virulencia. Ya he llamado la atención sobre la resistencia de los campesinos en particular, beneficiarios de una revolución radical a su favor y que ahora están amenazados por los planes de privatización de los terrenos agrícolas (un proyecto para levantar cercados). La evolución de todas esas luchas podría desviar el proyecto chino hacia un verdadero socialismo de mercado, es decir, una combinación que otorgue toda su fuerza dentro del modelo de desarrollo a la prioridad

social (y la justicia social) y que apoye la expansión prioritaria de la demanda interna de las clases populares. Todo eso nos llevaría lejos del modelo chino y lejos del hecho de que el país se convierta simplemente en parte de la globalización liberal. Me estoy refiriendo a los acalorados debates sobre la materia en China (S. Amin, «Post-Maoist China: A Comparison with Communist Russia», *Review*, vol 22, n° 3, 1999; «China: Market Socialism and US Hegemony», *Review*, vol. 28, n° 3, 2005).

Por otra parte, sería ingenuo pensar que las potencias imperialistas dominantes permanecerán al margen observando como un país de las dimensiones de China se transforma en socio en igualdad de condiciones. Cuando China creyó que estaba en condiciones de adquirir una gran petrolera multinacional para integrarse aún más en la globalización liberal y asegurarse el abastecimiento en el contexto presente, los Estados Unidos, violando todos sus principios (principios que solo los defensores doctrinarios del liberalismo creen que son los que gobiernan la realidad de las relaciones económicas), anularon el intento mediante una brutal intervención política. Es muy probable que los choques entre China y las potencias imperialistas en todos los ámbitos relativos al acceso a los recursos naturales del planeta y al control de las modernas tecnologías y de los derechos de propiedad industrial se tornen violentos. Sin duda, tales enfrentamientos serán aún más duros que los conflictos que también irán apareciendo según China vaya dejando gradualmente su impronta en los mercados internacionales de productos corrientes.

113

Aún más alarmantes son las ilusiones que albergan los habitantes de otros países emergentes. En Brasil, por ejemplo, pero también con frecuencia en el resto de Latinoamérica, grandes sectores de la izquierda imaginan que será posible construir unos bloques hegemónicos gestionados de acuerdo con la mejor tradición socialdemócrata (la del Estado del bienestar europeo de posguerra, no la que hoy en día conocemos, alineada con el liberalismo). Se olvidan de las circunstancias absolutamente excepcionales que permitieron el advenimiento del Estado socialdemócrata del bienestar. Las sociedades occidentales en cuestión estaban más avanzadas que otras, lo que hizo posible tanto el compromiso del capital con el empleo interior como su dedicación a lograr un dominio imperialista sobre el resto del mundo. La socialdemocracia fue socioimperialista, y hasta sociocolonialista, hasta el final mismo de las luchas de los movimientos de liberación. La amenaza que representaba la alternativa comunista fue un factor decisivo en la

evolución de poder hacia el pacto entre capital y trabajo que caracteriza ese excepcional momento de la historia.

El destino que el proyecto imperialista tiene reservado para los pueblos de las periferias no-emergentes es aún más dramático. Las regiones marginadas del mundo se hayan de hecho sometidas a la práctica sistemática de políticas por parte de las fuerzas dominantes que, a mi entender, son estrategias de exclusión programada de los pueblos afectados que facilitan una más rápida integración de sus recursos naturales, que son objeto de un saqueo intensivo. La realización de dicho proyecto se apoya en la agresión y la ocupación militar (como en el caso de Irak) y en la supervisión derivada de la deuda (como en el caso de los países africanos). En ese contexto, Europa y Japón están prácticamente alineados con Washington.

114

La conferencia euromediterránea celebrada en Barcelona en noviembre de 2005 es prueba de ello. Europa miró de imponer la agenda favorita de Bush y de otorgar prioridad a la «lucha contra el terrorismo». Los gobiernos árabes, que son hoy en día extremadamente dóciles a las exigencias de los señores del sistema, sintieron la obligación de señalar que no era posible desdeñar hasta tal extremo los derechos de los pueblos palestino e iraquí. Así pues, Europa ajusta sus intereses en la región árabe a los de los Estados Unidos, recogidos en la denominada Iniciativa para el Gran Oriente Medio. Lo mismo es cierto del África Subsahariana, tal y como muestran los Acuerdos de Cotonou (2000) y los llamados proyectos de asociación entre la Unión Europea y determinadas comunidades regionales africanas. El alineamiento de todo el mundo tras el mismo discurso insípido sobre la reducción de la pobreza y el buen gobierno, así como la arrogante toma de postura del nuevo director general de la OMC (el «socialista» Pascal Lamy), que haría palidecer de insignificancia la postura de los propios embajadores de la Administración Bush, son prueba de cuál es la perspectiva que comparten los socios de la tríada imperialista.

Ante ese desafío de inigualable brutalidad, la respuesta del Sur es, o bien extremadamente tímida, o bien inapropiada. Igual que los gobiernos de los protectorados que los precedieron, los gobiernos actuales solo tienen un margen limitado de maniobra y procuran encarecidamente no cuestionar el liberalismo económico del que son víctimas sus países. Después de haberse visto abandonados, grandes segmentos de las clases populares se encuentran atrapados en retóricas parareligiosas o paraétnicas que agravan las divisiones entre las poblaciones del Sur.

La reconstrucción de un frente unitario del Sur contra el imperialismo conjunto de la tríada y la ofensiva militarista de los Estados Unidos es el reto al que se enfrentan en la actualidad los pueblos de Asia, África y Latinoamérica.

Durante la era de Bandung (1955-1975), los pueblos de Asia y de África consiguieron sucesivamente hacer retroceder el imperialismo de la época gracias al frente unitario creado. Pero la situación actual ya no se rige por las mismas condiciones que hicieron posibles tales éxitos. En aquella época, debido a que el origen de las personas en el poder estaba en los movimientos de liberación nacional y, en ocasiones, en verdaderas revoluciones populares, estas gozaban de cierta legitimidad, así como de la confianza de sus poblaciones. Además, los estados que gobernaban podían contar, hasta cierto punto, con el apoyo de la Unión Soviética, lo que obligaba a los agresores imperialistas a actuar con un cierto grado de restricción. Sabemos que después de ese momento, tras la desaparición de la Unión Soviética, las potencias imperialistas han recuperado la tradición de practicar una brutal agresión.

115

La verdadera alternativa —que bautizaré como un Bandung del pueblo (y una tricontinental)— se enfrenta, por lo tanto, a graves obstáculos. Las tareas que la izquierda tiene pendientes en los países del Sur no son más sencillas que los desafíos a los que se enfrenta la izquierda europea.

LA DECADENCIA EN EL FRENTE CULTURAL

La posible decadencia de la cultura Europea y la norteamericana—nización del mundo se manifiestan en forma de generalización de un «amplio consenso» basado en una sólida afirmación de la «identidad comunitaria». No debemos subestimar el grave riesgo para la civilización humana que supone el posible triunfo de las tendencias en tal dirección, que yo calificaría de adversa. Dicha decadencia, que, además, ya ha dado comienzo, tal vez represente la solución de derechas a la crisis del capitalismo senil y es posible que permita su superación, no por la vía del progreso hacia el socialismo, sino por la vía de la creación de un nuevo tipo de sistema tributario cuyas características describiré más adelante. En otras palabras, no sólo otro mundo es posible, sino que es seguro que habrá otro mundo, y este puede ser tanto mejor como peor que el mundo en que vivimos

actualmente.

Mi perspectiva sobre la cuestión se basa en el rechazo de la versión lineal de un progreso inevitable de la humanidad, de estadio en estadio, con el despliegue de la historia, tanto si dicha versión se basa en la razón (de origen europeo) asociada al economicismo de la modernidad burguesa, como si se basa en la interpretación marxista vulgar de la sucesión de modos de producción. En otras palabras, en los puntos de inflexión críticos de la historia, cuando la evolución de un sistema llega a su punto final debido a las contradicciones acumuladas que el sistema ha ido produciendo (es decir, cuando llega a su momento senil), existe más de un futuro posible. En esos puntos de inflexión, las opciones de evolución futura son numerosas, y existen diversos rumbos posibles.

116

En el análisis que propongo, las esferas ideológica y política gozan de auténtica autonomía en sus relaciones con el ámbito económico. Así pues, entre todas las diversas posibilidades, una combinación en particular de todas esas fuerzas nos permitirá describir el sistema naciente como una respuesta al modelo actualmente vigente y que ha entrado en fase de senilidad.

Como ya he dicho, el sistema capitalista ha entrado claramente en un estadio avanzado de senilidad, dado que la gravedad de las contradicciones generadas por la práctica del sistema es tal que su gobierno implica el uso de la mayor cantidad de violencia militar y política que sean capaces de reunir los amos del sistema, incluida la guerra permanente del Norte contra el Sur.

Sin embargo, no se sigue necesariamente que la crisis de ese sistema capitalista global ya senil lleve a su propia superación a través de un socialismo igualmente global. Esa es solo una posibilidad. En el análisis que proponemos, tal posibilidad requeriría lo siguiente: (1) desde la perspectiva de los desarrollos políticos y sociales, la concurrencia de progreso social, la consolidación de la democracia y el fortalecimiento de la autonomía de las naciones en el contexto de una globalización multipolar negociada; (2) desde la perspectiva ideológica y cultural, la renovación de los valores del universalismo.

En esta segunda dimensión, la tendencia actualmente dominante va en la dirección justamente opuesta. Ese gran paso atrás se pone de manifiesto en las propuestas del postmodernismo, al menos por lo que respecta a sus tendencias predominantes, cuando este cuestiona la «verdad objetiva» y reconoce la «multiplicidad de discursos». Alan Sokal y Jean Bricmont nos proponen una mordaz evaluación de ese

fracaso de la razón (Alan Sokal, *Pseudosciences etpostmodernisme*, 2005).

Sin embargo, según los autores, el propio postmodernismo, que hoy avanza viento en popa, es incapaz de aportar el imprescindible análisis crítico y mordaz. El postmodernismo pretende poner en cuestión el estatus privilegiado de la ciencia en materia de conocimiento. Afirma que la verdad objetiva simplemente no existe y la verdad es lo que las personas sostienen que es verdad. En otras palabras, sitúa el discurso científico (tomado como una narración más) en el mismo plano que otros tipos de narraciones (como la magia, las paraciencias y las religiones). Incluso sostiene que la multiplicidad *de facto* de las narraciones efectivamente vigentes anula cualquier pretensión de universalidad. Sitúa todos esos discursos en el mismo plano y, extrañamente (aunque no incomprensiblemente), se abstiene de someter a todos a cuantos se autocalifican de contrahegemónicos al mismo rigor crítico que reserva al «discurso dominante».

117

La mayor parte del discurso modernista acompaña a, y viene a legitimizar, ciertas evoluciones actuales, como por ejemplo los culturalismos (siempre en plural). Entiendo por culturalismos la afirmación según la cual las culturas son realidades transhistóricas basadas en diversos valores inconmensurables y permanentes. No hay nada en la historia real de los pueblos que verifique esa aberración a priori. El culturalismo, que no debe confundirse con el hecho banal y evidente de la diversidad cultural, viene a legitimar el discurso de búsqueda del Absoluto de que se nutren todos los movimientos parareligiosos (el islam político, el *hindatva*, el cristianismo fundamentalista estadounidense, así como innumerables sectas de todo tipo) o los movimientos paraétnicos. Se trata de nada más y nada menos que un discurso extremadamente reaccionario que no cabe en las aspiraciones a la liberación de los seres humanos, de las clases dominadas o de determinados pueblos en particular. Más bien al contrario, coloca a todos esos grupos en situación de punto muerto y los lleva a aceptar la verdadera dominación de que son víctimas, a saber, la dominación del capitalismo senil.

Debido a su naturaleza, las cuestiones relativas a la diversidad cultural y al discurso contrahegemónico a menudo provocan una confusión que es necesario evitar. Así pues, seamos claros. En efecto, la modernidad realmente existente, producida por el capitalismo imperialista, es culturalmente tendenciosa: eurocéntrica, masculina, patriarcal y prometeica, en el sentido de que trata la naturaleza como

un objeto. En efecto, los discursos contrahegemónicos que se le oponen (feminismo, ecologismo, antiimperialismo cultural) son elementos positivos ineludibles para cualquier alternativa humanista. Tal alternativa, lejos de ser la negación absoluta de la modernidad, consiste en un desarrollo racional y radical de esta que suprima el eurocentrismo, el machismo y el desprecio por las naciones.

118

A la vista de los retos que nos aguardan, defender la renuncia a cualquier aspiración universalista resulta ser una postura fundamentalmente reaccionaria. Es aceptar que el discurso contrahegemónico sólo es permisible si se mantiene dentro de los «ghettos» que le han sido asignados. La democracia de estilo norteamericano promueve esa clase de «diversidad» carente de todo poder. Se crean los «estudios sobre la mujer» y los «estudios afroamericanos», pero al mismo tiempo el discurso convencional de la economía dominante sigue su curso sin sufrir el más mínimo contratiempo. Esa ideología llamada postmodernista es incapaz de inspirar el radicalismo necesario para cambiar el mundo.

Eso explica por qué es esa la ideología que promueven las fuerzas dominantes y, en particular, la clase dirigente estadounidense. No hay nada más útil que esa ideología para que las fuerzas dominantes se mantengan en su sitio, ya que es la encarnación de un consenso aparente entre grupos de individuos definidos por su «irreducible identidad particular». Utilizaremos una imagen para expresar el verdadero valor funcional de la ideología postmodernista: quien sostiene en una mano el símbolo de su supuesta identidad (sea el Corán, la Biblia o cualquier emblema étnico), si en la otra sostiene una botella de Coca-Cola, deja de ser peligroso (aunque crea que lo es).

En contrapartida, la defensa de la necesidad de la ciencia y la universalidad como únicos cimientos posibles de la civilización humana no puede implicar en absoluto una concepción acrítica de la modernidad, ya que, si nos es posible reconocer la fecha de nacimiento y las condiciones de aparición de la modernidad realmente existente, entonces es que esta no ha tocado a su fin (además, no existe un final para ella; la historia no tiene final). Y, dado que la modernidad realmente existente hasta la fecha es la del capitalismo, es responsabilidad de las sociedades del mundo superarlo con una forma superior de modernidad postcapitalista.

119

Si las actuales involuciones reaccionarias llegaran a ser dominantes y logran acallar a sus oponentes, contribuirían a superar el capitalismo, pero sería a través de un proceso que yo describiría como

la construcción de un sistema neotributario.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL INTERNACIONALISMO DE LOS PUEBLOS CONTRA EL IMPERIALISMO

A juzgar por los análisis que hemos expuesto hasta aquí, tanto sobre Europa como sobre el Sur, parece que los movimientos de protesta y de oposición distan mucho de haber desarrollado una visión estratégica coherente, sólida y alternativa a la altura de los desafíos. Y debemos ser lo bastante valientes como para no hacernos ilusiones a este respecto. Son demasiados los movimientos que se congratulan entre sí por sus actuaciones (cosa perfectamente legítima), pero que no admiten la necesidad de ir más allá de estas, y menos aún de discutir las deficiencias. Existe una cierta ideología dentro del movimiento que sostiene que la suma de toda esa resistencia y oposición producirá por sí misma la alternativa. Ni la historia ni la reflexión teórica y la observación de la realidad apoyan esa perspectiva simplista.

Nuestra propuesta no pretende de ninguna manera que la respuesta al reto que se nos plantea sea sencilla. Los cambios que, según lo que implica nuestra propuesta, hay que introducir en el rumbo que sigue el sistema de ideas y valores dominantes son, en realidad, enormes. Es tarea de las poblaciones de los centros del sistema (de los europeos en particular) reinventar una verdadera cultura de izquierdas y romper con el capitalismo y el imperialismo, algo que, tras la larga serie de capítulos sucesivos que han conformado la cultura política de la izquierda europea (la Ilustración, la Revolución Francesa, el movimiento obrero, el marxismo y la Revolución Soviética), depende de que la imaginación del pueblo europeo sea capaz de inventar un nuevo capítulo. Eso implica que la gente de la periferia (zona tempestuosa) debe liberarse tanto de la ilusión de que es posible alcanzar el desarrollo en el contexto de la globalización capitalista, como de las fantasías alternativas que miran hacia el pasado, para encontrar alternativas que produzcan un gran avance a la altura de los retos y las oportunidades de nuestra época. Eso significa que todo el mundo sea capaz de reinventar formas adecuadas y efectivas de organización y de acción política, con una agenda de reivindicaciones todavía llena de interrogantes que siguen sin contar con una respuesta convincente.

Mencionaré, muy brevemente, tan solo unos pocos de los principales elementos que, en mi opinión, comprenden el reto que tenemos ante nosotros.

- Definir los nuevos sujetos históricos capaces de dirigir los acontecimientos y darles la dirección deseada.
- Definir los retos en materia de estrategia política, retos que yo propongo resumir en los siguientes términos: crear programas que asocien (en lugar de disociar) (a) el progreso social, (b) el avance democrático y (c) el respeto por las naciones y pueblos. Eso implica, entre otras cosas, la creación de una Unión Europea para las naciones, en lugar de contraria a ellas.
- Subsumir la socialización del mercado dentro de una socialización fruto de una democracia cada vez más imperante.
- Sustituir la competencia por la solidaridad, estableciendo la superioridad de una solidaridad que, a lo largo de la historia, ha sido fuente de progreso, mucho más que la competencia.
- Conseguir que la regulación efectiva y las políticas de protección se traduzcan en medidas concretas que permitan progresar hacia un desarrollo socialmente equitativo, ecológicamente sostenible y multidimensional, lo que implica que la ley tenga más autoridad que el contrato (según la tradición europea que, también aquí, entra en conflicto con la de los Estados Unidos).
- Evaluar con precisión el desarrollo demográfico del continente europeo (cuyo envejecimiento no supone un aspecto negativo —excepto para aquellos cuyo único interés es maximizar el beneficio—, sino que es resultado del progreso humano). Y dar una respuesta correcta a la migración (basada en el rechazo de la perspectiva comunitaria), y, en términos de la financiación de las jubilaciones, apoyarse en el principio de la redistribución, y no en el de los fondos de pensiones, que enfrentan a unas generaciones contra otras.
- Identificar las partes que conforman los bloques antiimperialistas, populares, democráticos y de hegemonía nacional en las condiciones específicas de cada uno de los países del Sur, y formular los objetivos estratégicos adecuados para su estadio de desarrollo.

Progresar en todas esas direcciones equivale a avanzar hacia una internacionalización progresista de los pueblos. Es, de hecho, cuestión de estructurar las luchas de los pueblos del Norte (mediante la recomposición de la cultura de la izquierda europea) y las de los pueblos del Sur. La imprescindible internacionalización de las demandas de los pueblos —de todos los pueblos— no puede basarse en el vago concepto de «solidaridad humana en la escala global», cuyos análisis se centran con frecuencia en la caridad o el empobrecimiento. La lucha contra la pobreza y por el buen gobierno y la constatación del interés común de la humanidad frente a los retos ecológicos (la creciente escasez de recursos, el deterioro climático) son temas paradigmáticos de ese método idealista (en el sentido peyorativo del término) que ignora los intereses de los grupos sociales afectados y sus posibles conflictos. El internacionalismo del que hablamos debe basarse en la identificación de los intereses comunes frente un adversario común que solo es posible describir como el capitalismo imperialista.

En su momento, la Tercera Internacional leninista, y posteriormente maoísta, forjó alianzas globales que —en teoría y, en cierta medida, en la práctica— respondían a un reto similar, formulado dentro de las condiciones y las limitaciones de la época. No se trata de reproducir ese capítulo de la historia, definitivamente cerrado. La nueva estructura de las luchas antiimperialistas en el Norte y en el Sur está aún por inventar casi de principio a fin.

Sin aspirar a nada más que formular la cuestión que aquí nos ocupa, proponemos prestar atención a la idea de que la construcción de la alternativa que hemos descrito depende, en primer lugar, del desbaratamiento de los planes de los Estados Unidos de controlar militarmente el planeta. En mi opinión, es esa una condición necesaria sin la que cualquier progreso democrático o social que se produzca en cualquier parte del mundo seguirá siendo extremadamente vulnerable.

122

Por supuesto, otro mundo, un mundo mejor, es posible. Existen las condiciones objetivas para que así sea. No existe un determinismo histórico previo a la historia. Las tendencias inherentes al sistema capitalista chocan con la resistencia de otras fuerzas que no aceptan sus efectos. La historia real es, por lo tanto, el resultado del conflicto entre el enfoque capitalista expansionista y los enfoques derivados de la resistencia de las fuerzas sociales que van en contra de dicha expansión. La evolución de las luchas sociales es posible que lleve al poder a bloques hegemónicos distintos de los que gobiernan el orden

neoliberal globalizado vigente en la actualidad, basados en pactos entre intereses sociales reconocidamente diversos y divergentes (a bloques resultado de un pacto entre capital y trabajo en los centros capitalistas, y a bloques «*anticomprador*» democrático-popular-nacionales en las periferias). En tal situación, el Estado encontraría un considerable margen de maniobra en el contexto de un sistema global basado en el principio de multipolaridad negociada. Debemos trabajar para hacer que eso se haga realidad. Multipolaridad es sinónimo, por lo tanto, de un verdadero grado de autonomía para los estados; grado de autonomía cuya utilización ha de venir definida por el contenido social del Estado en cuestión.

El presente se caracteriza por el despliegue del plan hegemónico estadounidense en la escala global. En la actualidad, es el único plan que aspira a cubrir la totalidad de la escena mundial. Ya no existe un plan opuesto que pretenda limitar las áreas sometidas al control estadounidense, como sucedía en época de la bipolaridad (1945-1990). A parte de la ambigüedad de sus orígenes, el proyecto europeo ha entrado en fase de autosilenciamiento; los países del Sur (los países no alineados del Grupo de los 77), cuya ambición durante el periodo de Bandung (1955-1975) era crear un frente común contra el imperialismo, han desistido de su intento, y China misma, que sigue su propio rumbo, apenas si aspira a proteger su plan nacional (en sí mismo ambiguo) y no se presenta como socio activo del sistema global.

123

Rusia, China y la India son tres adversarios estratégicos para los planes de Washington. Es probable que los poderes que gobiernan esos tres países sean cada vez más conscientes de ello, ya que dan la impresión de creer que pueden maniobrar sin chocar directamente con la Administración estadounidense. Ciertamente, resulta deseable que se produzca un acercamiento euroasiático (entre Europa, Rusia, China y la India) que, probablemente, arrastraría al resto de Asia y África y aislaría a los Estados Unidos, y existen ciertas señales que indican en esa dirección, pero falta aún mucho por recorrer hasta ver cómo la manifestación de dicho acercamiento acaba con la opción atlantista en Europa.

Los retos a los que se enfrenta la construcción de un mundo verdaderamente multipolar son más serios de lo que creen muchos «alterglobalistas». A corto plazo, se trata de hacer descarrilar los planes militares de Washington. Es esa la primera circunstancia a la que hay que hacer frente para lograr el grado de libertad necesario, sin lo cual cualquier avance en la dirección de la construcción de un

sistema multipolar seguirá siendo extremadamente vulnerable.

Un mundo verdaderamente multipolar sólo se hará realidad cuando se satisfagan las cuatro condiciones siguientes:

— Europa debe avanzar considerablemente y con sinceridad en la vía hacia la construcción de «otra Europa social» (y, por lo tanto, emprender la larga transición hacia el socialismo global) y debe empezar a desconectarse de su pasado y su presente imperialistas. Está claro que eso implica algo más que simplemente abandonar el adantismo y el neoliberalismo extremo.

— En China, la vía del socialismo debe prevalecer por encima de la tendencia extremadamente adversa e ilusoria hacia la edificación de un capitalismo nacional que resultaría imposible de estabilizar, ya que excluye a la mayoría conformada por la clase obrera y el campesinado.

— Los países del Sur (los estados y sus poblaciones) deben lograr reconstruir un frente común que, a su vez, les otorgue margen de maniobra y no solo permita que las clases populares fueren concesiones a su favor, sino que transforme la naturaleza los poderes actuales y sustituya los bloques *compradores* dominantes por bloques nacionales, populares y democráticos.

— Por lo que respecta a la reorganización de los sistemas de derecho nacionales e internacional, hay que avanzar en una dirección que reconcilie el respeto a la soberanía nacional (pasando de la soberanía de los estados a la de los pueblos) con el imperio de todos los derechos individuales y colectivos, políticos y sociales.

Bibliografía

- Achcar, Gilbert (2002), *Le choc des barbaries*, Bruselas, Complexe.
- Amin, Samir (1988), *L'Eurocentrisme*, París, Anthropos-Economica.
- (1997), *Critique de l'Air du Temps*, París, L'Harmattan.
- (1999), «Post-Maoist China: A comparison with Communist Russia», *Review*, vol. 22, n° 3.
- (1999), «Judáisme, Christianisme, Islam: Réflexion sur leurs spécificités réelles ou prétendues», *Social Compass*, vol. 46, n° 4.
- (1999), «Mondialisation et démocratie, une contradiction majeure de notre époque», *Recherches Internationales*, n° 55.
- (2000), *L'hégémonisme des Etats Unis et l'effacement du projet européen*, París, L'Harmattan. (Trad. castellana: *El hegemonismo de Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo*, Mataró, El Viejo Topo, 2001.)
- (2001), «Quelles alternatives à la dimension destructive de l'accumulation du capital?», *Alternatives Sud*, vol. VIII, n° 2.
- (2001), «Marx et la démocratie», *La Pensée*, n° 238.
- (2002), *Au-delà du capitalisme sénile, pou run XXI è siècle non américain*, París, PUF. (Trad. castellana: *Más allá del capitalismo senil: por un siglo XXI no americano*, Mataró, El Viejo Topo, 2003.)
- (2002), «Mondialisation ou apartheid á l'échelle mondiale», *Revue Actuel Marx*, n° 31.
- (2003), «Confronting the Empire», *Monthly Review*, vol. 55, n° 3, pp.: 15-22. (Trad. castellana: «La oposición a la estrategia del puño de hierro» en *Monthly Review. Selecciones en castellano n° 1: La segunda Guerra del Golfo: Irak, 2003*, Barcelona, Editorial Hacer, 2004).
- (2005), «China: Market Socialism and US hegemony», *Review*, vol. 28, n° 3.
- Amin, Samir y El Kenz (2005), *Europe and the Arab World*, Londres, Zed Books.
- Amin, Samir et al. (2005), *Afrique: Exclusion programmé ou renaissance?*, París, Maissonneuve et Larose.
- Blum, William (2002), *E'État voyou*, París, Parangón. (Trad. castellana: *El Estado agresor: la guerra de Washington contra el mundo*,

Bibliografía

- Arrigarriaga, Status ediciones, 2004.)
- Braudel, Fernand (1979), *Civilisation matérielle, économie et capitalisme XV-XVIII siècle*, (3 vol.), París, Armand Colin. (Trad. castellana: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, (3 vol.), Madrid, Alianza Editorial, 1984,)
- Castells, Manuel (1998), *Ea société en réseaux*, París, Fayard. (Edición original en castellano: *La era de la información 1: La sociedad red*, 2 ed., Madrid, Alianza Editorial, 2005.)
- Fukuyama, Francis (1989), *The end of history*. (Trad. castellana de la versión ampliada de 1992, *The end of history and the last man*, New York, Free Press: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.)
- Hardt, Michael y Negri, Antonio (2000), *Empire*, París, Exils. (Trad. castellana: *Imperio*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002.)
- Huntington, Samuel (1996), *The Clash of civilizations*, New York, Simón & Schuster. (Trad. castellana: *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997.)
- Kautsky, Karl (1899), *Ea question agraire*. (Trad. castellana: *La cuestión agraria*, Barcelona, Laia, 1974.)
- Rawls, John (1993), *Theorie de la justice*, París, Seuil. (Trad. castellana: *Teoría de la justicia*, Madrid, FCE, 1997.)
- Rifkin, John (1996), *El fin du travail*, París, La Découverte. (Trad. castellana: *El fin del trabajo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1996.)
- Sokal, Alan (2005), *Pseudosciences et postmodernisme: Adversaires ou compagnons de route*, París, Odile Jacob.
- Todd, Emmanuel (2000), *Apees l'Empire*, París, Galimard. (Trad. castellana: *Después del Imperio*, Tres Cantos, Foca ediciones, 2003.)
- Touraine, Alain (1994), *Critique de la modernité*, París, Seuil. (Trad. castellana: *Crítica de la modernidad*, Barcelona, Temas de hoy, 2003.)
- Wallerstein, Immanuel (1974), *The modern world system 1: Capitalist agriculture and the origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, New York, Academic Press. (Trad. castellana: *El moderno sistema mundial 1*, Madrid, Siglo XXI México, 1987.)

Contraportada

Colección EN BREVE

El objetivo de *EB* es divulgar textos concisos pero rigurosos que indaguen sobre la condición humana y permitan comprender mejor el mundo que nos rodea. Aunque los libros de esta colección se pueden leer en un día, sus contenidos y efectos son duraderos.

EL VIRUS LIBERAL

Samir Amin

La apertura dramática del comienzo de siglo, con la poderosa expansión del neoliberalismo y el militarismo estadounidense, constituye un punto de partida para este análisis que pasa revista a la cadena de acontecimientos que han tejido la historia del último siglo del capitalismo y, de forma especial, la etapa de la hegemonía de Estados Unidos, que se encuentra hoy en una encrucijada histórica. El virus liberal amenaza a todo el sistema de sociedades, pero de ninguna manera puede considerarse un mal incurable. Samir Amin propone una serie de estrategias y caminos abiertos para evitar la devastación provocada por esta epidemia.